Cuando Adán tentó a Eva



PANDORA ZETA

Cuando Adán tentó a Eva

PANDORA ZETA

© Pandora Zeta, 2026. Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, digital, fotocopia, grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Esta obra es ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es mera coincidencia.

Primera edición: Mayo 2026
Autora: Pandora Zeta

CAPÍTULO 1

Si alguien me hubiera dicho esta mañana que hoy iba a drogarme, provocar un incendio y conocer al hombre más guapo de mi vida vestida de monja tostada, le habría mandado a rezar tres rosarios por blasfemo.

Pero aquí estoy.

Sentada en el cuarto de limpieza del convento de Santa María de los Suspiros, con un porro entre los dedos y la moral temblando a juego.

Me llamo Eva. Tengo veintiséis años. Nunca he probado el alcohol, nunca he fumado nada y el único ser masculino al que he besado tiene tres metros de altura, está hecho de yeso y es san Francisco de Asís. Soy virgen. No solo de cuerpo: de experiencia, de mundo, de casi todo lo que no sea misa, suelo fregado y silencio.

Y resulta que el silencio, cuando llevas años dentro de él, empieza a hacerte ruido.

El porro me lo pasó esta mañana Lucía, una novicia que se escapó del convento hace tres meses y que volvió con tatuajes, una novia y una sonrisa que gritaba *no me arrepiento de nada* sin abrir la boca.

—No es pecado —me dijo—. Es solo una planta que creó Dios.

—La serpiente también usó ese argumento —respondí yo.

Pero guardé el porro. Y aquí estoy.

He robado una vela del altar porque me ha parecido importante crear ambiente cuando una pierde la virginidad de algo. Me he subido al cubo de la fregona como si fuera un taburete, he abierto la ventana para tomar aire y me he quedado así un momento, mirando el cielo gris del patio y pensando que quizás esto es el principio del fin de mi alma inmortal.

O quizás solo es martes.

—Solo una calada, Eva —me digo en voz alta—. Solo para probar.

Enciendo el mechero. La punta del porro se ilumina como un ojito malévolo. Aspiro.

Y entonces el aire se convierte en fuego líquido que me baja por la garganta y decide quedarse a vivir en mis pulmones.

Toso. Mucho. Con todo el cuerpo. Con el alma. Con los pecados acumulados de veintiséis años de vida recatada saliendo en forma de humo y lágrimas involuntarias.

—¡Dios mío! —susurro, con los ojos como piscinas—. ¡Esto quema!

Pero le doy otra calada. Y otra. Y de pronto el mundo se vuelve más lento, más brillante, más *interesante*. Mis párpados se relajan como si alguien les hubiera aplicado mantequilla. Suelto una risita sin razón aparente.

—¿Así que esto es estar colocada? —digo al aire—. Pues no está nada mal.

Estoy en lo mejor, saboreando ese algodón mental tan agradable, cuando la manga de mi hábito roza la vela.

Siento el calor antes de verlo.

Bajo la vista.

Mi brazo está ardiendo.

—¿Qué...?

Empiezo a agitarlo como una aspavientera profesional. Doy vueltas, tropiezo con el cubo, la vela sale disparada por los aires con una elegancia que no merece y aterriza, con toda la precisión del universo conspirando en mi contra, encima de una pila de trapos viejos.

Los trapos arden al instante. Con entusiasmo. Como si llevaran años esperando este momento.

Me quedo mirándolos.

—Perfecto —digo con una calma que solo puede deberse a la marihuana—. He provocado un incendio. Estupendo, Eva.

Enhorabuena.

Intento apagarlo con una bayeta. La bayeta también arde.

—Esto tiene que ser una alucinación.

La alarma antiincendios se activa con el aullido más ensordecedor que he escuchado en mi vida, y eso que llevo años aguantando el órgano de la hermana Remedios.

Salgo al pasillo como alma que lleva el diablo —lo cual, en este momento, podría no ser del todo metafórico.

—¡FUEGO! —grito, con la misma cara que pondría si me lo acabara de encontrar yo también—. ¡FUEGOOO!

Las monjas salen de sus habitaciones en camisón con cara de Apocalipsis.

—¡Hermana Eva! —La Madre Superiora aparece con una autoridad que intimida incluso en rulos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —digo—. O sea, algo. Pero no tengo ni idea de qué.

Se oyen sirenas a lo lejos. El pánico me sube por las piernas.

—¿Han llamado a los bomberos?

—¡El convento está en llamas! —grita alguien.

Me quedo quieta un segundo.

El convento está en llamas.

Quiero morirme. Con urgencia. Que se abra el suelo, que me trague, que san Francisco de Asís baje del cielo y me lleve con él. Cualquier cosa menos esto.

Y entonces lo veo.

El camión rojo se detiene frente a la entrada y del asiento del copiloto baja un hombre que no debería existir en el mismo código postal que un convento. Alto. Ancho. Uniforme ajustado de una manera que debería ser ilegal según el Código de Derecho Canónico. Mandíbula de esas que hacen que la gente olvide sus propios nombres.

Mis pensamientos, ya envueltos en ese algodón dulce, deciden fijarse exactamente ahí.

Qué bonito es, pienso. *¿Siempre son así los bomberos, o Dios me está castigando de una manera muy específica y creativa?*

Se acerca hacia donde estoy yo. Hacia mí. Hacia mi hábito requemado y mi cofia torcida.

—¿Dónde está el incendio? —Su voz es grave. Tranquila. Peligrosamente tranquila.

Lo miro.

Él me mira.

—En mis ojos —digo.

Pausa.

—¿Cómo?

—Em... —Parpadeo—. Allí. En el cuarto. El cuarto de limpieza.

Sus labios se curvan apenas. Un gesto pequeño, casi imperceptible, que mi cerebro amplía hasta el tamaño de un cartel de autopista.

Y así, drogada, oliendo a barbacoa y con el alma en vilo, empiezo a seguirlo hacia el desastre que he creado.

***

Entro detrás de él y el humo me recibe como una bofetada caliente. Me pica la garganta. Me lloran los ojos. Y aun así, mi cerebro —traicionero, descarado, sin ningún respeto por mis votos— decide que el asunto más urgente en este momento es el culo del bombero.

Del señor bombero.

Del profesional que está aquí para salvar lo que queda de mi convento y al que no debería estar mirando así.

Pero el uniforme le marca la espalda como si lo hubiera diseñado alguien con especial animadversión hacia la castidad, y yo llevo años sin ver a un hombre de cerca, así que aquí estamos.

—¿Por aquí? —pregunta, girándose.

Asiento demasiado rápido. La cofia se me resbala hasta la oreja.

—Sí, sí, por el pasillo. El cuarto de limpieza es ese de allí.

Lo señalo con el dedo como si yo fuera una testigo inocente y no la pirómana en prácticas que lo ha organizado todo.

Él frunce el ceño. No con enfado: con esa concentración de quien sabe exactamente lo que hace. Y a mí me da una punzada rara en el pecho, porque no estoy acostumbrada a ver a alguien que sepa exactamente lo que hace. Aquí dentro todo es *rezamos y confiamos en Dios*, que está muy bien pero no apaga incendios.

Detrás de él entran dos bomberos más. Uno con linterna, otro con una herramienta metálica con la que podría abrir las puertas del infierno, que es básicamente adonde voy yo en cuanto esto acabe.

—¿Hay alguien dentro? —pregunta el guapo. Porque es el guapo. Ya lo he decidido.

—No. Solo estaba yo.

Una ceja sube. Milímetros. Significativos.

Me hace señas de que me quede atrás, pero yo lo sigo de todas formas, como un patito que acaba de salir del cascarón y ha decidido que ese es su humano.

Llegamos a la puerta del cuarto. La toca con el dorso de la mano, evalúa y hace una seña a sus compañeros.

—Vamos a entrar. Prepara la línea.

Luego me mira a mí.

—Hermana... ¿cómo se llama?

Y ahí pasa algo raro. No es que no sepa mi nombre: es que nadie me lo pregunta así. Con esa voz. Con ese tono de *quiero saberlo*. Aquí dentro todos lo saben desde el primer día, pero él no, y la pregunta me suena a algo completamente diferente. A presentación. A inicio de algo.

—Eva.

La comisura de su boca sube un poco más.

—Eva. —Lo dice como si lo guardara—. Necesito que salgas y esperes fuera. ¿De acuerdo?

—Sí.

No me muevo.

Me observa un segundo. Con esa cara de *algo no cuadra aquí*.

—¿Estás bien?

El tuteo me llega sin que él se dé cuenta. Informal. Directo. Íntimo, casi. Y a mí el estómago me da un vuelco que no tiene ningún lugar en esta situación.

—Sí, perfectamente. Solo tengo el corazón muy... acelerado. Como una locomotora.

Frunce el ceño.

—¿Has inhalado mucho humo?

—Humo como tal... no mucho, no. —Trago saliva—. He inhalado... otras cosas.

Silencio.

Sus ojos bajan a mi cara. Suben a mis ojos. Bajan al hábito chamuscado.

—¿Qué clase de otras cosas?

—Una planta —digo, con la misma naturalidad con que uno diría *una ensalada*.

Detrás, uno de sus compañeros suelta una carcajada que convierte en tos con rapidez profesional.

El bombero —que en mi cabeza ya se llama Pecado Capital, porque algo tiene que llamarse así— suspira y se pasa la mano por la frente.

—Vale. Sal fuera. Ahora.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—Es mi convento. Tengo que hacer algo.

—¿El qué? ¿Mirar?

—Rezar —digo, con toda la dignidad que me queda, que en este momento es poca—. Quizá puedo evitar que se queme con la oración.

Me mira fijamente. Un segundo. Dos.

Y entonces se ríe. De verdad. Una risa baja y breve que me atraviesa el esternón como si supiera exactamente dónde apuntar.

—Eva, como te quedes aquí, lo próximo que arde eres tú.

La frase me deja sin aire. Porque suena a advertencia, pero resuena como otra cosa. Como película. Como algo que no debería estar pensando mientras mi convento echa humo por mi culpa.

Antes de que pueda contestar, se gira y hace la señal. Su equipo abre la puerta de golpe. Una nube negra sale disparada hacia el pasillo y yo toso con todo el cuerpo.

Dentro: caos. Llamas en la estantería. Hábitos ardiendo. La cortinilla del ventanuco convertida en antorcha. Lo único que me consuela es saber que el porro también estará ardiendo en algún rincón, llevándose consigo todas las pruebas.

Pecado Capital entra con la manguera como si lo hubiera hecho mil veces, que probablemente sí. Yo, en lugar de salir como me ha pedido, me quedo en el umbral mirando como una idiota de manual.

Entonces la manguera se descontrola.

No sé si es el retroceso o el suelo resbaladizo, pero el chorro de agua empieza a moverse como una serpiente furiosa. Él intenta dominarla, su compañero le ayuda, pero el agua sale con una fuerza que barre el cuarto de lado a lado.

Primero las llamas. Bien.

Luego los estantes. Aceptable.

Luego una caja de productos de limpieza que nadie había tenido en cuenta y que decide, en ese momento preciso, liberar toda su energía en forma de espuma. Blanca. Exagerada. Bíblica.

El cuarto parece el interior de una lavadora en fase de centrifugado.

—¡Cierra la línea! —ordena Pecado Capital.

Pero yo ya no lo oigo bien, porque he dado un paso atrás, he pisado un charco de espuma y el tiempo se ha vuelto gelatina otra vez —bendita marihuana— y caigo hacia atrás en cámara lenta, con

los brazos abiertos y la cofia saliendo volando como una paloma asustada.

Lo último que veo es su cara girándose hacia mí con un *oh no* muy claro en los ojos.

No llego al suelo.

Él me agarra a mitad de la caída, con un brazo firme alrededor de mi cintura, y de pronto estoy pegada a su pecho, que está duro y caliente y huele a esfuerzo y a algo que no sé nombrar pero que mi cerebro decide archivar de inmediato en una carpeta que titula *Esto No Puede Ser*.

Nos quedamos así un momento.

La espuma sigue creciendo. Las alarmas siguen sonando. El humo sigue siendo humo.

Y yo solo puedo pensar en dos cosas: *¿qué es esto que estoy sintiendo?* Y, justo después: *quiero volver a sentirlo*.

—¿Estás bien? —Su voz está muy cerca. Demasiado.

—Sí —digo—. Estoy... blandita.

Sus ojos bajan a mi boca. Un instante. Solo uno.

Luego me aparta despacio, como si se obligara a hacerlo.

—Fuera. Ya.

—Pero...

—Eva. —Mi nombre. Su boca. Mi estómago, desaparecido—. No me obligues a sacarte yo.

Qué frase. Qué injusta. Qué peligrosa para una mujer que lleva años intentando ser santa.

—Vale —digo, y me aparto tambaleándome.

Pero no me voy. Me quedo en el marco de la puerta observando cómo trabajan: rápidos, coordinados, sin perder un segundo. El fuego empieza a ceder. La espuma se aplana bajo sus botas. El humo se aclara.

Pecado Capital controla la manguera con una calma que no debería ser legal y mi mente, sin pedirle permiso a nadie, formula la

pregunta: *¿qué más controlará así?*

Me tapo la boca con la mano. Estoy colocada. Eso es todo. En cuanto esto pase y el porro se me baje, volveré a ser yo: seria, prudente, organizada. Una monja con los pies en el suelo.

Ahora mismo los pies están en la espuma, pero es temporal.

La Madre Superiora aparece detrás de mí como un fenómeno meteorológico.

—¡Hermana Eva! —Me agarra del brazo—. ¿Qué hace aquí? ¡Salga!

—Estoy supervisando.

—¿Supervisando *qué*?

—El castigo divino.

Ella me mira como si estuviera considerando un exorcismo preventivo. Luego olfatea el aire con una lentitud que me congela la sangre.

—Aquí huele raro.

Me huelo a mí misma con disimulo. Humo. Espuma. Y, debajo de todo eso, algo que no es exactamente incienso.

Sonrío con una serenidad que no me creo ni yo.

—¿A humo? Normal, Madre. Con todo lo que hay aquí.

—Eva. —Tono grave. Sepulcral—. ¿Qué has hecho?

—Nada.

—Eva...

Pero en ese momento Pecado Capital sale del cuarto con la máscara colgando del cuello, empapado, con la frente brillante y ese aire de quien acaba de hacer su trabajo y lo sabe. Se detiene al vernos. El pasillo entero parece reajustarse a su alrededor.

—El fuego está controlado —dice, dirigiéndose a la Madre Superiora—. Hay daños por el humo. ¿Dónde está el cuadro eléctrico?

—En el sótano. —La Madre me mira a mí—. La hermana Eva lo llevará.

Me atraganto.

—¿Yo?

—Tú. Ya.

Pecado Capital me mira de reojo con una expresión que dice claramente *me han asignado un problema con patas*.

—¿Está segura de que puede? —pregunta, y hay algo en su voz que mezcla duda profesional con diversión.

—Perfectamente —digo, intentando sonar sobria, aunque sonrío demasiado y eso probablemente lo delata todo.

Él frunce el ceño.

—Eva... ¿de verdad estás bien?

—Estoy estupenda —respondo. Y luego, porque mi cerebro lleva ya un rato operando sin supervisión—: Hoy he hecho cosas malas y me siento de maravilla.

Silencio.

La Madre Superiora gira la cabeza hacia mí. Despacio. Como en una película de terror.

Detrás de Pecado Capital, alguien suelta un *hostia* que intenta convertir en carraspeo sin demasiado éxito.

—¿Perdón? —dice la Madre Superiora.

—No es lo que parece —digo.

—¿Qué es, entonces?

—Curiosidad —respondo—. Solo quería... sentir algo distinto.

La frase sale sola. Sin filtro. Más honesta de lo que debería ser en este pasillo, delante de estas personas, en este momento concreto.

Y noto la mirada de Pecado Capital sobre mí. No de juicio. De otra cosa. De comprensión, quizá. Como si entendiera exactamente de qué estoy hablando sin necesitar más explicación.

La Madre Superiora abre la boca, pero él la interrumpe con una profesionalidad que le agradezco desde el alma.

—Señora, necesito revisar que no haya riesgo eléctrico. ¿Alguien puede acompañarme al sótano?

—Eva lo hará —dice ella, y me lanza la mirada que significa *esto no ha terminado*.

Trago saliva. Pecado Capital suspira, me hace un gesto y yo lo sigo encantada, porque al parecer hoy también he descubierto que me gusta ser un patito.

***

Las escaleras del sótano son estrechas y él va delante con la linterna. Me esfuerzo por caminar recta. Me lo propongo en serio. Pero mis piernas han decidido tener opinión propia y lo único que consigo es agarrarme a la pared como si en ello me fuera la vida.

—¿Te mareas? —pregunta sin girarse.

—No.

—Estás agarrada a la pared…

Miro mi mano. Efectivamente.

—Dios no me diseñó para el equilibrio —suelto.

Y él suelta una carcajada corta. Tan corta que casi no existe, pero existe.

—¿Siempre dices lo primero que se te ocurre?

—No. —Pausa—. Bueno. Hoy sí.

Bajamos en silencio un momento. Un silencio que no incomoda, lo cual ya es raro, porque yo con los silencios suelo rezar para rellenarlos.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta entonces—. El porro.

Me quedo pensando.

—Porque estoy asqueada.

—¿De qué?

—De no sentir nada. —Las palabras salen antes de que pueda revisarlas—. De hacer siempre lo mismo. De tener preguntas y no poder hacerlas. De... —Me callo—. Es una historia larga.

—Tenemos hasta el cuadro eléctrico.

Sonrío sin querer.

—Quería probar. Sentir que soy algo más que una mujer que reza y friega suelos.

Él no responde de inmediato. Seguimos bajando. Cuando llegamos al sótano y se arrodilla frente al cuadro eléctrico, me doy cuenta de que está pensando en lo que he dicho. No pasándolo por alto.

—Tiene sentido —dice al fin, abriendo la tapa.

—¿El qué?

—Lo que buscabas. —Empieza a revisar los cables con esa misma calma de antes—. No lo de prender fuego al convento, eso ha sido un error de ejecución. Pero lo demás...

Me río. Una risa pequeña, pero real.

Me quedo de pie detrás de él mirando sus manos. Grandes. Precisas. Que se mueven por los cables con una seguridad que me parece casi hipnótica. Y pienso, con una claridad absurda que solo puede deberse a la marihuana: *Quiero que alguien me toque con esa seguridad. Como si supiera exactamente dónde están mis cables sueltos.*

Me tapo la boca.

No puedo pensar eso.

No debería.

Lo pienso igual.

—¿Cómo te llamas? —pregunto de pronto, porque no soporto que él sepa el mío y yo no sepa el suyo.

Se para un momento.

—Adán.

Me quedo en silencio.

—¿Adán?

—Sí.

—¿Como el de...?

—Sí —dice, y esta vez sí que sonríe de verdad—. Como el de Eva.

Me llevo la mano al pecho.

—No puede ser.

—Pues ya ves que sí.

—Pero es que... —me señalo a mí misma, luego a él, luego al espacio entre los dos—. Yo soy Eva. Tú eres Adán. Había una manzana, pero en su lugar hay un porro. Y ahora hay fuego.

Él se ríe. En el sótano. Con toda la intimidad que tiene reírse en un sótano con alguien.

—Sí. Es bastante bíblico, lo reconozco.

—Me estoy muriendo —digo.

—No te mueras todavía. Ya he tenido suficiente drama por hoy.

—El drama que te espera a ti no es nada comparado con el mío cuando os vayáis. A ver cómo le explico a la Madre Superiora que he incendiado su convento por querer ser rebelde.

—No fue rebeldía —dice, cerrando el cuadro y poniéndose de pie —. Fue curiosidad. No es lo mismo.

Lo miro.

Él me mira.

—La curiosidad no te convierte en un desastre —añade—. Solo en alguien que quiere saber más. Eso no es tan terrible.

Las palabras se quedan flotando en el sótano. Nadie me dice cosas así aquí dentro. Aquí dentro todo es *reza más, calla más, aguanta más*. Y él, que acaba de conocerme hace veinte minutos, me mira como si entendiera algo que yo llevo años sin poder explicar.

—¿Te metiste aquí por decisión propia? —pregunta, y la pregunta llega de lado, sin avisar.

—Sí. Fui yo quien quiso venir.

—¿Y ahora?

Me quedo callada. Porque *ahora* es exactamente lo que no sé.

—Ahora... —susurro— no estoy tan segura.

Adán no dice nada. Da un paso hacia mí, despacio, como quien se acerca a algo que podría asustarse. Puedo olerlo: humo, jabón, metal. Y algo más que no sé nombrar pero que mi cerebro clasifica automáticamente como *peligroso para tu vocación*.

—Cuando alguien duda así, suele haber una razón que vale la pena escuchar —dice—. No te castigues por dudar. Solo... escúchate.

Se me forma un nudo en la garganta. Ridículo. Estoy colocada y a punto de llorar en el sótano de mi propio convento delante de un bombero que se llama Adán.

—Soy un desastre completo —digo.

Él mira hacia arriba un momento, luego a mí.

—Solo has perdido el control de una situación. Eso no te define.

—Gracias por resumir mi crisis existencial en una frase.

—Es lo que hay. —Una sonrisa breve—. Míralo así: estás viva, el convento también más o menos, y mientras se respira siempre hay margen para cambiar de rumbo.

Se aparta un paso. Como si se diera cuenta de que lleva un rato demasiado cerca y tuviera que hacer algo al respecto.

Pero ya es tarde. Porque yo ya sé lo que se siente al tenerlo cerca, y esa información no se borra.

—Deberíamos volver —dice.

Subo las escaleras detrás de él, y cuando llegamos al pasillo, el coro de monjas nos recibe como un tribunal. La Madre Superiora en el centro, brazos cruzados, cara de *te espero después*.

Adán se coloca delante de mí. Un gesto pequeño, casi inconsciente. Un escudo que no le ha pedido nadie.

Eso me sorprende tanto que casi olvido respirar.

—El cuadro está bien —informa—. Sin riesgo eléctrico inmediato, aunque convendría revisar la instalación.

—Gracias —dice la Madre Superiora, seca como esparto—. Hermana Eva, venga conmigo.

El estómago se me encoge.

Y entonces, sin pensarlo, sin calcularlo, sin que ninguna parte sensata de mi cerebro lo autorice, digo:

—¿Puedes venir conmigo?

Silencio absoluto.

La Madre Superiora me fulmina.

Adán no se mueve.

—Eva... —dice en voz baja.

—Es que... —bajo también la voz— no sé si puedo enfrentarla sola. Hoy.

La Madre abre la boca, indignada, pero Adán se adelanta con una calma que no sé de dónde saca.

—Señora, con todo el respeto: su convento ha tenido un incidente serio. El personal está alterado. Y ella ha inhalado —me mira— varias cosas. Quizá deberíamos asegurarnos de que está bien antes de... lo que sea que toque hacer a continuación.

La Madre Superiora lo mira como si quisiera convertirlo en sal. Luego me mira a mí. Luego vuelve a él.

—Cinco minutos —dice al fin—. Luego, Eva, vienes conmigo. Y que Dios nos ampare.

Se da la vuelta. Yo suelto el aire que llevaba guardando.

Miro a Adán.

Él me mira a mí.

Y por primera vez en años de vida silenciosa, pienso que quizá el problema no es que haya hecho algo malo hoy.

El problema es que ahora sé que hay cosas que quiero hacer.

CAPÍTULO 2

Si el infierno existe, se parece bastante al despacho de la Madre Superiora.

Estoy sentada frente a su escritorio, espalda recta, manos en el regazo, poniendo cara de mujer de fe. No de delincuente colocada que casi quema el convento por querer sentirse viva. El reloj hace tic-tac con una solemnidad que me parece absolutamente innecesaria.

—Hermana Eva —dice, cruzando los brazos—. Explíqueme qué ha pasado.

Abro la boca. La cierro. Mi cerebro sigue a medio gas.

—Fue un accidente.

—¿Un accidente?

No es una pregunta. Es una condena con puntuación diferente.

—Estaba limpiando.

—¿A la luz de una vela? ¿Con el convento electrificado?

—Eh… —me encojo de hombros— me parecía importante el ambiente.

La Madre Superiora me mira como si estuviera contando rosarios mentalmente. Muchos. Y entonces:

—¿A qué olía ese humo?

Tardo un segundo de más en contestar. Ese segundo lo dice todo.

—Humo. A humo. Que es a lo que huele el humo, Madre.

—No me tome por tonta.

Trago saliva.

—Llevo tiempo sintiéndome rara —digo por fin. No tengo mejor defensa.

—¿Rara?

—Con ganas de hacer cosas. Y sentir cosas.

—¡Eso se llama tentación!

—Pues eso. Tengo mucha.

Suspira y niega con la cabeza al mismo tiempo. Un movimiento que lleva años perfeccionado.

—Eva. ¿Qué sustancia ha consumido?

—Una planta.

—¿Qué planta?

—La que no se fuma aquí.

Se frota las sienes con dos dedos. Voy a ser el motivo de sus migrañas durante años.

—¿Marihuana?

—Sí. Pero muy poca. Una cantidad realmente irrisoria si se piensa bien…

—¿Cree que eso es compatible con sus votos?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

La pregunta me atraviesa limpiamente, sin esfuerzo.

—Porque siento que llevo años viviendo en blanco y negro —digo, y mi voz se hace más pequeña—. Y quería un poco de color. Aunque fuera un momento.

La Madre Superiora me observa. Y por un instante, solo uno, no parece enfadada. Parece cansada. Como alguien que ha escuchado demasiadas confesiones y ya no sabe muy bien qué hacer con ellas.

—Cinco días —dice al fin—. Silencio, oración y trabajo. Sin visitas. Sin salidas.

—Sí, Madre.

Salgo al pasillo con el peso del mundo encima. Levanto la vista.

Y ahí está Adán.

En el pasillo. Todavía. Hablando con uno de sus compañeros como si no supiera que el universo acaba de jugármela con toda la intención.

Su compañero se va justo cuando llego a su altura. Nos quedamos solos.

—Hola —digo, con toda la naturalidad de alguien que casi incendió un convento hace tres horas.

—Hola, Eva.

Y ahí está otra vez. Mi nombre. Esa voz. Ese tono. Lo odio. O sea, no lo odio en absoluto, pero debería.

—Yo quería… lo de antes. —Me aclaro la garganta—. Estaba un poco rara. Por el humo y eso.

—Y por la planta.

—Y por la planta. —Asiento—. Así que si dije cosas…

—¿Sí?

—Que no debía. No era yo del todo.

Me mira con una diversión que no se molesta en disimular.

—¿Ah, no?

—No. Bueno. Sí, pero no así. Estaba desinhibida y dije cosas que pienso pero no digo, o que digo pero no así, y en fin. —Me enredo como en un rosario mal enrollado—. El caso es que normalmente soy correcta. Callada. Me guardo las cosas.

—Vaya. Y hoy no.

—Hoy tenía la cabeza… suelta. —Me toco la sien—. Como si alguien hubiera quitado el seguro.

—Eso suele pasar. El THC hace eso.

—Sí. —Pausa—. Y no quería que pensaras que soy una monja loca que va por ahí confesándole la vida a bomberos guapos.

—¿Guapos?

Me quedo rígida.

—Eso también ha sido el THC. Todavía colea.

—Claro, claro. —Se ríe.

—Solo quería que supieras que normalmente no soy así. —Respiro hondo—. Así que lo siento si te incomodé.

—No me incomodaste —dice—. Solo me sorprendiste.

—¿Para mal?

—Qué va. Para distinto.

No sé por qué eso me alivia tanto. Debería darme igual. No me da igual.

—Bien —susurro—. Porque no quería que pensaras que soy una monja descarriada sin remedio.

—Yo creo que eres más bien una monja que necesita un buen formateo vital.

—Sí. Probablemente.

Nos sonreímos. No de forma romántica, todavía no, sino como dos personas que han compartido algo raro y no saben qué nombre ponerle.

—Gracias por apagar el incendio —digo.

—De nada. Aunque el origen del fuego sigue siendo un misterio bastante particular. —Me guiña un ojo.

—Nunca lo resolveréis. Caso cerrado. Archivado. Sellado con cera.

Suelta una carcajada.

—Cuídate, Eva.

—Tú también, Adán.

Me voy con el castigo esperándome y el mareo todavía rondando, y me doy cuenta de que estoy sonriendo. Me dura lo justo.

—Eva. Conmigo. Ahora.

La voz de la Madre Superiora, detrás de mí, como una aparición divina de las que no tienen nada de divinas.

CAPÍTULO 3

Camino por el pasillo detrás de la Madre Superiora con la dignidad de un gato mojado.

Mi hábito todavía huele a ahumado. La cabeza me flota como un globo mal atado. Y el corazón va a su ritmo sin pedirme permiso, como lleva haciendo desde que Adán bajó de ese camión.

Intento no girarme. Intento no pensar. Intento recordar que soy una monja con votos y una vida elegida y que no soy la protagonista de ninguna comedia romántica con complejo de pirómana.

Mi cerebro ha decretado huelga de santidad indefinida.

La Madre Superiora abre la puerta de mi celda y me hace pasar con la energía de quien deposita un paquete frágil en el suelo. No con mala intención. Solo con mucha eficiencia.

La habitación es exactamente igual que siempre: blanca, ordenada, silenciosa. Cama estrecha, mesilla, una cruz en la pared que hoy parece mirarme con más énfasis del habitual. El tipo de lugar donde una debería sentirse en paz y no como si alguien le hubiera desmontado el alma con una llave inglesa y la hubiera vuelto a montar mal.

—Cinco días —dice—. Oración, silencio y trabajo. Sin salidas. Sin distracciones.

Distracciones suena sospechosamente a *bombero con mandíbula de infarto*.

Asiento con la humildad de una santa medieval y el interior de una adolescente a la que han castigado sin móvil. Cuando cierra la puerta, me dejo caer en la cama como un saco de harina.

—Muy bien, Eva —le digo al techo—. Un día. Te has drogado, has provocado un incendio y has flirteado con un bombero. Que te canonicen.

Intento rezar. De verdad. Me arrodillo, junto las manos, empiezo:

—Padre nuestro que estás en los cielos…

Mi cerebro sustituye «cielos» por «Adán sin camiseta».

—No. No, no, no.

Vuelvo a empezar.

—Santificado sea tu nombre…

La imagen de él riéndose en el sótano.

—Esto es sabotaje espiritual de primer orden —le informo al techo.

Me rindo. Me tumbo boca arriba y el silencio del convento, que siempre me había parecido un abrazo, esta noche pesa como una manta húmeda.

¿Votos de castidad? Ja. ¿Vida de recogimiento? Doble ja. ¿Santa del año? Ja, ja y ja.

***

Dos días sin hablar. Dos días completos.

Lo que he descubierto es aterrador: tengo una cantidad de diálogo interior que alarmaría a cualquier psicólogo, y al menos la mitad no es apta para misa de once.

Friego platos como si cada mancha fuera una mala decisión. Barro como si el polvo tuviera la forma de todo lo que intento olvidar. Limpio una mesa con tanta energía que la madera me debe un favor.

Estoy con la fregona en el refectorio cuando la hermana Pilar aparece y se queda mirando el suelo con el ceño fruncido.

—Hermana Eva —susurra—. Va a gastar las baldosas.

—Alguien tenía que aguantarme hoy y les ha tocado a ellas.

Silencio. Yo con la fregona. Ella con cara de archivo policial.

—¿No estabas castigada sin hablar?

—No he hablado. He respirado con palabras.

La hermana Pilar me mira, se santigua despacio y dobla la esquina murmurando algo que no alcanzo a escuchar pero que probablemente incluye mi nombre.

—Respira menos, entonces —la oigo decir desde el pasillo.

Vuelvo a la fregona. Con la ansiedad por las nubes y la certeza de que el silencio obligatorio es la peor idea que ha tenido la humanidad desde las dietas de enero.

El problema es que dentro de ese silencio mi cabeza tiene demasiado espacio libre. Y lo llena con Adán. Con su risa. Con cómo dice *Eva*, no como quien llama a alguien, sino como quien pulsa una tecla a ver qué se enciende.

Me digo que es normal. Que fue un día muy intenso. Que en cuanto se me pase del todo, todo volverá a su sitio.

Llevo dos días sin porro y sigo exactamente igual.

Por fuera soy la Eva de siempre: puntual, silenciosa, eficiente. Por dentro, alguien movió todos los muebles de sitio en mitad de la noche. Es como el cuadro torcido: nadie más lo ve, pero tú ya no puedes mirar a otra parte.

Y justo cuando empiezo a convencerme de que todo pasará, la Madre Superiora entra al refectorio.

—Eva. Los bomberos han vuelto.

Mi corazón da un triple mortal sin red de seguridad.

La miro levantando los hombros en modo pregunta, porque sigo castigada y el silencio es oficialmente mi nueva personalidad.

—Revisión por seguridad. Daños estructurales. —Me observa con esa ceja suya que parece tener acceso a información privilegiada—. Usted los acompañará.

Me señalo a mí misma. *¿Yo*?

—Sí, usted.

Pongo cara de adulta madura. No de adolescente a la que acaban de decir que su crush viene de visita. Me acerco a la ventana del pasillo con la discreción de alguien que definitivamente no está mirando el patio a escondidas.

El camión rojo. Adán bajando. Con toda la tranquilidad del mundo.

Mi estómago hace una cosa que debería puntuar en gimnasia artística y me pego a la pared en el instante exacto en que él levanta la vista. Respiro despacio. *Es una revisión técnica. Es un profesional y tú eres una monja con castigo activo.*

Oigo pasos en el pasillo. No son sandalias.

Adiós, sistema nervioso.

—Eva —dice su voz, a mis espaldas.

Cierro los ojos un segundo y me giro despacio.

Uniforme impecable. Cara de tenerlo todo bajo control. Esa mirada tranquila que tiene el don específico de ponerme nerviosa.

—No puedo hablar —suelto.

Parpadea.

—Eso ha sonado bastante a hablar.

Aprieto los labios, señalo mi garganta y hago el gesto de cerrar una cremallera imaginaria. Con toda la solemnidad que me queda.

Adán se ríe por lo bajo.

—Vale. ¿Puedes al menos asentir con dramatismo?

Asiento con un dramatismo que haría llorar a un director de teatro.

—¿Estás bien?

Asiento, aunque mi cara dice otra cosa.

—¿Te han castigado?

Asiento de nuevo. Con resentimiento acumulado de dos días.

—¿Mucho?

Hago un gesto que viene a significar *lo suficiente como para replantearme mis decisiones vitales desde el principio*.

Adán se apoya en la pared y se cruza de brazos con la naturalidad de alguien para quien interrogar a una monja muda es perfectamente normal.

—He venido a revisar un par de cosas en el ala oeste. —Me mira —. Pero también quería saber si estabas bien.

Mi corazón, sin consultarme, hace *pum*.

Le devuelvo la mirada con cara de *no vuelvas a decir eso, que me estropeas el castigo*.

—No me mires así —dice.

Levanto una ceja. ¿Así cómo?

—Como si te estuviera tentando a cometer un delito.

Las mejillas se me calientan sin permiso. Le señalo con el dedo, acusadora, como si fuera él quien incendió el convento y pone cara de inocencia absoluta.

—Yo no he hecho nada.

Le hago un gesto que viene a decir: *existir ya es suficiente*.

Sonríe. Y esa sonrisa es directamente una blasfemia en territorio sagrado.

—¿Qué pasa? ¿Estoy muy guapo hoy?

Casi me atraganto con mi propio orgullo. Niego con fuerza. Luego me arrepiento porque la negación ha sido demasiado rápida y demasiado vehemente y Adán lo sabe perfectamente.

—Ven conmigo. Revisamos una cosa y me voy. Prometo no molestarte más de lo necesario.

Lo sigo. Porque soy una monja obediente. O porque desde el incendio mi capacidad de obedecer solo reacciona ante él. No voy a investigar cuál de las dos.

Llegamos al ala oeste. Marcas de agua en las paredes. Ese olor a jabón y ceniza que tardará semanas en irse. Adán saca una carpeta, revisa un plano y señala una columna con el bolígrafo.

—Aquí. Quiero revisar si hay daño estructural.

Se agacha y yo me quedo de pie detrás con las manos juntas, porque ya he aprendido que si las dejo sueltas tienden a hacer cosas. Como querer tocarle el hombro a cada rato.

—¿Te estás portando bien? —pregunta, sin levantar la vista.

Me encojo de hombros.

—Eso no es un sí.

Gesto ambiguo. Podría significar cualquier cosa.

—Eso parece más un «lo justo para no arder en el infierno».

Me llevo la mano al pecho, ofendida en dos idiomas.

—¿Te molesta que bromee?

Niego con más energía de la necesaria.

—Vale. —Sonríe—. Es que me sale solo contigo.

Me quedo quieta procesando eso. Él vuelve a la carpeta como si no acabara de decir algo que debería llevar advertencia de seguridad.

—Tu Madre Superiora parece que quisiera exorcizarme —dice.

Asiento con comprensión sincera.

—Creo que el primer día estuvo a punto de intentarlo con la escoba.

Me mira.

—¿Qué has dicho?

Me paralizo. Señalo la garganta. Gesto de cremallera. Otra vez.

Adán se ríe.

—No puedes hablar y aun así lo haces. Tiene mérito.

Le señalo acusadora y levanta las manos.

—Vale, me callo. —Dos segundos—. ¿Siempre has sido así?

¿Así cómo?, le pregunto con la cara.

—Intensa. Graciosa cuando estás nerviosa. Como si por dentro hubiera una orquesta tocando a todo volumen mientras tú finges que todo está en calma.

Me quedo sin aire.

Es peligrosamente exacto. Lo señalo como si la culpa fuera suya.

—¿Sabes qué, Eva? Me caes bien.

Miro a mi alrededor por instinto, como si el Espíritu Santo pudiera estar detrás de una columna tomando notas.

Y entonces le saco la lengua.

Su boca se curva con satisfacción evidente y le doy un aplauso pequeño y sarcástico.

—Gracias, señor bombero. Me halaga no ser odiada.

—De nada, hermana delincuente.

Intento reírme sin sonido, pero parezco un pato al que han pillado robando pan.

—Uy, que te rías así da miedo.

Le dedico mentalmente un gesto poco monástico. Luego lo convierto en una flor imaginaria. Hay que mantener el nivel.

—Eva —dice, con un tono más serio—. ¿Te queda mucho castigo?

Hago el gesto de *una eternidad y media*.

—¿Y después?

Me encojo de hombros. Porque *¿y después?* pesa mucho más de lo que aparenta. Después, ¿qué? ¿Vuelvo a ser la Eva de antes? ¿Existe todavía esa Eva, o se quedó en el cuarto de limpieza junto con el porro y las pruebas?

Adán cierra la carpeta y se pone de pie. Se queda cerca. No demasiado. Solo lo justo para que su presencia sea imposible de ignorar.

—Bueno. No te meto en más problemas. —Baja un poco la voz—. Mi tiempo aquí ha terminado.

Algo se me encoge por dentro.

Quiero bromear. Quiero devolver pullas. Quiero decir *vuelve pronto* con toda la naturalidad del mundo. Pero no puedo. Y quizá es mejor así, porque si abro la boca puede salir cualquier cosa.

Así que solo levanto la mano y hago un gesto pequeño: *gracias*.

Asiente y sonríe un segundo antes de echar a andar.

Lo sigo hasta la salida y ahí se detiene.

—Eva.

Me quedo quieta.

—Lo que me dijiste el día del incendio… —Se rasca la nuca—. A veces la gente se queda atrapada en sitios donde no es feliz. Y un día algo estalla. No necesariamente tan literal. —Hace una pausa—. No te estoy diciendo que no debas estar aquí. No me meto en eso. Solo quería que supieras que no me pareces una loca. Me pareces alguien que está intentando respirar.

Trago saliva.

Como no puedo hablar, hago lo único que me queda: sostenerle la mirada.

Adán sonríe con suavidad y se va, dejándome en el pasillo con el olor del convento a mi alrededor, el castigo todavía activo y una idea creciendo muy despacio en algún lugar del pecho.

Que quizá el incendio no fue un accidente del todo. Que quizá fue una señal.

Lo peor es que esa posibilidad no me aterra.

Me parece hasta emocionante.

CAPÍTULO 4

Si hay algo que aprendo tras conocer a un bombero exageradamente atractivo en medio de un incendio que yo misma provoqué, es esto: una ya no vuelve a ser la persona de antes.

Lo intento. De verdad. Vuelvo a los rezos, a las tareas, a caminar por los pasillos con los ojos bajos y las manos recogidas. Intento ser la Eva discreta, la Eva que no mira dos veces, la Eva que lleva años siendo exactamente lo que se supone que debe ser.

Pero mi cerebro ha probado una versión nueva del mundo. Y ahora la antigua le parece una fotocopia en baja calidad.

Paso los días entre oraciones y trabajo doméstico como si estuviera expurgando una vida anterior. Friego, barro y ordeno la biblioteca del convento, que consiste en aproximadamente quinientos libros sobre lo mismo con diferente portada y distintos grados de polvo acumulado. Y en cada pausa, mi cabeza proyecta escenas que nadie ha encargado:

Adán en el pasillo. Adán en el sótano. Adán diciéndome que no parezco una loca. Adán riéndose de mis gestos mudos con esa cara que no debería tener nadie que trabaje en territorio eclesiástico.

—No —me digo—. Basta. Concentración.

No sirve. Nunca sirve.

La hermana Pilar me observa desde el otro lado del claustro mientras paso el trapo por unos bancos que ya estaban limpios.

—Hermana Eva… ¿eso son suspiros?

—Estoy respirando. Como todo el mundo.

—Con esa intensidad, no.

—Se llama respirar con pasión. Es una técnica nueva.

—Eso no existe.

—Pues debería. —Retuerzo la bayeta con más fuerza de la que la situación requiere—. Le daría sentido a muchas cosas.

La hermana Pilar me estudia con la mirada de quien lleva décadas leyendo entre líneas en los pasillos del convento.

—Últimamente estás muy rara.

—Siempre he sido rara.

—No así. Como si estuvieras en otro sitio.

Esa observación me atraviesa más de lo que me gustaría admitir. Disimulo, encojo los hombros y sigo limpiando. Pero tiene razón.

***

Esa tarde nos mandan al patio a recibir unos suministros. Trabajo comunitario, lo llaman. Yo lo llamo esclavismo con hábito. Salgo cargando una caja que pesa aproximadamente lo mismo que todos mis pecados juntos más IVA.

Y entonces lo veo.

No.

No, no, no, no.

Adán está junto al camión, descargando algo con dos compañeros. No debería estar aquí. Ya hizo su revisión final. Ya se fue. El universo no puede ser tan persistentemente cruel.

Y sin embargo.

Se quita los guantes en el momento exacto en que me ve. Sonríe. Y mi corazón hace esa cosa ridícula, como un perro al que han pronunciado su nombre favorito.

Bajo la vista de golpe.

—Cajas. Espalda recta. Castidad. Cajas. Espalda recta. Castidad.

No sirve. Jamás sirve.

—Eva —oigo detrás de mí.

Me quedo quieta con la caja en las manos. Sin escapatoria física ni excusa plausible. Me giro.

—Hola —dice Adán, con toda la tranquilidad del mundo—. Veo que sigues sin quemar nada.

—Dame tiempo. Solo te estoy dejando recuperarte emocionalmente del anterior.

—Lo aprecio.

De reojo: la Madre Superiora al otro lado del patio, hablando con el conductor del camión. Pero tiene ojos en la nuca, en los costados y probablemente también en el alma. Un radar de tentaciones con cofia.

—No deberías hablar conmigo —digo en voz baja—. Sigo castigada.

—No estoy hablando contigo. Solo te acompaño mientras llevas una caja. Es apoyo logístico.

Se me escapa una sonrisa que no tenía planeada.

—¿Qué haces aquí de nuevo?

—Traemos mangueras nuevas y material ignífugo. Cosas que, por mucho que lo intentes, no arderán.

—Qué detalle tan considerado.

—Ya me conoces.

Caminamos juntos hacia el almacén. Noto su mano cerca de la mía en el borde de la caja. Demasiado cerca, y el vello del brazo se me pone de punta con una disciplina que mis pensamientos no tienen.

—¿Ya puedes hablar? —pregunta.

—Puedo, pero no debo.

—¿Y qué pasa si lo haces?

—Dios frunce el ceño.

Me mira con curiosidad.

—¿Y eso es peligroso?

—Mucho. Tiene muy mal carácter cuando se lo propone.

Sonríe.

—¿Cuánto te queda?

—Tres días que se me antojan eternos.

—Ya es menos que cinco.

—También es más que cero, que es lo que preferiría.

Entramos en el almacén. Pequeño, algo oscuro, olor a madera vieja y detergente. No es exactamente un escenario romántico.

Y aun así.

—Te vi desde el camión —dice—. Parecías muy concentrada.

—Intentaba no mirarte.

—¿En serio?

—Sí. Con todas mis fuerzas, pero no funcionó.

Silencio. De los cómodos, que son los más peligrosos.

—¿Te estás portando bien? —pregunta.

—Lo intento con todas mis fuerzas.

—¿Y qué significa eso para ti? ¿Portarse bien?

—No pensar ciertas cosas. No querer ciertas cosas. No…

—¿No vivir?

La pregunta cae entre los dos. No respondo. Nos miramos durante unos segundos que duran más de lo que deberían. Noto el pulso en la garganta y un calor que no tiene nada que ver con la temperatura del almacén.

—Tengo que volver —digo al fin.

—Sí… —No se mueve. Sus ojos están en los míos con una fijeza tranquila—. Adán… no me mires así —digo, porque es demasiado. Demasiado todo.

—¿Así cómo? —susurra. Y de pronto está más cerca.

—Como si estuvieras a punto de hacer algo que no está en el protocolo de seguridad.

—Solo lo estoy pensando.

—Eso es casi peor.

Y entonces, desde el exterior, como un trueno:

—¡Eva!

La Madre Superiora.

Cierro los ojos. Los abro. Los vuelvo a cerrar.

—Me llaman —balbuceo.

—Esta señora tiene un radar sobrenatural.

—Es una conspiración divina —digo, intentando que no me tiemble la voz.

—Fíjate que ya lo venía sospechando. —Me sigue la broma y los dos nos reímos un segundo. Una pequeña tregua en medio de todo lo demás.

Doy un paso atrás para salir y tropiezo con algo. Una caja se tambalea. Intento sujetarla, pero ya es tarde, y cae al suelo con un golpe seco.

Del interior se desparraman, por las baldosas del almacén de Santa María de los Suspiros, un montón de tangas.

Tangas de distintos colores y tamaños. Con encaje, sin encaje. Algunos con lazos. Varios con estampados que no voy a describir. Todos mirándome desde el suelo como si tuvieran la intención específica de arruinarme la tarde.

Me quedo petrificada.

Adán baja la vista. Me mira a mí. Vuelve a bajar la vista.

—No es mío —digo a la velocidad del sonido.

Me arrodillo a recogerlos mientras toda la sangre de mi cuerpo decide instalarse en la cara de manera permanente. Los tangas me contemplan desde las baldosas con una indiferencia que me parece ofensiva.

—Esto debe de ser del convento —balbuceo—. Donaciones, quizá. Para alguien.

Adán cruza los brazos.

—Claro. El típico tanga institucional. Con escudito y todo.

Quiero morirme. Acepto morirme de cualquier forma disponible.

Los agarro con dos dedos, como si pudieran contagiarme pecado por contacto, y los meto en la caja a toda velocidad.

—¿Por qué hay esto aquí? —murmuro, más para el universo que para él.

—Gran pregunta teológica. Quizá para el siguiente retiro espiritual.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

De pronto escucho pasos en el pasillo. Pasos que conozco.

Miro los tangas. Miro a Adán. Miro la puerta.

El tiempo se ralentiza como si Dios quisiera que apreciara bien el momento.

—¡Eva! ¿Todo bien ahí dentro?

—¡Sí, Madre! Todo… bajo control.

Adán se lleva el puño a la boca para no reírse. Quiero estrangularlo. Recuerdo que eso no está bien y pido perdón mentalmente.

—¿Qué hacen ahí dentro?

—Revisando cajas —dice Adán, con una voz tan tranquila y profesional que podría estar leyendo un informe técnico—. Hay material delicado que requiere clasificación.

Material delicado es MI SALUD MENTAL Y MI REPUTACIÓN ETERNA.

Silencio al otro lado de la puerta.

—Bien. Continúen.

Sus pasos se alejan. Suelto el aire de golpe, como quien lleva dos minutos sin respirar, que es exactamente lo que ha pasado.

—Te odio —le digo.

Adán suelta una carcajada limpia y completa, y durante un segundo el almacén parece más grande.

Terminamos de meter la lencería en la caja como dos criminales borrando huellas del delito más absurdo en la historia del catolicismo universal.

—Eva…

—¿Qué?

Levanto la vista. Me mira. Y entonces lo dice, con esa naturalidad suya que no debería estar permitida:

—Te pones muy guapa cuando te sonrojas.

Antes de que pueda procesar nada, se va.

Me quedo mirando cómo se aleja por el pasillo con la caja bajo el brazo y esa manera de caminar que parece diseñada para que una no pueda pensar en otra cosa. Y siento, con una claridad bastante incómoda, que la cosa peligrosa no es que él venga.

La cosa peligrosa es que yo empiezo a contar los días que faltan para que vuelva.

Cuando regreso al claustro, la hermana Pilar me intercepta antes de que llegue a la esquina.

—Uy, uy, uy. ¿Por qué vienes sonriendo?

—No estoy sonriendo.

—Estás brillando, Eva.

—Es el esfuerzo físico de cargar cajas.

—A mí no me engañas. —Me mira con sus ojos de archivadora experimentada—. Es por el bombero.

No respondo. Cojo la fregona.

La hermana Pilar sonríe con la satisfacción de quien acaba de resolver un caso difícil y se aleja sin decir nada más. Porque no hace falta.

Las dos sabemos que tiene razón.

CAPÍTULO 5

Mi castigo tiene tres partes: silencio, oración y trabajo. En teoría suena hasta bonito. Casi monástico. En la práctica es como intentar apagar un fuego con un abanico mientras una anciana con mala leche te fulmina con la mirada y el universo entero conspira para que fracases.

Amanezco con la boca seca, un dolor de cabeza discreto y la dignidad todavía en paradero desconocido. La debí perder en algún lugar del almacén, entre material ignífugo y lencería de procedencia inexplicable, y desde entonces no ha dado señales de vida.

El castigo terminó ayer por la noche. Tres palabras de la Madre Superiora dichas de espaldas mientras apagaba la luz del pasillo: «Mañana puede hablar. Con juicio.»

El juicio es lo que más me cuesta.

Me levanto, saco el hábito limpio del armario —el único que me queda entero desde que el otro decidió arder conmigo— y me lo pongo con esa parsimonia de quien ya no tiene prisa por ningún sitio. Me coloco la cofia con la precisión de una mujer que intenta transmitir que su vida está ordenada.

Me miro al espejo y me digo, muy seria:

Hoy vas a ser una monja ejemplar. Hoy no vas a pensar en Adán. Hoy vas a rezar con convicción.

El espejo me devuelve una cara de *sí, claro, Eva, lo que tú digas*.

Bajo al refectorio. El olor a café de convento —agua caliente, centeno tostado y algo que prefiero no identificar— me recibe como siempre. Me siento. Delante: avena con textura de cemento fresco.

La hermana Pilar aparece de la nada, como si hubiera estado esperando detrás de una columna, y se sienta enfrente con una

calma que me resulta inmediatamente sospechosa. Me mira el plato. Me mira a mí. Luego me mira el cuello.

—Tienes una marca —dice.

Me atraganto con mi propia saliva.

Me llevo la mano al cuello y palpo. Nada. O quizás sí. En este convento una puede estar marcada por el pecado sin haberse enterado.

—No tengo nada —susurro.

—Tienes cara de estar cometiendo un error y no querer admitirlo.

Respiro hondo.

—¿De qué error hablas? —digo, en el tono más inocente que encuentro.

Levanta una ceja con la elegancia de alguien que lleva décadas haciendo esto.

—¿Con quién estuviste a solas ayer?

La miro con lo que internamente llamo *odio santo*.

—Solo me ayudaba a mover cajas —añado.

—Claro. Y por eso volviste con la mirada de una mujer que acaba de presenciar un milagro de primera clase.

Intento mantener la cara neutra. Mi cara, que ha decidido actuar en solitario desde que Adán apareció en mi vida, no colabora.

—Hermana Pilar, deje de increparme. Recuerde que estoy castigada.

—¿Por el incendio o por el bombero?

Me quedo callada varios segundos.

—Por el incendio, supongo —digo al fin.

—Qué pena.

—¿Pena por qué?

—Un incendio es un accidente. En cambio, un bombero buenorro es una tentación que el Señor manda para poner a prueba la fe. Deberían haberte castigado por eso.

—Dios no manda bomberos buenorros para probar la fe de nadie.

—¿Tú qué sabes? —murmura, y se lleva la taza a la boca con la tranquilidad de quien acaba de soltar una verdad teológica de primer orden.

Me inclino hacia ella.

—Me estás poniendo nerviosa.

—¿Sabes? Esto es lo más entretenido que ha pasado aquí desde que la hermana Teresa se tragó una mosca en mitad del rosario y nadie supo si era un accidente o una señal divina.

Me cubro la cara con las manos.

La hermana Pilar se inclina también, bajando la voz como si fuéramos dos espías en un café.

—Solo te digo una cosa, Eva. Ten cuidado. Si la Madre Superiora se huele que te gusta ese bombero… —señala el aire con la nariz— se te cae el mundo encima.

—¡Qué manía! A mí no me gusta ese hombre.

—Solo te estás engañando a ti misma, cariño.

No digo ni una palabra más. Termino la avena-cemento como puedo y me largo, porque tiene más razón que un santo y eso es insoportable.

CAPÍTULO 6

Hay un papel doblado en el suelo de mi celda, junto a la puerta.

Lo miro desde el umbral como si fuera un animal salvaje. En el convento las cosas no aparecen donde no deben. La ropa sucia va al cesto. Los pecados al confesionario. Las dudas existenciales se guardan en un cajón imaginario y se rezan hasta que se vuelven silenciosas.

Pero ese papel está ahí. Doblado con un cuidado casi insultante.

Lo cojo con dos dedos. Lo abro.

«Te espero mañana a las 19:00 en el jardín exterior. Si quieres hablar. —A»

Lo leo una vez. Dos. Tres. Por si en la tercera el papel decide arrepentirse y transformarse en algo más apropiado, como *«Perdona por buscarte problemas»* o *«Era una broma, soy del seguro»*.

No. Se queda tan tranquilo, con esa letra recta de alguien que sabe dónde colocar cada cosa. Incluida yo.

Me siento en la cama. Me levanto. Me vuelvo a sentar.

—Estoy castigada —le digo al papel en voz alta—. No puedo ir.

Lo doblo. Lo desdoblo. Lo vuelvo a doblar. Lo guardo entre los salmos. Lo saco inmediatamente porque eso suena a sacrilegio de primer grado. Lo meto debajo del colchón. Lo saco porque esconder un papel ahí ya parece que estoy ocultando pruebas. Al final lo dejo en la mesilla, con la resignación de una mujer que sabe que está perdida.

Me tumbo boca arriba. El techo tiene una mancha de humedad con forma de nube. Si me esfuerzo, puedo imaginar que es una paloma. Una señal. Un *Eva, no hagas tonterías*.

Mi cabeza responde: ya es tarde para eso.

Intento rezar. Me arrodillo, junto las manos, empiezo:

—Padre nuestro que estás en los cielos…

Pum. Adán.

—Santificado sea tu nombre…

Pum. Su sonrisa en el sótano.

—Y líbranos del mal…

Pum. Sus manos revisando cables.

—Esto es ilegal —susurro.

Cambio de oración. Ave María. Gloria. El credo entero si hace falta. Nada. Mi mente se queda atascada como un disco rayado en la frase *si quieres hablar*.

¿Hablar de qué, exactamente?

¿De *hola, soy monja, mi vida se incendió literalmente y ahora no sé quién soy*?

¿De *no me mires así porque me estoy volviendo loca*?

Duermo a trozos. En micro-siestas de culpabilidad donde sueño que la Madre Superiora me persigue por el claustro con una manguera gritando: *«¡TE LO DIJE, EVA! ¡ESE BOMBERO ES DEL DEMONIO!»*

A las seis de la mañana me rindo.

—Vale —le digo al universo—. Voy a ir. Solo a hablar. Como dos adultos civilizados que no están cometiendo ningún delito.

El universo no responde, pero tampoco me manda ningún rayo e interpreto eso como un visto bueno relativo.

***

Bajo al refectorio con el ánimo de una mujer que sabe que está a punto de hacer algo cuestionable pero ya no puede parar. Avena-cemento, pan que podría usarse como proyectil y una taza de café que es básicamente agua caliente con intención.

La hermana Pilar aparece antes de que me haya sentado. Tiene ese don. Se sienta frente a mí y me mira durante tres segundos

completos sin decir nada.

Tres segundos de Pilar en silencio es una señal de alarma de primer nivel.

—Tú has pecado en sueños —dictamina al fin y casi me atraganto. —¿Te has despertado sudando?

—Me he despertado… pensando.

—Peor.

Intento concentrarme en la avena. La avena también parece juzgarme.

—Ahora en serio —baja la voz—. ¿Qué te pasa?

—Recuerda que estoy castigada. Cada vez que me haces saltarme el silencio, eres tan culpable como yo.

Me ignora con maestría.

—Qué bien te has peinado hoy…

Me llevo la mano a la cofia.

—Siempre me peino.

—Mentira descarada.

Me mira con cara de parroquiana de primera fila que está a punto de soltar algo devastador.

—¿Es por el bombero?

—¿Qué bombero?

—No te hagas la tonta.

—Han venido muchos bomberos al convento últimamente.

—Sí, pero tú solo te derrites por uno.

Me atraganto por segunda vez en cinco minutos.

—¡No me derrito por nadie! —Me cubro la cara—. Pilar, por lo que más quieras…

—Mira —dice, apoyando los codos en la mesa con la solemnidad de quien va a revelar un secreto de Estado—. No te voy a delatar. Pero sí te voy a decir algo que quizá nadie te ha dicho aquí dentro.

—No me digas nada. Ya tengo suficiente con lo que me dice Dios.

—Dios no tiene problema con que seas humana. La Madre Superiora sí. Son dos instituciones distintas.

Trago saliva.

—No estoy haciendo nada.

—Todavía.

—No voy a hacer nada.

Me mira con esa calma suya de cuando está siendo más seria de lo que parece.

—Eso también lo decía tu amiga Lucía antes de marcharse.

Me lanza esa frase y se levanta y se va como si acabara de dejarme una bomba de relojería moral en el plato y ya no fuera cosa suya.

***

El resto del día transcurre a cámara lenta. Hago tareas mecánicas para no pensar: barro, limpio, ordeno. Meto la cabeza en el trabajo como quien mete la mano en agua fría para dejar de sentir. No funciona.

A las doce, limpiando la capilla, me sorprendo inventando un vitral de Adán. Mi cerebro lo diseña con todo detalle y en colores vivos. A las dos, arreglando flores, me descubro pensando si prefiere el pelo suelto o recogido, y me odio por ello. A las cuatro, doblando sábanas, una tiene una mancha que vagamente se parece a un rostro.

La arrugo sin piedad.

A las seis, oficialmente nerviosa. A las seis y media, como una criminal con mala coartada. A las seis cincuenta y cinco, decido que no voy a ir. A las seis cincuenta y ocho, me cambio las sandalias. No por seducir. Por comodidad. Una comodidad muy sospechosa. A las siete menos dos, me pongo el rosario como escudo. A las siete menos uno, me lo quito.

—No voy a ir —me repito—. No. No. No.

A las siete en punto, mis pies ya van solos hacia la puerta.

Camino pegada a la pared y al doblar una esquina casi choco con la hermana Teresa, que sale del lavabo con un cubo.

—¡Ay, hija! ¿A dónde vas tan deprisa?

Mi cerebro se queda en blanco como una pizarra nueva.

—A… rezar —digo.

—¿En esa dirección?

—No importa la dirección siempre que lo haga con fe.

La hermana Teresa me mira con ojos de *a mí no me la das, llevo cuarenta años aquí*. Pero me deja pasar.

—Pues reza mucho, que hace falta —murmura al doblar la esquina.

Llego a la puerta del jardín exterior y me quedo quieta con la mano en el pomo.

Respira, Eva. Respira. Solo vas a hablar. Solo es un banco. Solo es un bombero. Un bombero que te pone el sistema nervioso a funcionar a máxima potencia, pero eso es un detalle menor.

Abro la puerta.

El jardín me recibe con olor a flores húmedas, piedra fría y esa quietud que siempre me ha transmitido calma. Hoy, sin embargo, la quietud tiene trampa.

La fuente suena bajito. Los rosales están medio cerrados. El cielo tiene ese azul oscuro de las siete de la tarde con el borde todavía rosado. Y allí está él. Apoyado en el banco de piedra, con las manos en los bolsillos, como alguien que ha estado esperando un rato y no piensa quejarse por ello. Cuando me ve, su cara cambia apenas. Un gesto mínimo. Un alivio pequeño, quizás.

Mi estómago hace una pirueta que no estaba en el programa.

—Hola —dice.

—Esto es una pésima idea —suelto antes de saludar, porque el filtro entre mi cerebro y mi boca sigue de vacaciones.

—Lo sé.

—Podríamos meternos en problemas.

—Probablemente.

—Entonces…

—Entonces corramos el riesgo.

Me acerco y me siento en el banco dejando entre nosotros un espacio que, objetivamente, es ridículo. Como si treinta centímetros de piedra fría pudieran protegerme de algo.

Adán mira ese espacio.

—¿Esto es una frontera?

—Es prudencia.

Suelta una risa baja y mi pecho se aprieta con una precisión que empieza a resultarme familiar.

—¿Por qué me dejaste esa nota? —pregunto.

—Porque no tengo otra forma de quedar contigo.

Me llevo la mano al pecho con el disimulo de alguien que no tiene nada de disimulo.

—Quería hablar contigo —continúa—. Sin bromas.

Trago saliva.

—Habla.

—Cuando te vi el otro día… —empieza—. No el día del porro, sino cuando intentabas ser la monja correcta y aun así se te escapaba la vida por las costuras. Me preocupé.

Eso me golpea en un sitio que no estaba esperando.

—No tienes por qué preocuparte por mí.

—Ya, pero me sale. No es algo que haya decidido.

Me giro hacia la fuente porque sus ojos son demasiado directos y el agua es más fácil de mirar.

—¿Por qué eres monja, Eva? —pregunta entonces.

—¿Esa pregunta es una trampa?

—No quiero la versión bonita. Esa ya me la sé.

—La verdad es que no tengo versión bonita.

—Entonces la real.

Respiro hondo.

—Eso mejor otro día. Hoy no me apetece abrirlo.

Adán asiente. No insiste. Y eso me alivia, porque estoy tan acostumbrada a que la gente empuje que no sé qué hacer cuando alguien respeta el límite.

—Vale —dice—. Entonces te pregunto otra cosa.

—Miedo me das ya.

—¿Eres feliz aquí?

Me río. Sale sin alegría, un sonido raro que no reconozco como mío.

—¿Esa era la fácil?

—Es la importante.

Silencio. Del tipo que ya es una respuesta.

—Hay días —digo al fin— que estoy tranquila.

—Eso no es felicidad.

—En un convento es lo más parecido que existe.

Me mira.

—Puedes relajarte conmigo. Solo quiero escucharte. No vengo a salvarte ni a decirte lo que tienes que hacer.

Me tenso.

—¿Perdón?

—No soy ese tipo. Y tú no pareces el tipo de persona a la que le guste que la salven. Pero sí pareces alguien que se está ahogando sin hacer ruido.

Se me humedecen los ojos. Absolutamente inaceptable. Ocurre igual.

—Prefiero dejar ese tema.

—Lo imaginaba.

—No digas eso. No me conoces.

—Eso es cierto. Pero vi una parte de ti que gritaba por dentro.

—Era la marihuana.

—No era eso y lo sabes.

Aprieto los labios.

—Me estás haciendo decir cosas que no quiero decir.

—No te estoy haciendo decir nada. Solo estoy aquí.

Y eso es peor. Mucho peor. Porque *solo estoy aquí* es exactamente lo que nadie hace aquí dentro.

Me giro y lo miro de frente.

—Yo no soy la persona que crees.

—Eso habría que verlo.

—No. Déjalo.

—Eva.

Mi nombre. Su voz. El jardín se hace más pequeño.

—No sigas indagando así, por favor —susurro.

—¿Así cómo?

—Como si te importara de verdad.

Adán respira despacio.

—No estaría aquí si no me importara un poco.

El pulso se me acelera sin consultarme.

—Pues no debería. No nos conocemos.

—¿Tú qué sabes? Quizás nos conocimos en otra vida —bromea, y se me escapa una risa involuntaria.

—Sabía que esto era mala idea —digo, porque necesito una frase a la que agarrarme.

—Y aun así has venido.

—Sí.

—Y yo te he buscado.

—Culpa tuya.

—Completamente.

—¿Y qué hacemos ahora?

Adán abre la boca para contestar.

Y entonces oímos pasos.

Los dos nos quedamos quietos al mismo tiempo, como dos niños pillados robando galletas. Una sombra se mueve detrás de los rosales.

Y delante de nosotros aparece la hermana Pilar con una regadera, con la cara de quien no se ha perdido absolutamente nada.

Nos mira a los dos. Mira el espacio ridículo del banco. Mira mi cara de culpable confesa. Mira a Adán, que intenta proyectar inocencia con resultados mediocres. Y sonríe.

—Vaya —dice muy despacio—. Qué casualidad tan bonita.

—No es lo que parece —suelto demasiado rápido.

—¿Y qué parece?

Adán carraspea.

—Estamos hablando —dice.

—Ah. —Pilar asiente como si eso fuera la cosa más normal del mundo—. ¿De qué?

Mi cerebro en blanco. Adán interviene.

—De seguridad. Del convento. Del fuego.

Pilar lo mira.

—¿Fuego?

—Sí. Fuego… estructural. De las instalaciones.

Lo miro con horror. Él mantiene la cara seria con un esfuerzo admirable. Pilar nos estudia a los dos durante tres segundos eternos y luego se santigua con mucha parsimonia.

—Que Dios os ampare.

Y se va. Regando. Sin prisa. Como si acabara de bendecir un desastre y ya no fuera de su incumbencia.

Me llevo la mano a la cara.

—Nos ha pillado.

—Nos ha visto —matiza Adán.

—Es peor. Ver es suficiente para que lo sepa todo.

Intenta no reírse, pero no lo consigue del todo.

—No te rías —le susurro.

—Lo intento.

—No lo intentes, consíguelo.

—Es que tu cara de pánico es…

—Mi cara es una cara de monja en apuros, que es exactamente lo que soy.

Se pone serio con el esfuerzo visible de quien guarda la risa en un cajón cerrado con llave.

—Eva, mírame.

Lo miro.

—No va a pasarte nada. No estamos cometiendo ningún delito.

—Ya lo sé. Pero el convento no funciona por justicia. Funciona por normas. Y yo no puedo permitirme más problemas.

Adán asiente.

—Vale. Entonces no lo hagamos más.

—Lo siento. Es que vivir aquí es sentirse culpable hasta por respirar hondo.

Sonríe con una ternura que me resulta peligrosa.

—Tengo que irme —digo, porque el jardín ha empezado a parecerse demasiado a un confesionario.

—Vale.

Me levanto y las piernas me tiemblan un poco.

—No vuelvas a dejarme notas —le digo, intentando sonar firme.

—Vale.

Pausa.

—Bueno… haz lo que quieras —añado en voz demasiado baja.

Adán sonríe con esa ternura suya que me desestabiliza.

Me doy la vuelta.

—Eva.

Me detengo.

—¿Qué?

—Mañana sobre las doce estaré en la calle de fuera, revisando hidrantes. —Pausa de un segundo exacto—. No es una invitación. Es información.

Hay un silencio en el que los dos sabemos perfectamente lo que acaba de pasar.

—Emm…

—Solo información.

Me voy sin mirarle. Porque si lo hago, igual no me muevo del banco hasta que amanezca.

***

Vuelvo a mi celda con el corazón latiendo como si hubiera corrido un sprint. Cierro la puerta y me apoyo en ella respirando.

Y entonces me doy cuenta de que estoy sonriendo.

Me borro la sonrisa con la mano como si fuera una mancha de tinta.

—No —me digo—. No. No. No.

Me siento en la cama. Intento rezar. Y el rezo no me sale en automático, porque hay una frase instalada en mi cabeza que brilla con luz propia:

No estamos cometiendo ningún delito.

¿Y si la culpa no fuera el único idioma posible? ¿Y si pudiera vivir sin sentirme mala todo el tiempo?

Me tapo la cara con el rosario, que a estas alturas no sé si es instrumento de oración o de autodefensa, y cuando por fin el sueño llega, me entran ganas de reír, de llorar y de salir corriendo por el pasillo, todo a la vez.

Así que hago lo que haría cualquier mujer sensata: me tapo la cabeza con la manta como si la manta fuera un escudo contra el pecado organizado.

—Señor —murmuro desde debajo—. Si esto es una prueba… te estás pasando de largo.

Me duermo. Sueño que la Madre Superiora me persigue con un palo y que Adán va detrás intentando quitárselo. Sueño que los santos del pasillo me miran con cara de *Eva, ¿en serio, tía?* Sueño que el jardín se convierte en una cafetería y yo sirvo capuchinos en hábito mientras Adán me guiña un ojo desde la barra.

Despierto con la sensación de haber vivido cuatro vidas en ocho horas.

***

Bajo al refectorio con cara de mujer que se ha peleado con su conciencia y ha perdido por goleada. La hermana Pilar ya está sentada. Me mira.

Yo intento no delatarme.

Sonríe. Una sonrisa muy amplia y muy lenta.

Mal. Muy mal.

—Buenos días —dice, como si no supiera absolutamente nada.

—Buenos días.

—¿Qué tal ayer?

Me quedo congelada con la cuchara en el aire.

—Bien.

—¿Os habéis besado ya?

Se me cae la cuchara dentro del bol y salpica.

—No tenemos intención de hacerlo —digo, con la última reserva de paciencia que me queda.

—Tiempo al tiempo, querida.

—Me tienes completamente harta, Pilar.

—Así le debes tener tú a Dios, con todo el lío que le estás montando.

La miro y veo como disfruta. Pilar vive de esto. Si le quitaran el cotilleo ajeno, creo que se marchitaría como una planta sin luz.

—Si sigues presionándome así, irás al infierno —espeto.

—No se dice *infierno* en el refectorio.

—Pilar…

—Tranquila —dice, levantando una mano con magnanimidad—. No te estoy juzgando. Te analizo. Es distinto. Más preciso.

Resoplo. Intento concentrarme en el bol y fracaso.

Pilar me mira con esa mezcla suya de diversión y algo más serio.

—Solo ten cuidado —dice, esta vez sin burlas—. La carne es débil y el corazón es tramposo.

Me levanto con la bandeja y me voy antes de que me diga algo que me parta en dos. Con Pilar nunca se sabe cuándo va a dejar de ser graciosa y empezar a tener razón del todo.

***

El resto de la mañana me esfuerzo por ser la mejor versión de mí misma, que consiste básicamente en hacer todo tan bien y tan deprisa que resulte sospechoso. Rezo más de lo habitual. Trabajo con una energía que no debería tener nadie con las ojeras que tengo. Incluso le sonrío a la Madre Superiora en el pasillo, lo cual debería constar en algún registro como mérito extraordinario.

Ella me mira con un ojo entrecerrado.

—Hermana Eva. Hoy está usted… aplicada.

—Gracias, Madre. La penitencia está surtiendo efecto.

—Hmmm.

Ese *hmmm* tiene más capas que una cebolla y ninguna me gusta. Me escabullo antes de que añada algo.

Y entonces el reloj marca las once y la frase de Adán vuelve a instalarse en mi cabeza como si tuviera llave propia:

No es una invitación. Es información.

Qué tramposo. Qué absolutamente tramposo.

Desde las once y cinco, mi vida interior se convierte en un reality show sin cámaras:

La primera Eva, monja ejemplar con votos y principios: *No vas a salir. No vas a salir. No vas a salir.*

La segunda Eva, la mujer que ha descubierto que el aire de fuera huele diferente: *Solo vas a mirar. Solo vas a pasar por ahí. Solo vas a respirar cinco minutos.*

En la biblioteca, ordenando un estante, encuentro un título que parece haber llegado ahí específicamente para mí: *El dominio de la voluntad*.

Lo saco. Lo miro. Lo dejo en su sitio.

—No me presiones —murmuro al techo.

Detrás de mí alguien carraspea. Me giro como si me hubieran pillado robando. Por suerte es la hermana Teresa, con cara de *vengo a por un libro, no a por tus pecados*.

—Hermana Eva, ¿has visto el tomo de *Sermones para días de tentación*?

Mi corazón da un bote.

—No lo he visto, hermana.

Teresa me mira de arriba abajo con ojos de radiografía.

—Lo pregunto por mí —aclara—. Estoy teniendo tentación de empujar a la hermana Angustias por las escaleras.

Pienso en Pilar y me relajo un poco.

—Está en la estantería de *violencia contenida*, al lado de *paciencia* y antes de *resignación cristiana*.

Teresa asiente como si eso fuera perfectamente normal y se va.

Miro el reloj. 11:18.

Mi cuerpo empieza a organizarse solo, con una autonomía que me resulta alarmante. Sin que yo lo decida conscientemente, guardo los libros, limpio la mesa, apago la lámpara y ordeno el escritorio con una meticulosidad inusual para esta hora.

Yo no estoy decidiendo salir. Mi cuerpo está dejando todo listo para salir. Hay una diferencia importante, aunque no sé bien cuál.

—Esto es una conspiración interna —susurro, cerrando la biblioteca.

Hay una puerta lateral que se usa para tirar la basura y recibir paquetes. Una puerta que nadie vigila porque asumen que una mujer con hábito no va a hacer lo que estoy a punto de hacer.

Qué poco me conocen.

Llego a la puerta. Me detengo. Miro a la izquierda. Nada. Miro a la derecha. Nada.

Respiro hondo y salgo.

El aire de fuera me golpea como siempre: con una libertad pequeña que no debería ser tan grande. Camino pegada a la pared del convento y entonces lo veo.

Adán está junto a una boca de incendios, agachado, con una llave en la mano y ropa de trabajo normal: camiseta, pantalones, botas… No es el uniforme lo que lo hace imposible de ignorar. Es la facilidad con que ocupa el espacio, como si supiera exactamente quién es sin necesitar que nadie se lo confirme.

Levanta la cabeza y me ve.

No sonríe de golpe. Solo se le suaviza la cara. Un gesto pequeño, como si hubiera pensado que no vendría, hubiera querido que viniera y se alegrara más de lo que esperaba.

Eso me da un vuelco que no tenía en el plan.

—Hola —dice.

—Solo estaba… —señalo el suelo, vagamente— caminando por aquí.

—Yo también camino mucho. Es muy sano.

—Muy normal todo.

Adán se incorpora despacio.

—¿Cómo estás?

—No lo sé —respondo antes de pensar. Me quedo rígida—. Quiero decir… bien, sí. Perfectamente.

Adán sonríe.

—Ajá.

Me meto un caramelo de menta en la boca como quien activa un escudo.

—Gracias por venir —dice.

—No he venido a nada concreto.

—Pues estás aquí.

—Estoy pasando.

—Perfecto. Pasemos juntos, entonces.

Echa a andar por la acera con una naturalidad que me resulta casi ofensiva, como si esto fuera lo más normal del mundo. Yo lo sigo, porque al parecer mi autocontrol ha pedido vacaciones sin comunicármelo.

—Esto no es una cita —digo en voz baja.

—No. Es andar con los pies. Algo completamente mundano.

—Eres un tramposo.

—Pero ha funcionado.

Caminamos en paralelo, sin tocarnos, pero demasiado cerca para ser *nada*. A cada paso noto que estoy fuera. Que mis ojos se fijan en cosas pequeñas que antes no veía: un escaparate lleno de vestidos de colores, una pareja discutiendo en una esquina, una niña con un helado que gotea por el cono y al que no le importa. Me siento como alguien que ha vivido años en una habitación con las ventanas cerradas y de repente alguien las ha abierto de par en par.

Adán lo nota, aunque no lo diga.

—¿Te abruma? —pregunta.

—Un poco.

—Entonces vamos despacio.

Ese *vamos* me hace un nudo en el estómago. Como si esto fuera de los dos.

—No puedo estar mucho tiempo —digo.

—Lo sé.

—Si la Madre Superiora…

—Te matará. Eso también lo sé.

—Sí.

—Entonces hagámoslo rápido.

Me giro hacia él.

—¿El qué?

—Respirar. Cinco minutos. Sin convento, sin culpa, sin castigo.

Me quedo callada.

Cinco minutos fuera, sin culpa. En mi mundo eso es una revolución silenciosa.

Seguimos andando.

Y entonces, al girar una esquina, el universo decide intervenir. Porque ahí está la señora Carmen, del barrio, la que viene a misa todos los domingos y siempre se pone en primera fila para no perderse nada. Me ve con Adán, se queda un segundo quieta y sonríe con la energía de alguien que acaba de encontrar material para una semana.

—Hermana Eva. ¡Qué alegría verla por aquí!

Se me congela la sangre en las venas.

—Buenas tardes —consigo decir.

—¿Está usted de paseo? —Mira a Adán con una curiosidad que no disimula—. ¿Y este joven…?

Adán reacciona antes de que mi cerebro termine de formular una excusa.

—Soy el técnico de seguridad. Estamos revisando bocas de incendio en la zona.

—¿Y la hermana Eva…?

—Estoy supervisando —suelto—. Por protocolo de seguridad. Del convento.

La señora Carmen asiente con una sonrisa que dice claramente que no se cree ni una sola palabra pero que piensa guardarla bien para contarla mejor.

—Qué bien. Siempre es importante la seguridad.

—Muchísimo —confirmo, con voz de mujer que se está muriendo por dentro, pero lo gestiona con dignidad.

Nos desea buenas tardes y se va. Despacio. Mirando hacia atrás una vez. Para que yo sepa que sabe.

Me quedo quieta en la acera.

—Ya está. La señora Carmen es la cadena de radio del barrio. Mañana esto lo sabe hasta el gato de la parroquia.

—Respira —dice Adán.

—No puedo.

Me meto otro caramelo. No ayuda.

—Tengo que volver.

—Vale.

Volvemos hacia el convento en silencio. En la puerta me detengo y lo único que se me ocurre decir es:

—Gracias por cubrirme.

Adán se queda callado un segundo.

—Eva. Tienes que encontrarte. Saber qué quieres, qué necesitas. No puedes seguir fingiendo que todo está bien cuando claramente no lo está.

No respondo. Solo le sostengo la mirada un momento, intentando memorizar algo sin saber exactamente qué, y entro en el convento cerrando la puerta detrás de mí.

***

Si alguien quiere entender cómo funciona la comunicación en un convento, basta con observar a la señora Carmen en acción.

A las doce y cuarto, me ve en la calle con un hombre. A las doce y veinte, la hermana Teresa ya sabe que *la hermana Eva estaba*

fuera hablando con un técnico. A las doce y veinticinco, la hermana Angustias está convencida de que *la monja joven va a traer problemas*. A las doce y media, el convento entero vibra con esa energía eléctrica que solo puede describirse como cotilleo fresco.

Intento comportarme normal. Camino despacio. Respiro. Miro al suelo.

Fracaso a los diez segundos.

La hermana Teresa me intercepta en el pasillo.

—Eva, hija… ¿te has asomado al mundo exterior hoy?

—No.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera un poquito?

Cierro los ojos.

—La señora Carmen, ¿verdad?

—Ella. Y la señora Rosario. Y la prima de la señora Rosario. Y una señora que no sé cómo se llama, pero habla muy alto y gesticula mucho.

Quiero evaporarme en el pasillo y reaparecer en otra diócesis.

—No hice nada malo.

—Eso es exactamente lo que dicen siempre justo antes del escándalo, hija.

Consigo llegar a mi celda, pero ni allí estoy a salvo. A los cinco minutos llaman a la puerta.

—Eva —susurra Pilar—. Abre.

Entra, echa un vistazo al cuarto y se sienta en mi cama con la comodidad de alguien que lleva años haciéndolo.

—Te han visto con un hombre.

—Era un técnico de seguridad.

—Era el bombero.

Me dejo caer a su lado.

—No pasó nada, Pilar. En serio. Solo hablamos.

—No pasó nada, aún.

Hace una pausa y me mira con una expresión que no es la habitual. Más suave. Más seria.

—¿Te cuento un secreto?

—Con Pilar nunca sé qué esperar, que es exactamente por qué no puedo ignorarla.

—Me gusta verte así —dice.

—¿Cómo?

—Como alguien que está despertando y todavía no sabe si es de día o de noche. —Se acomoda.

Antes de que pueda responder, un timbre suena a lo lejos. La campana pequeña. La que anuncia que la Madre Superiora quiere ver a alguien.

Pilar me aprieta la mano.

—Creo que eso es para ti.

Y tres segundos después, mi nombre recorre el pasillo como una sentencia.

CAPÍTULO 7

Camino hacia el despacho de la Madre Superiora con la dignidad de una mujer que va directa a su juicio final.

Soy consciente de cada paso. De cada crujido del suelo. Del sonido de mis sandalias contra la piedra. Es el tipo de caminata que una hace cuando sabe que al final del pasillo hay alguien que sabe lo que ha hecho y que no va a fingir que no lo sabe.

La Madre Superiora está sentada detrás de su escritorio con las manos cruzadas y la mirada tan afilada que podría cortarme en dos sin levantarse de la silla.

—Hermana Eva. Siéntese.

Me siento.

—¿Ha salido usted del convento esta tarde?

Mi cerebro da un alarido interno. Mi boca responde con una calma que no siento:

—Sí, Madre.

—¿Por qué?

—Por una inspección. De seguridad. Del entorno exterior.

—¿Con el bombero?

—Sí, Madre.

Ella asiente despacio. El tipo de asentimiento que no significa aprobación.

—¿Y cree que eso entra dentro de su castigo?

Me muerdo el labio.

—No.

—¿Y por qué lo ha hecho?

Ahí está. La pregunta que ni yo misma sé responder con honestidad.

—Porque… —trago saliva— no lo sé, Madre.

La Madre Superiora me observa larga y silenciosamente. No con crueldad. Con algo más complicado que eso.

—Eva —dice al fin—. Recuerde que usted no entró aquí para hacer lo que está haciendo. Entró para dejar atrás su vida pasada.

Esa frase me golpea más fuerte que cualquier reprimenda y todavía me la esperaba menos porque viene sin gritos, sin dureza.

—Mañana hablaremos con más calma —añade—. Puede retirarse.

Salgo con las piernas ligeramente inestables. Camino hacia mi celda con esa sensación de quien ha recibido un golpe suave, pero en un sitio exacto.

Me meto en la cama con el corazón apretado e intento dormir. No es el insomnio normal. Es el insomnio con lista de reproches. Cada vez que cierro los ojos, mi cerebro reproduce esa frase en bucle, con distintos tonos, distintos énfasis:

Usted entró aquí para para dejar atrás su vida pasada. Usted entró aquí para para dejar atrás su vida pasada. Usted entró aquí para para dejar atrás su vida pasada.

A las seis de la mañana me rindo.

Me siento en la cama con el hábito arrugado y el alma en peor estado. Intento rezar. De verdad esta vez, sin trampa ni cartón. Pero no sale como antes. Ya no hay ese consuelo automático de siempre, como agua caliente del grifo. Solo palabras que rebotan contra el techo y vuelven.

Bajo a la capilla cuando aún está medio a oscuras. Me siento en un banco y miro al Cristo del altar. Normalmente eso me calma. Hoy me parece que me mira con más información de la habitual.

—Señor, perdóname —susurro—. No sé cómo pararlo.

No responde, que es lo esperable.

—No lo hice para huir de mi vida pasada —añado, en voz más baja—. Creo.

Una tos suave a mis espaldas me sobresalta hasta el alma.

La Madre Superiora está de pie en el fondo de la capilla. No sé cuánto tiempo lleva ahí. Suficiente, probablemente.

—Eva. Venga conmigo.

¿Esta mujer duerme alguna vez? pienso, siguiéndola hasta una sala pequeña que huele a papel viejo y a madera.

—Siéntese.

Me siento.

Ella no se sienta. Se queda frente a mí con los brazos cruzados, pero no como cuando está enfadada. Como cuando está pensando.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Se llama Adán.

Frunce el ceño levemente.

—Nombre curioso.

—Sí.

—¿Qué quiere de usted?

Me quedo en blanco. No porque no tenga respuesta. Porque ninguna de las que tengo me parece suficiente.

—No lo sé.

—¿Y usted qué quiere de él?

Estaba tardando esa pregunta.

—No lo sé —repito, más bajo—. Tampoco.

Me observa con esa mezcla suya de severidad y algo que, si no la conociera, llamaría compasión.

—Eva. Usted llegó aquí hace cuatro años. Callada. Rota. Decidida a desaparecer del mundo.

Se me cierra la garganta.

—No vine a desaparecer.

—Vino a dejar de sentir.

Eso sí es verdad. Eso sí lo sé.

—¿Por qué? —pregunta—. Recuérdemelo. Porque parece que se nos ha olvidado a las dos.

—Porque sentir dolía.

La Madre Superiora asiente, despacio, como quien reconoce algo.

—Y ahora este hombre…

—No es culpa suya.

—Yo no he dicho eso.

Bajo la cabeza.

—No le voy a prohibir hablar con él —dice de pronto y levanto la vista de golpe.

—¿Qué?

—No soy una cárcel, Eva. Soy una comunidad. —Pausa—. Pero sí soy responsable de usted mientras esté aquí. Y de lo que le pase.

—Entonces…

—Entonces quiero que usted decida con honestidad qué está haciendo. Y qué quiere hacer. No a escondidas, ni tampoco con culpa como única brújula. —Se acerca un poco—. Descúbralo. Pero hágalo bien.

Una pausa más.

—Y ahora, prepárese para salir. Necesitamos pan y hoy no nos da tiempo a hacerlo.

CAPÍTULO 8

Salir a por pan debería ser lo más normal del mundo.

Sales. Compras pan. Vuelves. No miras a nadie. No revisas si tu existencia tiene sentido mientras esperas en la cola de la panadería.

Salgo del convento con la bolsa de tela colgada del brazo como un salvoconducto espiritual y esa sensación de estar haciendo algo peligroso aunque solo vaya a cruzar dos calles.

—Pan integral. Cuatro barras —me ha dicho la Madre Superiora—. Y no te entretengas.

No me entretendré. No pienso entretenerme. No voy a mirar a nadie.

Doy diez pasos y ya estoy mirando escaparates.

El mundo hace demasiado ruido. Coches, gente, risas, una mujer gritando al móvil con una intensidad de telenovela. Me aprieto el hábito por reflejo y entro en la panadería.

El olor a pan caliente me golpea en la cara con una amabilidad que no me esperaba.

—Cuatro barras integrales, por favor.

Mientras me las envuelven pienso en que el pan del convento siempre sabe a algo indefinido, como si le hubieran quitado la opinión. Este huele a corteza tostada, a mañana de domingo, a algo que no sé nombrar pero que reconozco.

Pago, agarro la bolsa y salgo.

Y entonces lo veo.

Adán está al otro lado de la acera. Sin uniforme. Sin casco. En vaqueros y camiseta, como una persona completamente normal, como alguien que no debería existir en mi radio de diez metros a estas horas de la mañana.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro.

No.

Giro sobre mí misma con una torpeza que no voy a describir, bajo la cabeza y acelero el paso. Si no me ve, no existe. Si no existe, no pasa nada. Si no pasa nada, soy una monja tranquila que ha salido a por pan y ha vuelto sin incidentes.

—Eva.

Acelero más.

—Eva —repite, más cerca.

Cruzo la calle sin mirar porque mi cerebro ha decidido priorizar la fuga sobre la supervivencia básica, y entonces todo pasa muy rápido.

Un claxon. Un grito. Un coche demasiado cerca. Un tirón firme del brazo y el mundo se recoloca. Estoy en la acera, contra un pecho duro, con la bolsa del pan aplastada entre los dos y el corazón a una velocidad que no es buena para nadie.

—¿Estás loca? —dice él, con la voz alterada por primera vez desde que lo conozco.

Parpadeo.

—Yo… no.

—¡Casi te atropellan!

—Sí. Me he dado cuenta.

Me sujeta todavía del brazo. Fuerte y cuidadoso al mismo tiempo. Y el hecho de que me esté tocando provoca un cortocircuito de proporciones considerables.

—Suéltame —digo. No con enfado. Con los nervios de quien sabe que si no pone distancia física no va a poder pensar.

Lo hace al instante.

—Perdón. Pero era eso o…

—Ya lo sé. Gracias.

Nos quedamos un segundo en silencio. Yo con el corazón desbocado. Él con cara de «todavía no me creo que estés bien».

—¿Intentabas escaparte de mí? —pregunta, sin acusar. Con una curiosidad casi divertida.

Me sonrojo de una forma que ya no intento controlar.

—No. Llevaba prisa.

—Te giraste como si hubiera aparecido el mismísimo Maligno.

—Pues mira, honestamente, en ese momento hubiera preferido al Maligno.

Adán se ríe. Yo también.

—Me puse nerviosa —confieso—. Eso es todo.

—¿Por mí?

No respondo. El silencio lo hace por mí, sin mi ayuda.

Adán sonríe apenas.

—¿Tienes diez minutos?

—Cinco. Solo cinco.

—Perfecto.

Señala con la cabeza hacia un kiosquito al lado del parque, con dos mesas de metal verde y una sombrilla que ha visto mejores décadas. No es romántico. No tiene ninguna pretensión. Y aun así, mientras camino hacia allí con el pan bajo el brazo y él a mi lado, siento que es el lugar más peligroso en el que podría sentarme.

Adán pide dos cafés.

—¿Solo? —pregunta el hombre del kiosco.

—Solo —responde Adán, mirándome—. Muy solo.

No sé por qué eso me hace gracia, pero me la hace.

Me empuja una silla con el pie para que me acerque. Me siento recta, con la bolsa del pan en el regazo, como un escudo de tela con cuatro barras integrales dentro.

Me da el café. Lo huelo y casi se me saltan las lágrimas.

—¿Está bueno? —pregunta.

Le doy un sorbo.

No sabe a agua sucia. Sabe a café de verdad. Con carácter. Con historia propia.

—Está muy bueno —digo, genuinamente sorprendida.

—El mejor del barrio.

Doy otro sorbo. Me calienta las manos, el pecho y algún sitio más profundo que prefiero no identificar ahora mismo.

—En el convento sabe diferente —añado—. Más austero.

—El café no debería ser austero. Eso va contra los derechos fundamentales.

Sonrío sin haberlo decidido y nos quedamos un momento mirando pasar al mundo. Un niño persiguiendo a una paloma con una determinación que la paloma no comparte. Una pareja discutiendo en voz baja con cara de llevar mucho tiempo discutiendo lo mismo. Una mujer sola en un banco, leyendo con las piernas cruzadas como si el resto del planeta no existiera.

—No sales mucho —dice Adán. No como pregunta.

—La verdad es que no.

—Se nota.

No lo dice como reproche. Lo dice como quien constata un dato que le parece relevante.

—La calle me abruma un poco —confieso—. Hay demasiadas cosas a las que atender al mismo tiempo.

—Sí. Pero también tiene lo suyo.

Miro alrededor y asiento despacio.

—Gracias por lo de antes —añado—. Lo del coche.

—No fue nada.

—Para mí sí.

Se encoge de hombros, incómodo con el agradecimiento de una forma que me resulta curiosamente sincera.

—No me gusta que la gente se haga daño delante de mí si puedo evitarlo.

Esa frase me toca en un sitio que no esperaba. No la analizo. La dejo estar.

Terminamos el café. Adán sugiere dar una vuelta corta por el parque. Lo sigo sin que me cueste demasiado, que es en sí mismo una información. Nos sentamos en un banco. No demasiado cerca. Pero no lejos.

—No deberías ponerte tan nerviosa cuando estás conmigo —dice —. No muerdo.

—No es por eso.

—¿Entonces?

Dudo.

—No estoy acostumbrada a hablar con hombres —digo—. Con ninguno en particular.

Se hace un silencio distinto. No incómodo, pero con peso propio.

Apoyo las manos en el banco y, sin que ninguno de los dos lo planifique, mi meñique roza el suyo.

No retiro la mano.

Él tampoco.

El contacto es mínimo. Ridículo en proporción. Y aun así mi cuerpo lo registra como algo que importa. Siento calor. Un cosquilleo que sube por el brazo.

Adán mueve la mano apenas. Lo justo para que nuestros dedos se toquen con más intención.

—Eva —dice, en voz baja.

Levanto la mirada.

Nos miramos. Mucho. Demasiado. Y entonces la intensidad me golpea de golpe, como si hubiera llegado a un borde sin haberme dado cuenta, y retiro la mano con demasiada rapidez.

—Tengo que irme.

—Espera…

Me pongo de pie.

—No debería estar aquí. Esto… —respiro— es demasiado para mí ahora mismo.

—Vale —responde, sin dramatismo—. Tranquila.

No intenta detenerme. Y eso, extrañamente, me calma.

—Perdón —murmuro—. No es por ti.

Recojo la bolsa del pan, que había olvidado en el suelo, y empiezo a caminar.

—Eva.

Me detengo, pero no me giro.

—Puedo acompañarte, si quieres.

Dudo. Asiento. Y terminamos caminando juntos en silencio por la acera, uno al lado del otro, sin tocarnos y sin decir nada innecesario.

El convento aparece al fondo antes de lo que me gustaría.

Llegamos a la puerta y me giro hacia él.

—Adán…

—Sí.

—Yo no suelo hacer cosas así.

—Yo tampoco suelo salvar monjas del tráfico. Somos dos personas fuera de nuestro repertorio habitual.

Sonrío, a pesar de todo.

Y cuando estoy a punto de girarme para entrar, lo suelta:

—¿Tienes móvil?

El corazón me da un salto que no le he pedido.

—Em… Sí.

—¿Me das tu número?

Me quedo en blanco un segundo.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—Porque… —me encojo de hombros— porque no.

Sonríe, pero no se rinde.

—Solo para emergencias.

—No creo que vaya a haber más emergencias del nivel de las que ya hemos tenido.

—¿Y si vuelves a cruzar sin mirar?

—Ha sido una excepción.

—Las excepciones tienen mala costumbre de repetirse.

Lo miro. Niego con la cabeza. Y luego, porque mi capacidad de resistencia tiene un límite que hoy hemos alcanzado:

—Está bien. Pero apenas lo uso.

Saca el móvil, escribo el número y se lo devuelvo. Él lo mira y sonríe de oreja a oreja.

—No te acostumbres —bromeo.

—No prometo nada.

Me mira un segundo más, como si hubiera algo que quisiera decir, pero prefiriera guardárselo.

—Cuídate, Eva.

—Tú también, Adán.

Entro al convento con el pan, el corazón a medio galope y sabiendo que algo ha cambiado, aunque no sepa todavía ponerle nombre.

Dejo el pan en la cocina.

—Cuatro barras integrales —anuncio en voz baja, para nadie, porque la cocina está vacía.

Me quedo apoyada en la encimera un momento, respirando. El agua del grifo está fría y me lavo las manos solo para hacer algo con el cuerpo mientras el cerebro sigue procesando.

Me miro en el reflejo borroso del grifo.

—Contrólate, Eva —me digo.

Esa noche dejo el móvil sobre la colcha como si fuera un objeto de procedencia dudosa. No vibra. No dice nada. Y aun así tiene una presencia que no debería tener un teléfono.

No debería haberle dado mi número. No pasa nada por haberlo hecho. No debería pensar en él. Ya estoy pensando en él.

Me tumbo boca arriba. El mismo techo de siempre. Hoy, en cambio, parece otro.

Cierro los ojos.

Veo su mano acercándose a la mía en el banco. El roce mínimo. La retirada precipitada. La intensidad que me asustó porque no esperaba sentirla.

Abro los ojos de golpe.

—No —susurro—. Esto no.

Y entonces el móvil vibra.

Me incorporo con una velocidad que solo puede calificarse de sospechosa. Lo miro.

Adán.

Trago saliva. Lo abro.

«Hoy me toca guardia, por si te apetece prender otro fuego. Así tenemos excusa.»

Me quedo mirándolo unos segundos, como si el mensaje pudiera cambiar si le doy tiempo. No cambia.

Escribo. Borro. Escribo otra vez. Borro también. Al tercer intento me obligo a enviarlo antes de arrepentirme:

«Tranquilo. Hoy solo se me han incendiado los nervios.»

Dejo el móvil boca abajo sobre la colcha como quien pone una barrera simbólica. Me tumbo y el techo sigue ahí. El silencio también.

El móvil vibra de nuevo.

Lo giro.

«Me quedo más tranquilo. Buenas noches, Eva.»

Buenas noches.

Dos palabras normales que me producen algo peligroso: la sensación de no estar sola.

Apago la luz y me quedo a oscuras con los ojos abiertos, escuchando el convento respirar. Todo sigue en su sitio, en principio. Salvo yo.

Porque ahora sé que el café puede saber bien. Que un roce mínimo puede decir más que un discurso entero. Que el mundo no se acaba por salir veinte minutos. Y que hay nombres que, sin que una lo decida, empiezan a ocupar espacio en sitios que creía sellados.

Meto el móvil bajo la almohada con el sigilo de quien esconde un secreto que todavía no sabe cómo gestionar.

Algo, sin duda, está empezando a arder.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente decidí no escribirle. No porque no quisiera, sino porque quería demasiado, y eso me asustó más que cualquier castigo. Al otro día tampoco. Me dije que era para comprobar si el silencio me resultaba insoportable o simplemente incómodo.

Han pasado cuatro días. La respuesta es: las dos cosas, dependiendo de la hora.

Cuatro días completos en los que me he repetido, con una disciplina casi heroica, que callar era lo correcto. Porque lo que empezó como una chispa no debería convertirse en hoguera. Porque soy una mujer con votos, con rutina, con un pasado que no se toca y con una capacidad admirable para meter el dolor en una caja, sentarme encima y esperar a que deje de moverse.

El problema es que el dolor no deja de moverse. Solo aprende a hacerlo sin ruido.

En estos cuatro días mi cuerpo ha estado extrañamente atento a cosas que antes ni registraba: el sonido de un motor en la calle, el olor a café cuando alguien lo trae de fuera, el tacto del aire frío al abrir la ventana. Todo me parece más intenso de lo normal. Y entre todos esos detalles, mi cabeza reserva un hueco fijo para una sola cosa: la posibilidad de que aparezca.

Me digo que es normal. Que es un efecto secundario de haber salido a la calle y haber descubierto que el mundo tiene temperatura propia. Me digo que en unos días se me pasará, que volveré a ser la Eva de antes, la que se dormía sin pensar demasiado.

Pero en el fondo sé algo que no me gusta reconocer: la Eva de antes era una versión mía que sabía apagarse.

Y apagarse, resulta, no es lo mismo que estar en paz.

Justo cuando empiezo a convencerme de que el silencio entre Adán y yo significa que todo ha vuelto a su sitio, el convento decide organizar una jornada de puertas abiertas.

Lo llaman *acercamiento a la comunidad*. Yo lo llamo *catástrofe segura*.

La Madre Superiora lo anuncia después de la oración de la mañana con esa voz suya que no admite que el mundo sea imperfecto. Dice que vendrán vecinos, familias, curiosos, y también —lo dice con un énfasis tan solemne que parece que está invocando al Altísimo— vendrá el obispo.

El obispo. Con mayúsculas, con eco y con protocolo de guerra.

Las hermanas reaccionan como si fuera una visita real. La hermana Teresa se persigna tres veces seguidas. La hermana Angustias empieza a reorganizar sillas solo de pensarlo. Pilar, en cambio, me mira con una sonrisa que no presagia nada bueno.

—Uy —susurra, cuando nos dan la orden de preparar el convento —. Esto va a ser maravilloso.

—¿Maravilloso?

—Sí. En plan tragedia griega con catering.

Nos reparten tareas como si estuviéramos preparando un desfile militar: unas limpian, otras decoran, otras organizan la visita guiada, otras ensayan cantos, otras preparan una mesa con folletos y pastas *para los fieles*. A mí, por supuesto, me toca la peor misión posible.

—Hermana Eva —me dice la Madre Superiora—. Usted se encargará de acompañar al obispo durante su recorrido.

Se me seca la garganta.

—¿Yo?

—Usted.

—Pero, Madre, yo…

—Usted —repite, y no hace falta más. La frase *porque me ha dado problemas últimamente y quiero tenerla controlada* no la pronuncia, pero flota en el aire como un globo con veneno.

Me trago el pánico y asiento. Pilar, desde atrás, hace un miniaplauso silencioso como si me estuvieran dando un premio con trampa.

—No —le susurro cuando pasa a mi lado—. No hagas eso con las manos.

—Te lo mereces por ser protagonista —susurra—. Y yo merezco entretenimiento. Es justicia divina.

***

Durante las horas siguientes el convento se transforma en algo irreconocible. Las monjas corren. Sí, corren. En hábitos. Ver a la hermana Teresa trotando con una caja de velas y la cofia medio torcida es lo más cercano a una persecución policial que ha ocurrido en este lugar.

Hay flores por todas partes. Manteles. Cuadros enderezados. Velas encendidas en sitios donde yo, personalmente, ya no confío después de los eventos recientes.

Mientras tanto, intento memorizar un guion mental para no hacer el ridículo.

«Bienvenido, Excelencia.» «No, suena como si le estuviera recibiendo en un castillo.» «Bienvenido, señor obispo.» «¿Se dice señor? ¿O su señoría? No, eso es para los jueces.» «Bienvenido, su santidad.» «Eso es el papa, Eva.» «Bienvenido, hombre de Dios.» «Nunca. Por nada del mundo.»

Cuando llega la hora, el convento parece demasiado perfecto, como una foto retocada. Empiezan a llegar personas. Vecinos. Matrimonios con cara de domingo. Niños que miran a las monjas como si fuéramos personajes de un parque temático. Señoras mayores con perfume fuerte y hambre de cotilleo. Un grupo de adolescentes que fingen que esto les da igual, pero lo graban todo sin disimulo.

Y entonces, al fondo del patio, cerca del portón, veo un pequeño stand de seguridad contra incendios. Un extintor. Un cartel. Unos

folletos. Y un bombero. Sin uniforme completo, con camiseta de trabajo y pantalón oscuro.

Adán.

Está hablando con un padre que lleva a un niño de la mano, señalando el extintor, explicando algo. El niño lo mira como si fuera un superhéroe real. Adán se ríe, y esa risa me da un golpe limpio en el pecho.

Cuatro días sin noticias y ahora está aquí, dentro de mi mundo, como si tuviera permiso para entrar.

Levanta la cabeza, como si notara el peso de mi mirada, y nuestros ojos se encuentran. Esboza una sonrisa pequeña. Y en ese gesto hay algo que me deja sin aire: alivio. Como si él también hubiera contado los días.

Estoy a punto de girarme y salir corriendo —mi reacción natural ante cualquier emoción que no pueda meter en una caja— cuando una mano se posa en mi hombro.

La Madre Superiora.

—Ya está aquí —dice.

Miro hacia la entrada principal. La gente se aparta con una reverencia instintiva. Las monjas se alinean. Y aparece el obispo.

Hombre mayor, barriga de autoridad, rostro de quien está acostumbrado a que le hagan sitio. Le acompañan dos secretarios espirituales y un fotógrafo que dispara como si esto fuera una alfombra roja.

Avanzo para recibirle.

—Excelencia —digo, con la voz medio tono más aguda de lo que me gustaría—. Bienvenido al convento de Santa María de los Suspiros.

El obispo me mira de arriba abajo como quien evalúa una adquisición dudosa.

—Hmmm. —Ese *hmmm* me recuerda al de la Madre Superiora cuando sospecha pecado, solo que más lento y más pesado—. ¿Usted es la hermana Eva?

Se me encoge el estómago. ¿Cómo sabe mi nombre? Claro. Cuando una incendia un convento el rumor asciende de rango con una eficiencia admirable.

—Sí, Excelencia.

—Me han hablado de usted.

—Espero que bien.

Él no ríe. Solo hace un gesto con la mano como si me estuviera incorporando a su expedición.

—Acompáñeme. Quiero verlo todo. Y rápido.

Empezamos a caminar y en los siguientes veinte minutos aprendo que el obispo tiene la calidad de mando de alguien que nunca ha necesitado justificarse.

—Más despacio —ordena.

Bajo el ritmo.

—Más cerca —añade.

Me acerco.

—No me mire tanto —dice después, sin mirarme.

Miro al frente.

—Sonría —ordena cinco segundos más tarde, porque el universo tiene sentido del humor.

Intento sonreír. Sale algo parecido a una contracción involuntaria.

—No así —dice, molesto—. Una sonrisa de hermana.

¿Qué es una sonrisa de hermana? ¿Una sonrisa con culpa incorporada? ¿Una sonrisa que no provoque tentación en ningún feligrés? Me pongo la mejor cara que puedo —la de *soy un ser humano neutral con emociones en pausa*— y seguimos adelante.

Vamos por el claustro, la capilla, la biblioteca, el refectorio. En cada sala el obispo opina sin que nadie se lo haya pedido.

—Demasiado sencillo —dice en la capilla, como si Dios tuviera gusto de interiorista frustrado.

—Las monjas deberían cantar con más proyección —comenta al pasar por el coro, y las hermanas se ponen rígidas como si las

hubieran electrocutado en fila.

—Aquí hay humedad —observa en el pasillo de las celdas.

Y entre medias me usa como mando a distancia humano.

—Traiga agua.

Corro a por agua.

—No de esa.

Cambio el agua.

—Dígale a la Madre Superiora que venga.

La busco.

—¿Por qué tarda tanto?

Porque tengo piernas de monja, Excelencia, no de ciclista profesional.

Cuando volvemos al patio yo ya estoy sudando bajo el hábito, la cofia me aprieta y mi dignidad está en un rincón del claustro pidiendo asilo político.

El obispo se detiene frente al stand de seguridad. Mira el extintor. Luego me mira a mí.

—Hermana. ¿Qué hacen ustedes con esto?

Yo abro la boca.

—Es para seguridad.

—Ya sé que es para seguridad. Quiero saber si este lugar está en buenas manos. ¿Usted sabe cómo se usa?

Mi cerebro se queda en blanco con una limpieza admirable.

—Yo… sí. En parte.

—¿En parte? —Se gira hacia la Madre Superiora, que aparece a su lado con la puntualidad de un radar—. ¿Esta hermana no ha recibido formación?

—La hermana Eva es muy… aplicada, Excelencia.

Aplicada es una forma elegante de decir *un desastre con buenas intenciones*.

El obispo vuelve a mirarme. Y entonces hace algo que me da ganas de desaparecer: se inclina hacia mí y me recoloca el hábito con sus propias manos, tocándome los hombros con un gesto que quiere ser paternal pero resulta invasivo y condescendiente, de los que te hacen sentir pequeña sin que puedas señalar exactamente por qué.

—Así —dice—. Una debe presentarse con orden.

Me quedo rígida.

A mi lado, Adán se mueve apenas. Solo un desplazamiento pequeño, pero lo noto. Los hombros se le tensan.

—Ahora —dice el obispo, recuperando su tono de conferenciante —. Explique el extintor.

Respiro hondo.

—Tiene un seguro —empiezo—. Se quita, se apunta a la base del fuego y se aprieta.

—¿A la base? —interrumpe, con un sarcasmo que no se molesta en disimular—. ¿Y quién le ha enseñado eso?

—El bombero —digo, y me doy cuenta tarde de que acabo de señalar a Adán con mis palabras.

El obispo gira la cabeza.

—¿Usted es el bombero?

—Sí, Excelencia. Estamos aquí por la jornada, por prevención de incendios.

El obispo lo mira como quien evalúa una herramienta.

—Bien. Explíquele usted entonces cómo se usa. Que ella preste atención. Le falta práctica.

Adán se acerca un paso. Su presencia es distinta a la del obispo: no tiene autoridad religiosa ni protocolo ni secretarios, pero tiene una calma humana que me produce una sensación de refugio que no debería tener aquí.

—Claro —dice—. A ver, hermana Eva, el extintor…

Y ahí empieza el desastre.

El obispo, en su necesidad irresistible de mandar, se adelanta, agarra el extintor con la torpeza de alguien que nunca ha sostenido nada más peligroso que un cáliz y lo levanta como si fuera un trofeo.

—No es tan difícil —declara—. Esto se aprieta y ya está.

Adán abre la boca.

—Excelencia, mejor no toque el…

Demasiado tarde.

El obispo aprieta.

Y el extintor, que llevaba días esperando su momento de gloria, decide que es hoy.

Un chorro blanco sale disparado con una fuerza que no tiene ninguna relación con el tamaño del aparato. El obispo se queda congelado un segundo, sorprendido por su propio poder, y el chorro barre el aire como una serpiente.

Primero le da a una maceta. La maceta cae al suelo desparramando la tierra por todas partes. La gente grita. Luego el chorro le da a la mesa de folletos. Los folletos salen volando como palomas en estampida. Luego le da a una señora del barrio en pleno pecho.

—¡AY, JESÚS BENDITO!

El obispo intenta controlarlo, pero su brazo se mueve como el de alguien que no ha hecho deporte desde el Concilio Vaticano II. El chorro gira. Apunta al fotógrafo, que protege la cámara como si fuera un recién nacido, pero la espuma lo cubre igual. Los niños corren. Una monja tropieza con su hábito. Otra intenta *ayudar* agarrando el extintor por detrás como si fuera un baile regional.

—¡No lo suelte! —grita Adán.

—¡No lo estoy soltando! —grita el obispo.

—¡Deje de apretarlo!

—¡No puedo!

Y esa frase resume muchas cosas de la institución eclesiástica que prefiero no desarrollar ahora mismo.

Yo estoy perfectamente quieta, viendo cómo el obispo convierte el patio en una fiesta de la espuma.

El chorro gira en mi dirección y me agacho. La hermana Angustias, que decide ser heroína exactamente en el momento equivocado, se lanza delante de mí con un grito:

—¡POR LA SANTA OBEDIENCIA!

Y recibe el chorro directo en la cara.

La hermana Angustias queda blanca. Literalmente blanca de pies a cabeza, como una estatua de azúcar glas. Se queda quieta un segundo. Parpadea. Y entonces resbala. Cae hacia atrás y arrastra a la hermana Teresa, que venía detrás con una bandeja de pastas. Las pastas salen disparadas por los aires y aterrizan en la cabeza del obispo. Un cruasán se le clava en la mitra como una corona involuntaria y absurda.

El patio entero se queda en silencio durante exactamente medio segundo, y en ese medio segundo, juro que oigo a Dios suspirar.

Luego empieza el caos de verdad. Una niña se ríe tan fuerte que se dobla por la mitad. Un adolescente graba con el móvil con la devoción de quien está documentando historia. Una señora se persigna dos veces seguidas. La Madre Superiora está rígida, con los ojos desorbitados, con la cara de alguien a quien el universo acaba de fallarle de forma personal. Y el obispo, con la mitra coronada por el cruasán y espuma en la manga, sigue apretando el gatillo.

Adán se lanza hacia él, le agarra el extintor por la base y gira su mano para soltar el mecanismo. El chorro se detiene.

El obispo mira el extintor como si lo hubiera traicionado. Luego mira a Adán.

—Esto… no estaba previsto.

—No, Excelencia —dice Adán, muy serio, con un esfuerzo visible —. Mejor dejamos las demostraciones a los que sabemos usarlo.

El obispo se toca la mitra y cuando nota el cruasán se queda rígido.

—¿Qué es esto?

Desde el fondo del patio, la voz de Pilar llega con una claridad perfecta:

—Una bendición, excelencia. Espiritual y calórica.

La Madre Superiora hace un sonido que podría ser el primer paso de un exorcismo. Y en ese momento, en medio de la espuma y el cruasán y el caos general, Adán y yo nos miramos.

De verdad.

En su cara hay una mezcla de incredulidad y diversión que no puede esconder del todo. En la mía, supongo que algo parecido. Y sin palabras, en ese segundo absurdo, nos decimos algo:

Él: *¿Estás bien?* Yo: *No. Pero me estoy riendo por dentro y eso es nuevo.*

La Madre Superiora se recompone con un esfuerzo olímpico, avanza hacia el obispo y le ofrece un pañuelo con la dignidad de quien entrega un sacramento.

—Excelencia, lo siento profundamente.

El obispo se limpia la cara con lentitud mientras se quita un trocito de hojaldre del hombro y me mira a mí.

—Hermana Eva. Usted es la encargada de acompañarme.

—Sí, Excelencia.

—Pues acompáñeme. Y procure que no haya más incidentes.

Me mira como si el extintor lo hubiera apretado yo. Como si el cruasán hubiera tenido destinatario elegido y yo lo hubiera lanzado. La injusticia me pica en la lengua, pero me la trago.

—Sí, Excelencia.

Adán da un paso casi imperceptible. Como si fuera a decir algo. Pero se frena. No puede. No aquí, no con un obispo lleno de hojaldre y una Madre Superiora en modo apocalipsis.

Pero antes de que el obispo me arrastre hacia el interior, Adán hace algo mínimo. Me mira y, muy bajito, dice:

—Respira. Puedes con esto.

Solo eso.

Pero a mí se me afloja algo por dentro que llevaba apretado desde la mañana.

Sigo al obispo hacia el interior del convento cargando una culpa que no es mía, como siempre. En el pasillo, lejos del ruido del patio, el obispo se detiene y me mira.

—Usted es joven —dice, como si acabara de descubrirlo.

—Sí, Excelencia.

—Demasiado joven para este lugar. Y demasiado… expresiva.

No sé qué significa *expresiva* en su boca, pero suena a que me estoy equivocando por el mero hecho de tener cara.

—Solo intento hacer mi labor.

—Su labor —repite, como si la palabra le supiera a poco— consiste en servir con humildad. Y en no llamar la atención.

Aprieto los dedos dentro del hábito para no temblar.

—Sí, Excelencia.

Lo llevo al aseo de visitas. Le doy toallas, jabón. Él se limpia con cara de hombre agraviado por el universo, se recoloca la mitra y resopla. Yo me quedo de pie en silencio, esperando, sintiéndome pequeña de esa manera específica que no tiene que ver con la estatura sino con cómo te miran.

Y lo peor es que ese sentimiento me resulta familiar.

La puerta se abre y entra la Madre Superiora.

—Excelencia, le ruego disculpe el incidente.

El obispo la corta con un gesto.

—Sus hermanas deben mejorar la organización. Y esta —me señala como si yo fuera un objeto con garantía caducada— esta es un desastre.

Se me hiela la sangre.

La Madre Superiora le mira un segundo y veo algo en su cara cruzar muy rápido. Después responde:

—Lo tendremos en cuenta, Excelencia.

El obispo se va. Cuando la puerta se cierra, me quedo quieta con las manos frías y el pecho apretado.

La Madre Superiora me observa.

—¿Estás bien? —pregunta.

La pregunta me descoloca más que cualquier cosa que haya dicho el obispo. Porque no es un *¿qué has hecho?*. Es un *¿te ha dolido?*

—Sí, Madre.

—No mientas.

—Me ha hecho sentir tonta —confieso, más bajo de lo que pretendía.

La Madre Superiora asiente.

—La autoridad mal usada hace eso.

Levanto la vista, sorprendida.

Ella respira hondo.

—Eva. No eres tonta. Solo estás nerviosa.

—Gracias —murmuro.

—No era un halago.

Casi se me escapa una risa. La Madre Superiora mira hacia el pasillo.

—Ve a la cocina. Necesitan ayuda con lo que queda del día.

En el pasillo me cruzo con Pilar, que lleva una mancha blanca en la manga y cara de quien ha disfrutado demasiado.

—Qué obispo tan desagradable —dice, sacudiéndose la tela.

—Me han echado la culpa de todo —digo, y mi voz sale más cansada de lo que pretendo.

Pilar se detiene. Su sonrisa se afloja.

—Ah —dice—. Eso ya no tiene gracia.

Y eso, viniendo de Pilar, es raro.

En la cocina me pongo a fregar platos en modo automático cuando oigo una voz en la puerta trasera.

—¿Se puede?

Me quedo quieta.

Me giro.

Adán está en el umbral con una caja de folletos en las manos. La hermana Teresa, que está al lado, lo mira con la misma cara que le pondría a un santo recién llegado.

—Pase, hijo —dice.

Adán entra, deja la caja en una mesa y busca mi mirada un segundo. La cocina está llena de monjas. No puede preguntar nada, no puede decir nada. Así que no lo hace.

Solo se da la vuelta para irse y, mientras rodea la mesa, deja caer como quien no quiere la cosa un sobre pequeño.

Lo miro. Es un sobre de azúcar del kiosco. Del mismo kiosco del café. Y escrito con bolígrafo, una sola palabra:

Respira.

Se me aprieta la garganta.

Levanto la mirada y Adán ya está en la puerta, pero antes de salir del todo se gira un segundo. Solo me mira. Y en esa mirada dice algo que no necesita palabras: *no estás sola en esto.*

Y se va.

Me quedo con el sobre en la mano y la sensación ridícula, un poco absurda y completamente incontrolable, de que algo tan pequeño me ha cambiado el humor del día entero.

Pilar aparece a mi lado con el sigilo de siempre.

—¿Eso es azúcar? —pregunta.

—Sí —susurro.

Sonríe despacio.

—El demonio ya no tienta con manzanas…

La miro. Ella me mira. Y me río. Una risa baja, contenida, que sale sola. No por el obispo, no por la espuma, no por la vergüenza. Sino porque, aunque hoy el convento se haya convertido en un circo y me hayan echado la culpa de todo, me empieza a dar sorprendentemente igual.

***

Esa noche, cuando todo se ha quedado en silencio, saco el móvil. Pienso en Adán dejando el sobre de azúcar como si fuera una nota secreta de instituto, y sin pensarlo demasiado —porque si lo pienso no lo hago— le escribo.

Eva: Gracias. De verdad. Buenas noches.

Adán: Nada de gracias. Me debes un café. Avísame cuando puedas escaparte.

Sonrío. Apago la luz.

—Esto es una mala idea —me digo, como siempre.

Pero esta vez la frase suena menos a amenaza y más a otra cosa.

CAPÍTULO 10

Tres días después del desastre del obispo, el convento sigue en ese estado particular que viene después de los escándalos: todo parece normal por fuera, pero hay algo en el aire que no lo es.

Las hermanas bajan la voz cuando entro en una estancia. La Madre Superiora me observa medio segundo más de lo habitual. Nadie menciona el extintor, el cruasán ni la hermana Angustias cubierta de espuma. Todo eso ha pasado a esa categoría de cosas que ocurrieron pero que nadie va a pronunciar en voz alta, al menos no delante de mí.

Y eso pesa más que un castigo o más que un sermón. Es la calma tensa que viene antes de que algo cambie.

Me han asignado tareas nuevas. No porque confíen especialmente en mí, sino porque, después de lo ocurrido, nadie sabe exactamente dónde colocarme. Así que me mueven, me recolocan, me prueban en espacios donde antes no estaba.

Hoy me toca el archivo antiguo.

Una habitación al fondo del convento que parece detenida en el tiempo. Armarios de madera oscura, cajas etiquetadas con una letra tan pequeña y antigua que da respeto, papeles que crujen como si se quejaran cada vez que alguien los toca.

Es un trabajo tranquilo. Clasificar, ordenar, leer nombres de personas que ya no están. Pensar, inevitablemente, en todo lo que permanece y en todo lo que desaparece.

Me gusta más de lo que debería admitir.

Cuando salgo del archivo, horas después, Pilar está en el pasillo apoyada en la pared con los brazos cruzados y esa expresión suya que mezcla aburrimiento y expectación a partes iguales.

—Te estaba buscando —dice.

—Eso nunca es buena señal.

—Depende para quién.

Camina a mi lado sin prisa, con la mirada de lupa.

—Cada día estás distinta —dictamina.

—Gracias. Qué tranquilizador.

—No, distinta de verdad. No la rara divertida de siempre. Es otra cosa.

—Estoy trabajando. Concentrada.

—Ajá. —Alarga la palabra con pericia—. Eso no suele dejarte tan callada.

No le respondo. Pilar suspira con un dramatismo que debería cobrar.

—Vale, cambio de táctica —dice—. Te cuento algo y tú haces como que no te importa.

—Eso suena a trampa.

—Siempre lo es.

Se inclina hacia mí, bajando la voz como si fuera a revelar información clasificada.

—El bombero ha vuelto a pasarse por aquí.

Algo en mi interior se tensa, como una cuerda que reconoce el tirón antes de que duela. Sigo caminando, quizá un paso más lenta.

—¿Ah, sí? —digo, con un tono demasiado neutro para ser convincente ni siquiera para mí.

Pilar frunce el ceño.

—¿Eso es todo?

—¿Qué esperabas?

—Algo como «¿por qué?», «¿cuándo?», «¿sigue teniendo esa cara?». Reacciones normales de persona humana.

—Pues no.

—Ajá. —Me mira de arriba abajo—. Cuidado con hacerte la tranquila cuando no lo estás. Siempre se te ha dado fatal.

No respondo y Pilar sonríe apenas, como si ya hubiera sacado lo que quería, y echa a andar en otra dirección, dejándome con esa sensación incómoda de cuando alguien te ha leído la mente sin pedirte permiso y además ha acertado.

***

Esa noche, la Madre Superiora me llama a su despacho. No hay dramatismo en el gesto. No hay tono severo. Eso lo hace peor, porque significa que lo que viene no es un castigo sino algo más difícil de esquivar: una conversación real.

Me siento frente a ella con las manos juntas.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta.

—Bien, Madre.

—¿Bien de verdad?

Dudo.

—Sí. Creo que sí.

Asiente despacio.

—Después de lo ocurrido en la jornada, he pensado mucho. —Arruga la frente—. Y creo que voy a darle una responsabilidad distinta.

Me desliza un papel por el escritorio.

—Quiero que coordine las actividades con el exterior durante las próximas semanas. Visitas, proveedores, pequeñas gestiones. Nada extraordinario.

La miro.

—¿Está segura?

—No —responde, con una honestidad que no esperaba—. Pero quiero hacerlo.

Salgo del despacho con una sensación rara, como si me hubieran dado una llave sin explicarme todavía qué puerta abre.

***

Esa noche, cuando las luces se apagan, saco el móvil. Lo dejo sobre la colcha y lo miro como se mira un objeto que no pertenece del todo a este sitio, pero al que ya no quieres expulsar.

Pienso en la frase de la Madre Superiora: *No. Pero quiero hacerlo.* Pienso en cuántos años llevo diciendo que no por defecto. No salir. No preguntar. No sentir. Y en cómo, desde hace unos días, ese no empieza a tener grietas.

Escribo.

Eva: Mañana salgo un rato por trabajo. Si te apetece, podemos tomar ese café que te debo.

Lo envío antes de darme margen para arrepentirme. Dejo el móvil boca abajo y me tumbo con las manos sobre el estómago, esperando a que el corazón decida qué hacer con esto.

No tarda mucho.

Adán: Me apetece. Dime dónde y a qué hora.

Sonrío. No una sonrisa nerviosa de las mías. Algo más tranquilo. Como si estuviera recuperando algo en lugar de perdiéndolo.

Eva: A las seis. Cerca del convento. No tengo mucho tiempo.

Adán: Perfecto. Con eso me vale.

Apago el móvil y me meto en la cama.

No hay remordimiento esta vez. Hay expectación tranquila, que es algo que no sabía que existía en mi vocabulario emocional.

***

Al día siguiente la mañana pasa rápido. Me asignan una llamada, luego otra. Anoto horarios, confirmo entregas, firmo un papel. Nadie me corrige. Nadie me vigila más de la cuenta. Cuando miro el reloj y veo que faltan veinte minutos para las seis, noto que tengo las manos frías, pero los hombros sueltos. Es una combinación nueva.

No me cambio de ropa. No me miro al espejo más de lo habitual. Cojo el bolso y salgo con una determinación que no sé de dónde viene, pero que agradezco.

Al pasar por el pasillo, la hermana Teresa me desea buena tarde. Pilar levanta la vista desde un banco.

—Vuelve entera —dice.

—Lo intentaré —respondo.

La calle me recibe con su ruido de siempre. Esta vez no me abruma. Camino con los brazos sueltos, notando el contacto de los pies con el suelo, el peso del bolso y el aire frío en la cara.

Cuando lo veo, ya está allí. Apoyado en la pared de una cafetería pequeña, mirando el móvil. Levanta la cabeza y sonríe, pero no lo exagera. No actúa.

Y eso me tranquiliza exactamente igual que la primera vez que lo noté.

—Hola —dice.

—Hola.

Nos quedamos un segundo quietos, como si los dos estuviéramos comprobando algo. Entramos, pedimos café y nos sentamos.

No hablamos enseguida. No hace falta.

Dejo el bolso en el suelo y apoyo los antebrazos en la mesa. Noto el calor del local, el murmullo de otras conversaciones, el olor a café recién hecho. Me fijo en cómo respiro. En que no me encojo. En que no me siento fuera de lugar.

Adán me observa sin prisa, como si entendiera lo que pienso.

En un momento, se inclina hacia mí para decir algo más bajo, un gesto casi automático, y su rodilla roza la mía por debajo de la mesa. Es un contacto mínimo. Objetivamente ridículo. Y sin embargo, mi cuerpo reacciona como si alguien hubiera pulsado un interruptor. Se me acelera el pulso. Lo noto en el cuello, en las muñecas, en ese sitio impreciso del pecho. No me aparto enseguida. Tardo un segundo de más.

Cuando por fin muevo la pierna, el roce ha desaparecido, pero el efecto, no.

Adán se queda quieto un instante. No sonríe ni pide perdón. Solo me mira, como si hubiera notado el cambio en el aire y estuviera

esperando a ver qué hago con él.

Bajo la vista al café. Respiro despacio. Una vez. Dos. No estoy asustada. Estoy presente. Demasiado consciente de mi propio cuerpo, de cómo responde sin consultarme.

Hablamos de cosas pequeñas. Del barrio. De su guardia. De una tontería que le pasó esa mañana que no tiene ninguna importancia y que me hace reír de todas formas. Yo escucho más de lo que hablo. No porque no tenga qué decir, sino porque estoy atendiendo a otra cosa.

A mí.

A cómo me duele el estómago. A cómo me aprieta el pecho. A cómo no me siento fuera de lugar.

Y mientras él habla, pienso que quizá esto es lo que necesitaba entender. No ponerle nombre a nada todavía. No tomar ninguna decisión. Solo quedarme el tiempo suficiente para saber si sigo siendo yo cuando estoy aquí.

Cuando salimos, el cielo ya empieza a oscurecer y me ajusto la chaqueta.

—Gracias por el café —digo.

—Cuando quieras repetimos —responde.

Asiento. Me doy la vuelta y camino de regreso al convento sin mirar atrás.

No porque huya.

Sino porque ya no lo necesito.

Llevo la respuesta en el cuerpo, aunque todavía no sepa ponerle nombre.

CAPÍTULO 11

Esa noche no me duermo enseguida.

No porque esté nerviosa ni porque tenga la cabeza llena de imágenes concretas. Es que mi cuerpo sigue despierto de una forma que no reconozco. Como si hubiera aprendido algo nuevo y no quisiera que el sueño se lo llevara todavía.

Me muevo en la cama sin encontrar postura. Me giro. Me tapo. Me destapo. Al final me quedo boca arriba mirando el techo blanco que conozco de memoria, escuchando el silencio del convento. Ese silencio que nunca es del todo silencio, que tiene sus propios crujidos, su forma particular de pesar en las noches difíciles.

Durante años ese sonido me ha calmado como un mantra. Esta noche no.

Pienso en Adán. En su cara, en su voz, en el roce mínimo bajo la mesa que todavía noto en la pierna como si la piel lo recordara sola. Pero también pienso en mí. En cómo he vuelto caminando sin prisa. En cómo no he sentido el impulso automático de esconderme al cruzar la puerta. En cómo el pecho me iba rápido, pero no por miedo.

Y eso es lo que me inquieta.

Me incorporo y me siento con las piernas cruzadas. Cojo el rosario de la mesilla, más por inercia que por necesidad, y lo dejo reposar entre las manos sin empezar a rezar. Está frío. Familiar. Pienso en cuántas noches lo he sostenido de forma automática, como quien agarra la barandilla de una escalera sin mirar, y en cómo esta noche el gesto ya no me sale igual.

—¿Qué hago aquí? —murmuro, tan bajo que solo yo me oigo.

No suena acusador. No suena desesperado. Suena honesto. Y eso me asusta.

Me levanto y voy a la ventana. La abro lo justo para que entre algo de aire. Apoyo los antebrazos en el alféizar y miro el patio interior, iluminado apenas por la luz amarilla de siempre.

He mirado este patio miles de veces: desde la culpa, desde el cansancio, desde ese consuelo gris que te da sobrevivir un día más. Siempre me ha parecido un lugar seguro.

Lo sigue siendo, pero esta noche lo noto distinto. Más pequeño, quizás. O quizás soy yo la que ha cambiado de tamaño.

Intento recordar por qué vine. No la versión que repito cuando alguien pregunta. La otra. La que nunca digo en voz alta.

Vine porque el mundo se volvió demasiado ruidoso para mí. Vine porque sentir dolía de una forma que no sabía cómo parar. Vine porque necesitaba que algo exterior me pusiera límites antes de que yo misma no pudiera hacerlo.

Aquí aprendí a respirar despacio. A ordenar los días. A existir sin desbordarme. Durante mucho tiempo eso fue suficiente. Más que suficiente: fue necesario. Pero ahora me pregunto, sin culpa pegada a la pregunta, si lo sigue siendo.

No pienso *quiero irme*. Tampoco pienso *quiero quedarme*. Lo que pienso es más incómodo que las dos cosas juntas: ¿y si ya no necesito esconderme aquí?

La idea no llega con violencia. Entra despacio, como el frío por la ventana abierta, y no se va.

Vuelvo a la cama. Me siento con las piernas recogidas, notando el latido bajo la piel. No acelerado. Presente. Y me doy cuenta de que llevo un rato escuchándome sin interrumpirme. Sin decirme que esto está mal. Sin rezar para que pase.

Y eso también es nuevo.

Durante años he vivido pensando que mi vocación era renuncia. Aguantar. Callar. Permanecer. Ahora empiezo a sospechar que quizá, al principio, fue otra cosa: supervivencia. Un refugio legítimo, sí. Necesario. Pero un refugio no es una casa para siempre. No tiene por qué serlo.

Me viene a la cabeza la frase de la Madre Superiora. *No. Pero quiero hacerlo.*

Pienso en lo distinto que suena *querer* frente a *deber*. En lo poco que me he permitido esa palabra en cuatro años.

Querer. Querer no huir. Querer sentir sin perderme. Querer elegir, aunque me equivoque.

Me tumbo otra vez. El sueño llega despacio, como si también él me estuviera dando margen. Antes de dormirme no le pido a Dios que me quite estas dudas. Le pido algo más pequeño, más honesto.

—Ayúdame a no mentirme —susurro.

Y, por una vez, no espero que la petición me traiga paz. Solo que me deje seguir despierta el tiempo suficiente para entender lo que ya sé.

CAPÍTULO 12

La primera señal de que algo va a remover el día no es una llamada ni un aviso solemne.

Es un comentario dicho con voz neutra, casi amable, mientras coloco unos papeles en el despacho pequeño.

—Hermana Eva —dice la hermana Teresa desde la puerta—. Tiene visita.

Levanto la cabeza sin apresurarme. Las visitas entran ahora dentro de mis funciones. Eso me digo. Eso me tranquiliza durante exactamente dos segundos.

—¿Quién?

La hermana Teresa duda. Muy poco, pero lo suficiente para que lo note.

—Su madre.

El cuerpo me reacciona antes que la cabeza. Se me enfrían las manos. No es una metáfora: las noto torpes, como si de pronto no me pertenecieran del todo.

—En la sala de visitas —añade Teresa—. Ha llegado hace un rato. Dice que no quiere molestar.

Claro. Nunca quiere molestar. Ese siempre ha sido su don particular: hacerse pequeña para que nadie tenga que decirle que se vaya.

Camino por el pasillo con esa sensación rara de que el suelo está ligeramente inclinado. No recuerdo la última vez que la vi. Y también sé que, de algún modo, con ella nunca es el momento adecuado.

La sala de visitas está casi vacía. Dos sillas enfrentadas, una mesa pequeña, un crucifijo discreto en la pared. Mi madre está sentada con el bolso en el regazo, recta, impecable, con el abrigo puesto

aunque dentro no haga frío. Cuando me ve, se levanta enseguida. Sonríe con esa sonrisa suya que siempre parece pedir permiso antes de existir.

—Eva —dice.

—Mamá.

Nos abrazamos. Un abrazo correcto. Medido. De los que ninguna aprieta demasiado por si la otra se rompe. Cuando nos separamos me mira de arriba abajo sin disimular.

—Estás muy delgada.

—No más que la última vez.

Asiente sin convencerse, pero no insiste. Nos sentamos. Ella coloca el bolso entre las dos como una frontera blanda. Yo apoyo las manos en las rodillas para que no se note que me tiemblan.

—No sabía si venir —empieza—. No quería aparecer sin avisar, pero he estado cerca y…

—Está bien —digo—. Puedes venir cuando quieras.

Se hace un silencio corto. Incómodo. Tan familiar que casi duele.

—Me han dicho que hubo movimiento por aquí —añade—. Una jornada de puertas abiertas.

El rodeo. La forma cuidadosa de no pronunciar la palabra *escándalo*.

—Sí —respondo—. Pasó de todo.

—Ya me imagino. —Una pausa—. Siempre te pasan cosas, Eva.

No sé si lo dice con orgullo o con cansancio. Probablemente con los dos.

—¿Y estás bien? —pregunta al fin.

No dice *feliz*. Nunca lo dice.

—Sí —respondo—. Creo.

Frunce el ceño apenas.

—Antes no dudabas tanto al responder.

—Antes no me preguntabas tanto.

Eso la descoloca. Lo noto. Se recoloca en la silla, cruza las piernas con cuidado, como si buscara una postura que le dé más control sobre la conversación.

—He hablado con la Madre Superiora —dice entonces, con tono de quien saca un tema neutro de una caja—. Me ha dicho que te han dado más responsabilidades.

—Sí. Gestiones con el exterior.

—Eso está bien —dice rápido—. Siempre has sido muy responsable.

Siempre. Esa palabra pesa más de lo que debería.

—Mamá. —No sé por qué lo digo, pero lo digo—. ¿Tú crees que yo quería esto?

Se queda quieta. Cuando responde, su voz es más baja.

—Creo que lo necesitabas.

No es lo mismo. Las dos lo sabemos.

—Necesitar no es lo mismo que querer —añado.

Me mira con esa mezcla de alerta y desasosiego que reconozco de otras conversaciones difíciles que nunca terminamos del todo.

—¿Te estás arrepintiendo?

—No es eso —respondo, demasiado rápido.

—Entonces, ¿qué es?

Abro la boca y la cierro. Respiro. El pecho se me mueve un poco deprisa, pero no me aparto de la sensación. Me quedo ahí.

—No lo sé —digo—. Y eso es lo que me inquieta.

Ella baja la vista al bolso. Juega con la cremallera. Ese gesto pequeño que hace cuando algo la supera y no quiere que se note.

—Eva… Solo quiero que estés a salvo.

La frase cae entre nosotras con un peso antiguo. La reconozco. La he oído mil veces.

—¿A salvo de qué? —pregunto, suave.

No responde. No hace falta. Las dos pensamos en lo mismo: una carretera, una discusión, un antes y un después que nunca supimos

nombrar bien.

—Aquí estás protegida —dice al fin—. Más tranquila.

Y ahí está el error. Lo noto en el cuerpo como un tirón pequeño pero preciso.

—Aquí no me pasa nada —corrijo—. No es lo mismo que estar protegida.

Levanta la cabeza y me mira con algo parecido al asombro, pero no me retracto.

Se hace un silencio largo, denso, cargado de todo lo que no nos decimos desde hace cuatro años y mi madre respira hondo.

—¿Hay alguien? —pregunta entonces, de pronto.

El corazón me da un golpe seco.

—¿Alguien qué?

—Alguien que te esté confundiendo.

La palabra me molesta más de lo que esperaba. Pero sé que algo habrá oído, que los rumores en estos barrios viajan con la velocidad de la señora Carmen.

—No —respondo—. No es eso.

No miento. No del todo. Porque no es Adán lo que me está moviendo: soy yo.

—Solo estoy intentando entenderme —añado.

Me observa unos segundos más. Luego suspira y se levanta.

—No quiero hacerte sentir peor. Solo… prométeme que no vas a tomar decisiones impulsivas.

—No lo haré.

La acompaño hasta la puerta. Cuando se va, me quedo sola en la sala. El silencio vuelve a ser el de siempre, pero yo no. Apoyo una mano en la mesa para anclarme y entiendo algo con una claridad que no me gusta: no es el convento lo que me retiene. Es el temor a defraudarla. A salir. A sentir sin red debajo.

Después de que mi madre se vaya no vuelvo a las tareas de inmediato. Camino por el pasillo sin prisa, dejando que el convento

me rodee otra vez con su olor habitual. Normalmente eso me asienta, pero hoy no termina de hacerlo.

Entro en la capilla casi por inercia. No para rezar. Solo para sentarme en algún sitio donde nadie me pregunte nada. Me dejo caer en el banco del fondo y apoyo los antebrazos en las rodillas.

Respiro.

No me siento culpable. Y eso es lo raro.

Lo que siento es un eco. Como si la conversación con mi madre hubiera movido algo por dentro y ahora todo vibrase despacio, buscando el tono en el que colocarse. Cierro los ojos. Veo su cara cuando le he dicho que aquí no me pasa nada. No estaba enfadada. Parecía asustada. Como si hubiera entendido algo que llevaba tiempo evitando querer ver.

—Genial, Eva —murmuro—. Ahora también traumatizas a tu madre.

No me hace gracia, pero tampoco me hundo. Solo lo constato.

Me quedo un rato largo escuchando mi propia respiración hasta que el cuerpo baja una marcha. Y entonces aparece algo más incómodo que el eco: claridad.

Desde que mi madre ha pronunciado la palabra *a salvo*, no he pensado ni una sola vez en Adán. Eso debería tranquilizarme. No lo hace. Porque me dice que esto no es sobre él. Es sobre mí, sobre lo que hay debajo de todo lo que he construido aquí dentro.

Salgo de la capilla y me obligo a volver a lo que toca. Recojo unos papeles. Contesto una llamada. Anoto una entrega para el jueves. Todo funciona. Yo funciono. Pero hay una distancia nueva entre lo que hago y lo que siento, una separación fina que antes no estaba ahí, o que simplemente no notaba.

A media tarde, mientras llevo unos documentos al almacén, me engancho el borde del hábito con una caja mal colocada y pierdo el equilibrio durante un segundo ridículo. Lo suficiente para apoyar la mano en la pared y soltar un *mierda* en voz baja que no tiene nada de monástico.

Me quedo quieta. Apoyada. Respirando.

Y me echo a reír.

No una risa elegante. Una risa corta, nerviosa, liberadora, de las que salen cuando el cuerpo decide que ya basta de tensión acumulada. Me río sola en el patio, con la mano en la pared y la sensación de que si alguien me viera ahora mismo no sabría qué informe hacer.

—Estás perdiendo el norte —me digo—. Definitivamente.

Pero no me corrijo. Me enderezo, coloco la caja y sigo andando con una sonrisa pequeña instalada en algún sitio del pecho que no sé de dónde ha salido, pero que tampoco quiero que se vaya.

En la cena, Pilar me mira varias veces desde el otro extremo de la mesa. No dice nada durante un rato, lo cual en ella es un esfuerzo considerable.

—¿Qué tal la visita? —pregunta al fin, entre bocado y bocado.

—Bien.

—Ajá. —Pausa—. Y no vienes devastada.

—No.

—Eso es nuevo.

—Para mí también.

No añade nada más. Por una vez, Pilar deja el comentario en el aire sin desarrollarlo. Y ese gesto, tan pequeño, me confirma algo: incluso desde fuera, algo se nota.

***

Cuando vuelvo a mi celda me quito los zapatos con un suspiro largo y me siento en la cama sin encender la luz. No saco el móvil. Lo dejo donde está. Hoy no necesito ese hilo.

Me tumbo de lado y dejo que la cabeza vaya sola.

No vine aquí porque tuviera una vocación clara. Vine porque estaba rota y necesitaba un sitio donde no se me exigiera estar

entera. Y durante mucho tiempo eso fue suficiente. Fue necesario. Fue bueno, incluso. Ahora no lo sé.

Y ese *no lo sé* ya no me paraliza. Me descoloca, sí, pero también me mantiene despierta de una forma más honesta.

Antes de dormirme me viene una imagen sin que la busque: la cafetería, el roce mínimo bajo la mesa, el pulso que subió sin avisar. No lo persigo. No lo aparto. Lo dejo pasar como lo que es: una señal más de que algo se está moviendo.

No es Adán lo que me mueve. Es lo que pasa en mí cuando dejo de esconderme.

Me duermo con esa idea a medio formar, sin conclusiones, sin planes.

Mañana seguiré. No sé hacia dónde. Pero seguiré.

CAPÍTULO 13

El problema con las rutinas es que funcionan demasiado bien.

Hasta que un día no.

La campana del desayuno no suena. Abro los ojos antes de tiempo porque mi cuerpo lleva años entrenado para reaccionar a ese sonido. Me quedo quieta un segundo, esperando. Nada. Miro el reloj. Va bien. Demasiado bien.

Un minuto después oigo movimiento en el pasillo. Puertas que se abren. Pasos indecisos. Carraspeos. Asomo la cabeza y veo a la hermana Angustias con cara de no saber si ya es tarde o aún no.

—¿No ha sonado? —pregunta, como si yo pudiera tener la culpa.

—No. Creo que no.

Nos miramos con una seriedad absurda, como si acabáramos de descubrir que el mundo se ha desplazado dos centímetros hacia la izquierda. Al final alguien decide que el cuerpo manda aunque la campana no, y bajamos al refectorio igual. Sin orden. Sin esa coreografía silenciosa que lo regula todo.

El desayuno transcurre raro. Nadie lo dice en voz alta, pero todas lo notamos. El pan sabe igual. El café sigue siendo una ofensa a la dignidad humana. Y, sin embargo, algo está fuera de sitio. Como si la ausencia de ese sonido hubiera abierto una grieta invisible por la que se cuela una pregunta incómoda: ¿y si un día no suena nada más?

Después del desayuno descubren que no es solo la campana. El sistema de megafonía tampoco funciona. Ni el timbre del despacho. Ni el del patio. Todo lo que sirve para llamar, avisar, ordenar, está muerto. El convento, de pronto, se queda mudo.

Y curiosamente más ruidoso.

Las hermanas hablan más. Se buscan. Preguntan. Dudan. La Madre Superiora intenta mantener la calma, pero se le nota en la forma en que aprieta los labios cuando alguien le pregunta qué hacemos ahora.

—Lo mismo de siempre —dice—. Pero con más atención.

Eso no tranquiliza a nadie.

A mí me envían a llevar avisos a mano. Literalmente. Papelitos escritos con bolígrafo que dicen cosas como *Reunión a las once* o *La capilla se limpia después de comer*. Camino por los pasillos repartiendo mensajes como si estuviéramos en otra época y, mientras lo hago, me doy cuenta de algo que me provoca una risa nerviosa: todo esto depende muchísimo de que alguien toque algo en el momento adecuado. De que alguien avise. De que alguien obedezca.

Y hoy nadie sabe muy bien quién es ese alguien.

En la capilla, la hermana Teresa está colocando flores con una precisión exagerada. Coge el papel y lo lee dos veces.

—¿A las once? ¿Seguro?

—Sí, seguro.

Asiente, pero no parece convencida. Se queda mirando el altar un segundo más de lo normal.

—Qué curioso —murmura—. Cuando no hay campana, todo parece menos importante. ¿Verdad?

No sé qué contestar. Porque no estoy segura de que no tenga razón.

***

A media mañana el absurdo da un paso más. El sistema de archivos decide bloquearse. No abre. No cierra. No responde. Hay carpetas atrapadas dentro como rehenes administrativos y la hermana Pilar aparece con una llave enorme que no encaja en ningún sitio.

—Esto nos pasa por modernizarnos —sentencia—. Antes, con una llave y una oración, se arreglaba todo.

—Antes también se moría la gente de infecciones por cortarse con papel —respondo sin pensar.

Me mira y sonríe.

—Te estás volviendo respondona.

—Puede ser el ambiente.

Intentamos forzar el archivador. Nada. Llaman a mantenimiento, pero como hoy no funciona nada que llame a nadie, eso se traduce en *ya vendrán*. Mientras tanto, hay papeles importantes dentro que de repente parecen menos sólidos de lo que deberían.

—Bueno —dice Pilar—. Si no podemos acceder a ellos, tampoco es el fin del mundo.

La miro.

—¿No?

—No. El mundo se acabará igualmente, pero por otras razones.

No puedo evitar reírme. Y en mitad de la risa, algo hace clic. Porque no es la broma. Es la ligereza. Esa forma de decir que, incluso cuando las estructuras fallan, la vida sigue. De una forma u otra.

Me quedo pensando en eso más de la cuenta.

***

Después de comer el caos alcanza su punto álgido. Nadie sabe muy bien a qué hora toca qué cosa. Hay dos grupos limpiando el mismo pasillo y ninguno atendiendo la cocina. La Madre Superiora da órdenes que se cruzan. Alguien se equivoca de salmo. Otra empieza a rezar en voz alta cuando no toca.

No es grave. No es trágico. Pero es revelador.

Yo observo más de lo que actúo. Me apoyo en una columna del claustro y miro cómo todo se recompone a base de improvisación. Y

lo que me sorprende no es que funcione. Es que siempre ha funcionado así, solo que hoy lo vemos.

Al final de la tarde, cuando por fin consiguen arreglar algo —no sé exactamente qué, pero vuelve a sonar un timbre pequeño y alguien aplaude sin darse cuenta— me descubro cansada de una forma nueva.

No agotada. No drenada.

Cansada como cuando has estado despierta de verdad.

En el pasillo me cruzo con la Madre Superiora. Me observa un segundo. Ese segundo suyo que ya reconozco.

—Ha sido un día peculiar —dice.

—Sí, Madre.

—A veces es bueno que las cosas fallen un poco.

No me lo esperaba. No de ella. La miro. Asiente, casi imperceptiblemente, y sigue su camino.

Entro en mi habitación, me siento en la cama y me quedo quieta. No hago nada. No rezo. No saco el móvil.

Me tumbo boca arriba y miro el techo.

No siento impaciencia. Tampoco calma plena.

Siento curiosidad. Por mí. Sin dramatismo y sin culpa.

CAPÍTULO 14

No lo busco.

Eso es lo primero que me digo cuando, al salir del convento con una carpeta bajo el brazo y una lista mental de recados que no existían hace una semana, noto esa sensación rara en el cuerpo. No es nerviosismo. Es alerta. Como si algo estuviera a punto de suceder y yo aún no supiera qué.

La calle está tranquila. Camino despacio, concentrada en no perder el hilo de lo que hago: coordinar, resolver, volver. Nada extraordinario, como dijo la Madre Superiora.

Y entonces lo veo.

No de frente. No de golpe. Primero es una silueta conocida al otro lado de la calle. Luego una forma de moverse que reconozco antes incluso de levantar la cabeza.

Adán está apoyado en la pared de una ferretería, hablando con el dueño. Sin uniforme. Camiseta oscura, vaqueros, mangas arremangadas. Tiene una llave inglesa en la mano que de algún modo le queda natural, como si siempre hubiera sabido qué hacer con esas cosas.

No me ve todavía. Ese segundo es importante. Podría cruzar la calle. Podría acelerar el paso. Podría fingir que no existe.

Me sorprendo al darme cuenta de que no quiero hacer ninguna de esas cosas.

No porque me apetezca verlo, sino porque ya no me apetece esconderme de lo que pasa en mí cuando lo veo.

Doy dos pasos más. Levanta la cabeza. No sonríe enseguida. Sus ojos se abren un poco, apenas. Como si también él hubiera sentido algo antes de verme. Luego sí, sonríe. Pero no esa sonrisa fácil de otras veces. Es más lenta. Más contenida.

—Hola —dice.

—Hola.

Nos quedamos quietos, cada uno en su sitio, con la calle pasando entre nosotros como si fuera un detalle menor. No hay prisa.

—Pensé que no volvería a coincidir contigo así —añade.

—Yo tampoco. Es demasiada casualidad.

—Qué va. Vivo ahí. —Señala un edificio hacia la derecha sin darle más importancia—. Paso por aquí casi todos los días.

Lo miro.

—¿Y nunca te he visto?

—Tú no salías, Eva.

La frase cae sin reproche ni peso. Solo como un dato. Un dato que lo explica todo.

—Eso es verdad —digo.

Miro la carpeta que llevo bajo el brazo y luego a él.

—Tengo que hacer un par de gestiones...

—Yo también. —Levanta la llave inglesa—. Pero puedo retrasar una.

No me invita. No insiste. Solo deja la posibilidad en el aire, como si confiara en que yo decidiré qué hacer con ella.

Respiro.

—Cinco minutos —digo—. Luego me voy.

—Me vale.

Caminamos juntos sin tocarnos. Eso ya se ha convertido casi en una norma implícita. No porque no queramos, sino porque los dos sabemos que ese límite, ahora mismo, es lo que mantiene esto en pie.

Entramos en una cafetería pequeña, de esas donde el suelo cruje y las mesas están demasiado juntas. Nos sentamos uno frente al otro. Pido café. Él también.

El camarero nos mira raro. No sé si por el hábito o por la tensión que se puede cortar con cuchillo. Decide no preguntar nada y se lo

agradezco mentalmente.

Durante unos segundos no hablamos.

Apoyo las manos en la mesa. Siento el calor de la taza cuando llega el café y eso me ancla un poco.

Adán me observa sin invadir. Como si estuviera aprendiendo a leerme de nuevo.

—Estás distinta —dice.

—Me lo dicen mucho últimamente —bromeo.

—No lo digo como crítica.

—Ya lo sé.

Doy un sorbo al café. Está fuerte. Demasiado, pero no aparto la taza.

—No te he escrito —añade, con cuidado—. He preferido dejar que lo hicieras tú primero esta vez.

—Lo sé y te lo agradezco.

Eso parece tranquilizarlo. Apoya los antebrazos en la mesa, imitando mi postura sin darse cuenta, y deja sus manos cerca. No demasiado. Pero sí lo suficiente para que no se me escape ese detalle.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

Podría decir que sí. Podría decir que no. En lugar de eso, digo la verdad más sencilla.

—Estoy rara.

Adán no responde al instante. Me mira un segundo más de lo normal, como si no estuviera evaluando la frase, sino a mí.

—Parece que algo se ha movido de sitio —dice al fin—. Y no sabes muy bien dónde ha ido a parar.

Parpadeo. No esperaba eso.

—Exactamente —respondo—. Como cuando recolocas una habitación y de pronto no sabes dónde dejarte tú.

Sonríe. No con burla. Con reconocimiento.

—Entonces no estás rara —dice—. Estás en transición.

—Pues quizás es eso —murmuro.

Se ríe bajo.

—Avisa si empieza a doler. En mi experiencia, suele hacerlo antes de mejorar.

Lo miro. Hay algo tranquilizador en la forma en que lo dice: no está intentando arreglarme ni minimizar lo que siento. Solo estar ahí.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Nunca estás raro?

Se encoge de hombros.

—Yo estoy raro todo el tiempo. Solo que lo disimulo peor.

Eso me hace reír de verdad y noto cómo algo se afloja en el pecho.

—Entonces estamos igual —digo.

—Más o menos.

Adán mueve la mano, apenas. Lo justo para apoyar los dedos sobre la mesa, más cerca de los míos. No me toca. Pero se acerca lo suficiente como para que yo note el cambio en el aire. Su mirada baja un segundo, vuelve a subir, se queda. Demasiado tiempo.

Siento un calor rápido en el vientre, una reacción que no pasa por la cabeza. Trago saliva. El corazón me golpea fuerte, desacompasado, como si hubiera reconocido algo antes que yo.

No ocurre nada. Y aun así, todo ocurre a la vez.

Adán lo nota.

—Eva… —dice en voz baja.

Levanto la mirada. Sus ojos, quietos. Atentos. El mundo se reduce a esa mesa, a ese contacto mínimo, a la conciencia brutal de que, si no hago algo ahora, voy a perder el control. No de la situación.

De mí.

Retiro la mano. Demasiado rápido. Demasiado evidente.

El espacio entre nosotros se carga de algo eléctrico. Adán se inclina apenas hacia delante y noto su respiración cambiar, más lenta, más consciente. El calor de su cuerpo llega hasta mí sin

permiso y siento un golpe seco en el pecho, como si el corazón se hubiera adelantado a todo lo demás.

No es un beso. No es una caricia evidente. Es esa fracción de segundo en la que el cuerpo reconoce algo antes que la cabeza.

Me agarro a la carpeta con más fuerza de la necesaria.

—Esto… —empiezo, pero no termino la frase.

Él no dice nada. No se mueve. No invade. Y justo por eso el pulso me da otro salto, porque nadie me está empujando y, aun así, estoy al borde.

—Necesito… —respiro hondo—. Espera.

No es una retirada. Es una pausa. Una forma torpe de poner el freno sin apagar el motor.

Adán asiente despacio.

—Vale. Tranquila. Lo entiendo.

Nada más. No intenta cambiar nada. Solo se queda ahí, conmigo.

Bajo la mirada un segundo y la vuelvo a subir. Su expresión es abierta, atenta, peligrosamente tranquila.

—No es por ti —digo al fin, porque necesito decirlo.

—Lo sé —responde—. Es porque está pasando algo.

Asiento y nos quedamos así unos segundos. Del tipo que no se olvidan. Siento el latido todavía rápido, el calor en la cara, una energía contenida que no sabía que existía y que ahora no sé muy bien dónde meter.

Al final soy yo la que se mueve, dando un pequeño paso atrás para poder respirar.

—Gracias por… —murmuro, sin saber muy bien por qué.

—Cuando quieras —dice.

Salgo de allí caminando despacio. El aire frío me ayuda a ordenar las pulsaciones, pero no borra la sensación. Llego al convento con las mejillas todavía calientes y el cuerpo despierto.

Cierro la puerta detrás de mí y me quedo un segundo quieta.

No me siento culpable.

Me siento viva.

Y ahora sé que no es él lo que me asusta. Es haberme quedado. Haber decidido hacerlo.

CAPÍTULO 15

Cuando la Madre Superiora me dice que tengo que llevar personalmente unos documentos al parque de bomberos, lo primero que siento es un vuelco en el estómago. Como si el universo tuviera un sentido del humor muy específico y no pensara cansarse nunca de demostrarlo.

—Es un trámite sencillo —dice mientras me entrega la carpeta—. Firma de recepción, copia sellada y regreso.

Asiento con normalidad, aunque noto el leve peso de la palabra *parque* instalándose cerca de mi ombligo.

—¿Quiere que vaya acompañada?

—No. —Me mira unos segundos—. Confío en que sabrá comportarse.

No es una amenaza. Tampoco es una bendición. Es algo intermedio.

Subo a mi celda, dejo la carpeta sobre la cama y saco el móvil.

Eva: Esta tarde voy al parque a llevar unos documentos. Que conste que no es una emboscada.

Tardo tres segundos en arrepentirme del tono, pero ya es tarde. El móvil vibra casi al instante.

Adán: Entonces fingiré sorpresa.

Adán: ¿A qué hora?

Muerdo el interior de la mejilla, intentando no sonreír como una idiota adulta.

Eva: Sobre las cinco.

Eva: Voy por trabajo.

Adán: Perfecto. Yo también.

Paso el resto de la tarde ocupada, pero no dispersa. Cuando me quiero dar cuenta, faltan quince minutos para las cinco y tengo las manos frías. No de nervios infantiles. Es una sensación más profunda, de las que tiene el cuerpo cuando sabe algo antes que la cabeza.

No me cambio. No me arreglo más de lo habitual. Cojo la carpeta, me coloco bien el hábito y bajo.

Pilar está en el pasillo cuando paso, con un libro que sostiene, pero claramente no está leyendo.

—¿Gestiones exteriores? —pregunta sin levantar del todo la vista.

—Sí.

—Qué responsable te has vuelto.

—No te acostumbres.

Levanta una ceja, pero no le doy el gusto de más conversación.

Salgo a la calle con la carpeta bajo el brazo y esta vez el mundo no me golpea como otras veces. Lo atravieso con paso firme, consciente del sonido de mis sandalias, del peso de la tela, del aire entrando limpio en los pulmones.

No voy a buscar nada. Voy a hacer un trámite. Eso me repito. Y, sin embargo, cuando el edificio del parque de bomberos aparece al final de la calle, mi paso cambia ligeramente.

El parque no es espectacular. Es funcional. Amplio portón rojo. Fachada sin adornos. Un lugar que no está hecho para contemplarse sino para salir corriendo. Cruzo la puerta principal y el olor me llega antes que cualquier otra cosa: metal, goma, detergente fuerte, y algo más que no acierto a identificar. Como humo viejo. Como algo que me resulta familiar sin saber bien de dónde. Lo dejo pasar.

Un bombero joven levanta la vista desde un escritorio improvisado.

—Vengo del convento de Santa María. Traigo documentación para el jefe de turno.

Me mira un segundo más de lo necesario, pero asiente.

—Al fondo, primera planta. Oficina administrativa.

Camino por el hangar y veo los camiones alineados como animales dormidos. Grandes. Impresionantes. El rojo brillante contrasta con el suelo gris pulido. Me acerco a uno y paso la mano por el lateral, como si el gesto viniera solo.

—No muerde.

Su voz llega desde mi izquierda y me obliga a girarme de un salto.

Está apoyado contra una columna con camiseta gris y pantalones de trabajo. Sin uniforme formal. Sin casco. Sin ninguno de los elementos que lo convierten en *el bombero*. Aquí es solo él, en su territorio, y eso lo cambia todo de una forma que no esperaba.

—No parecía que fuera a hacerlo —respondo.

Se incorpora y camina hacia mí con una naturalidad que me derrite. Aquí no es el hombre que entra en mi mundo. Soy yo la que ha entrado en el suyo.

—¿Vienes sola? —pregunta.

—No he venido a verte.

—Ya, claro. —Esboza una sonrisa y se queda frente a mí. No demasiado cerca. Lo justo—. Vamos. Te acompaño a la oficina.

Subimos al ascensor del fondo. Es antiguo, con puertas metálicas que se deslizan con un sonido agudo que me recuerda a la casa de mi abuela. Entro primero. Él después. El espacio es más pequeño de lo que esperaba.

La puerta se cierra. Pulsa el botón de la primera planta y el ascensor empieza a subir con un ligero temblor.

La carpeta roza su brazo y mi hombro casi toca su pecho cuando el ascensor vibra.

—Siempre pensé que tendríais uno más moderno —digo, para romper algo que empieza a espesarse.

—Lo intentamos. Pero este se niega a jubilarse.

El ascensor da un pequeño tirón y se detiene.

Silencio.

No hay apagón. No hay caída libre. Simplemente deja de moverse y nos miramos al mismo tiempo.

—No puede ser —murmuro—. ¿Ha pasado lo que creo?

Adán pulsa el botón otra vez. Nada. Pulsa el interfono. Silencio. Luego suelta una risa corta.

—Vale. Esto sí que no estaba planeado. Lo prometo.

El espacio parece reducirse medio centímetro más.

—¿Es normal? —pregunto.

—La verdad es que más de lo que me gustaría admitir.

Pulsa el botón de nuevo, pero sigue sin responder.

—Tranquila —dice—. En un minuto lo arreglan.

El ascensor cruje ligeramente. Mi equilibrio se altera y, sin pensar, apoyo la mano en la pared. Él hace lo mismo, pero su brazo queda a la altura de mi hombro, creando una barrera invisible que no me toca y, al mismo tiempo, me encierra.

—¿Estás bien? —pregunta, más bajo.

—Sí. Solo... me ha pillado por sorpresa.

No me aparto. Él tampoco. Y noto algo en el estómago antes de saber qué es.

—Eva.

Levanto la vista y sus ojos están demasiado cerca. No hay sonrisa. No hay ironía. Solo atención. Y la decisión consciente de no acortar la distancia.

—Es raro estar tan cerca de alguien sin decir nada —murmuro.

Me oigo decirlo antes de poder frenarlo. Él no responde. Me está dejando hablar, y no sé si quiero.

—Se oye todo —añado—. Tu respiración. La mía…

Me humedezco los labios sin querer y sus ojos cambian. Se suavizan y se tensan a la vez.

—Yo también lo noto —dice.

La frase cae despacio. Sin doble intención explícita. Y con toda.

—No deberíamos estar así.

—Pero lo estamos.

El ascensor da un tirón. Baja medio centímetro y vuelve a quedarse quieto. Me inclino hacia delante por inercia y su pecho absorbe el movimiento antes de que pueda procesarlo. Mis manos quedan apoyadas sobre su torso. Siento la tela de la camiseta, el calor debajo.

El mundo se reduce a ese punto de contacto.

Podría apartarme. No lo hago. Él tampoco se mueve. Solo baja la mirada a mis manos y la sube otra vez a mis ojos.

—No estoy asustada —murmuro.

Y es verdad.

—¿Entonces?

—Es que cuando estás así de cerca, mi cuerpo va más rápido que yo.

No sonríe. No se burla. No se mueve.

—Eso no es malo.

—Depende de lo que venga después.

Se inclina. Sin invadir, sin tocarme. Solo acorta la distancia hasta que su aliento me roza la mejilla.

—¿Quieres que me aparte? —dice, muy cerca.

—No.

La palabra sale más firme de lo que esperaba.

Nuestros rostros están a una distancia ridícula. Puedo ver el movimiento leve de su garganta al tragar saliva. Mis dedos se tensan apenas sobre su pecho, como si necesitaran comprobar que esto es real.

—No quiero huir —añado, casi para mí.

Él exhala despacio. Su frente casi roza la mía y nuestros labios quedan a un centímetro cuando el ascensor arranca con un golpe seco.

La luz parpadea. El movimiento nos separa por pura inercia. Mis manos resbalan de su pecho y él da un paso atrás. Las puertas se

abren con otro chirrido y el pasillo aparece delante, iluminado, normal, completamente ajeno a lo que acaba de no ocurrir.

Nos quedamos quietos un segundo. Respirando.

—Esto… —empiezo.

—No es necesario que digas nada —dice él.

Me recompongo despacio y ajusto la carpeta contra el pecho.

—Tenemos que entregar los papeles —digo finalmente.

—Claro.

Salimos del ascensor uno detrás del otro. El pasillo de la primera planta es ridículamente normal para lo que acaba de pasar.

Entramos en la oficina administrativa. Un hombre revisa la carpeta, sella dos hojas, firma donde le señalo y me devuelve la copia. Todo en menos de tres minutos.

Cuando volvemos hacia el ascensor, nos miramos al mismo tiempo.

—Escalera —dice.

—Escalera —confirmo.

Bajamos en silencio. Al llegar al hangar el aire se siente distinto. Más amplio. Más frío. Más respirable.

Me detengo junto al camión.

—¿Siempre es así? —pregunto, y me mira confundido—. La sensación de que en cualquier momento algo puede pasar.

—Sí —responde—. Siempre.

No sé si habla del trabajo o del ascensor. Probablemente de los dos.

Apoyo la carpeta contra el lateral del camión y lo miro de frente.

—No quiero fingir que no ha pasado nada —digo.

—Yo tampoco.

—Y tampoco quiero que eso lo convierta en un problema.

—No lo es. Es lo que es.

Se acerca un paso. Solo uno. Lo suficiente para que vuelva a sentir el calor de su cuerpo.

—Eva. No todo lo que te hace sentir viva tiene que ser una amenaza. No voy a empujarte a nada que no quieras, ni hoy ni ningún día. Pero tampoco voy a fingir para que te sientas mejor.

—Yo tampoco quiero fingir —respondo.

—¿Y qué quieres?

Bajo la mirada.

—No lo sé todavía. Pero sé que no me siento culpable. Me siento despierta. Y eso me parece suficiente para hoy.

—Con eso me vale —dice.

Recojo la carpeta y doy un paso atrás.

—Tengo que volver al convento —digo y no suena a excusa.

—Claro.

—Gracias por acompañarme.

—Espero que vuelvas a escribirme pronto.

Salgo del hangar y al cruzar la puerta principal, la calle me recibe con su ruido habitual.

Inhalo.

Después de mucho tiempo, el aire me llega hasta el fondo.

CAPÍTULO 16

Vuelvo al convento con esa sensación de haber estado a un centímetro de algo y haberlo elegido conscientemente.

La puerta lateral se abre con su chirrido habitual y el olor a cera y piedra fría me recibe como de costumbre, pero algo en mí ya no encaja exactamente en ese molde. Cierro con cuidado y me quedo un segundo apoyada contra la madera.

El recuerdo de su respiración tan cerca. De su frente casi rozando la mía. De esa decisión no terminada suspendida en el aire metálico del ascensor.

Subo las escaleras sin prisa. En el pasillo me cruzo con la hermana Teresa, que carga una caja de velas.

—Estás muy pálida, hija. ¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Sí. —Y no miento.

Entro en mi celda, dejo la carpeta sobre la mesa y me siento en la cama sin quitarme nada. Me levanto y me quito el hábito despacio, no con rabia, sino con atención. Lo doblo sobre la silla. Lo miro. No como quien contempla una prisión, sino como quien observa una piel antigua que ya no termina de ajustarse del todo.

Me pongo una camiseta sencilla y me asomo a la ventana. La ciudad al fondo parece normal. Gente cruzando calles. Luces que empiezan a encenderse...

Y entonces la oigo.

La sirena.

Lejana al principio. Un sonido agudo que corta el aire de la tarde. No es la primera vez que la escucho desde aquí. Siempre hay ambulancias. Siempre hay urgencias en algún sitio, pero esta vez mi cuerpo no lo recibe como un sonido externo.

El pecho se me contrae antes de que pueda pensar. La respiración se acorta y las manos se enfrían con una rapidez absurda. La sirena se acerca, rebota entre los edificios, vibra en el cristal de la ventana y en mi interior se rompe algo.

No es un recuerdo completo. No es una escena nítida. Es un olor.

Gasolina.

Un destello azul intermitente que me atraviesa los párpados cerrados. Cristales en el suelo. El volante torcido. La sensación de no poder moverme.

Parpadeo. Estoy en mi celda, pero el corazón late como si no. La sirena pasa frente al convento y continúa su camino. El sonido se aleja, pero mi cuerpo tarda en entender que ya no está aquí. Apoyo las manos en el alféizar para anclarme y respiro.

Una vez. Otra.

Me dejo caer sentada en el suelo, con la espalda contra la pared, y noto cómo el tiempo tarda en volver a su ritmo normal. No estoy llorando. No estoy histérica. Solo estoy descolocada, como si alguien hubiera movido una pieza interior que llevaba años fija en el mismo sitio.

Cierro los ojos. No busco el recuerdo. Lo dejo venir si quiere y lo hace en fragmentos.

Un cinturón que no sale. Un golpe seco. La voz de mi hermano diciendo algo que no alcanzo a entender. Luz azul. Demasiada luz azul.

Y luego, algo que no había recordado así antes:

Unas manos. Guantes gruesos. Firmes. Alguien inclinándose sobre mí. Una voz más tranquila que la mía, en medio de todo ese ruido.

—Mírame. No te duermas.

El recuerdo dura un segundo, pero me deja sin aire. Abro los ojos de golpe. Eso no lo había recordado así antes. Siempre me había quedado en el ruido, en el impacto, en la pérdida. Nunca en *después*. Nunca en esa voz.

Camino hasta la cama y me siento. El colchón cruje bajo mi peso.

No recuerdo su cara. No recuerdo su nombre. Solo la sensación de que, en el peor momento, en medio de todo aquel caos, alguien estaba allí. Ayudándome. Sin apartarse de mí.

Apoyo los codos en las rodillas y me cubro la cara con las manos. No para llorar. Para sostenerme.

Siempre pensé que lo había superado. Que el tiempo había hecho su trabajo. Que entrar aquí había sido una decisión limpia, ordenada, razonable. Pero ahora entiendo algo incómodo: no entré buscando a Dios. Entré buscando paz mental.

Paz para no oír el chirrido del metal. Silencio para no escuchar la última frase de mi hermano. Silencio para no preguntarme si, si no hubiéramos discutido esa noche, él todavía estaría aquí.

Me tumbo hacia atrás en la cama y fijo la vista en el techo. Blanco. Liso. Imperturbable. Aquí todo es así.

El recuerdo vuelve en fragmentos más suaves. No hay gritos. No hay sangre. Solo la sensación de no poder moverme. De no saber si estaba viva. Y esa voz, firme, ordenándome quedarme.

Qué extraño que lo que más me impacta ahora no sea el accidente en sí, sino el hecho de que alguien me pidió que no me fuera.

«Mírame.»

No quiero convertir esta noche en un punto de inflexión definitivo. Solo quiero ser honesta con la pregunta que lleva años esperando:

¿Estoy aquí porque lo elegí, o porque no sabía dónde más ir?

La pregunta se queda suspendida en la habitación.

No odio este lugar. Aquí he estado a salvo. Aquí nadie me ha pedido nada que no pudiera cumplir. Aquí no he tenido que tomar decisiones difíciles. Y quizá eso fue lo que necesitaba durante un tiempo. Pero el tiempo no es infinito. Y yo ya no soy la misma que entró por esa puerta hace cuatro años con la voz apagada y la mirada baja.

Apoyo la cabeza en la almohada.

No quiero huir otra vez. No del dolor. No del recuerdo. No de mí.

La sirena ya no suena y mañana habrá campanas, habrá tareas, habrá horarios. Pero algo ha cambiado esta tarde. No porque haya aparecido nadie. No porque haya ocurrido nada extraordinario. Sino porque he dejado de fingir que el pasado no late.

La voz vuelve, muy baja, casi como un eco:

—Mírame.

Me duermo con esa frase. Sin saber todavía que la conozco de otro sitio.

CAPÍTULO 17

La primera campanada suena a las once y cuarenta y tres de la mañana.

No es una hora litúrgica, ni simbólica, ni nada. Es, simplemente, extraño.

Estoy en la cocina intentando descifrar un albarán de verduras ecológicas cuando el sonido atraviesa el convento como un disparo medieval.

¡TANNNNN!

La hermana Teresa deja caer una bandeja entera de cucharones. La hermana Angustias se santigua dos veces. Yo miro el reloj.

11:43.

No hay misa. No hay rezo. No hay absolutamente nada que justifique ese sonido.

Suena otra vez.

¡TANNNNN!

—¿Quién se ha muerto? —pregunta Pilar desde la puerta, con absoluta serenidad.

—Nadie —respondo—. Creo.

Suena una tercera vez, más larga, como si la campana hubiera decidido tomarse en serio su papel dramático. La Madre Superiora aparece en el umbral con ese paso suyo que parece deslizarse sobre la culpa ajena.

—¿Quién ha tocado la campana?

Nadie responde. Porque nadie la ha tocado, al menos las que estamos aquí.

Suena una cuarta campanada y desde el patio, dos novicias salen corriendo hacia la capilla como si hubiera empezado el Apocalipsis.

—¡Es difuntos! —grita una.

—¿Cómo va a ser difuntos? ¡Estamos todas vivas! —responde Pilar, con la lógica implacable de quien no tiene tiempo para crisis espirituales provisionales.

Y justo cuando la Madre Superiora abre la boca para imponer orden, la campana cambia de ritmo.

Ángelus.

A las once y cuarenta y cuatro.

No puedo evitarlo. Se me escapa una carcajada. Pequeña, inoportuna, pero completamente real. La Madre Superiora me mira, no con enfado sino con algo parecido a la sorpresa, como si llevara meses sin verme reír así y hubiera olvidado que podía.

Las campanas siguen durante dos minutos eternos, cambiando de patrón como si alguien desde el otro lado estuviera experimentando con nosotras. Cuando por fin se detienen, el silencio que queda es casi más dramático que el ruido.

—Hermana Eva —dice la Madre Superiora, con una calma que asusta más que un grito—. ¿Puede averiguar qué está ocurriendo?

No sé si me está castigando o confiando en mí. Últimamente esas dos cosas se parecen mucho.

—Sí, Madre.

Salgo al claustro con Pilar pegada a mi espalda.

—Esto es una señal —susurra con deleite—. El Señor está aburrido.

—O el sistema eléctrico lleva demasiados años sin revisión —respondo—. Recuerda que ya nos ha dado algún problema.

—Como te gusta quitarle la emoción a todo.

El panel automático de las campanas está en un cuartito al fondo del claustro. Lo instaló el ayuntamiento hace años para modernizar el convento, lo cual ya era una contradicción en sí misma. La puerta está entreabierta y dentro, el panel parpadea con una energía que no le hemos dado nosotras.

Pilar se cruza de brazos en el umbral.

—Yo no lo tocaría.

—¿Y qué hacemos? ¿Dejamos que convoque un entierro cada media hora?

Como si me estuviera escuchando, suena una campanada aislada y las dos nos miramos.

—Bueno —dice Pilar—. Igual sí hay alguien muerto y no nos hemos enterado.

Respiro hondo, me acerco al panel y empiezo a leer las instrucciones. Pulso un botón. Nada. Pulso otro.

¡TANNNNNNN! ¡TANNNNNNN! ¡TANNNNNNN!

—¡Eva! —grita alguien desde el patio—. ¡Ahora está peor!

Pilar se tapa la boca para no reír.

—Has invocado algo.

—Cállate.

Encuentro el interruptor general y lo pulso.

Silencio.

Un silencio tan absoluto que parece un milagro menor. Nos quedamos quietas unos segundos, como si no nos fiáramos de que vaya a durar.

—Bueno —dice Pilar al fin—. Parece que ya no estamos convocando el Juicio Final.

Salgo del cuarto con una mezcla de triunfo y diversión que no esperaba sentir esta mañana. El convento está en plena reorganización: monjas descolocadas, novicias preguntando si deben repetir el rosario, la hermana Angustias mirando al cielo con cara de aviso personal del Altísimo.

Y yo, en medio de todo ese caos absurdo, descubro que me siento ligera.

En ese momento llaman a la puerta principal con tres golpes firmes. La hermana Teresa se asoma y me mira.

—Eva. Es para ti.

Salgo al recibidor intentando parecer tranquila, lo cual es difícil cuando hace diez minutos casi convoqué un funeral accidental.

Y ahí está. De pie, con una carpeta bajo el brazo, intentando no sonreír demasiado.

—Hola.

Detrás de mí, con la puntualidad de quien lleva toda la vida esperando este momento, Pilar se materializa en el marco de la puerta.

—Oh —susurra, solo para mí—. Ha llegado tu tentación.

Y se queda ahí plantada, como si fuera parte del decorado.

—Traigo esto —dice él, levantando la carpeta—. Te lo dejaste en la oficina.

La miro. Es la mía. Los formularios de proveedores. Los que juré haber guardado.

—Uy, gracias.

—No quería que tuvieras problemas.

De fondo, como si el universo llevara todo el día coordinado en mi contra, suena una campanada aislada. Él levanta una ceja.

—¿Por qué suena así?

—Estamos experimentando con el Apocalipsis por franjas horarias —responde Pilar desde el fondo y Adán contiene la risa. Yo también.

Y justo cuando la situación empieza a ser manejable, la Madre Superiora aparece detrás de nosotras.

—Buenos días —dice.

—Buenos días, Madre —responde él, con una educación impecable que le agradezco en silencio.

Ella observa la carpeta, me observa a mí, y mira hacia donde suena el eco lejano de la última campanada.

—¿Sabe usted de tecnología? —pregunta con serenidad.

—Algo sé, sí, Madre.

—¿Puede intentar averiguar qué está pasando con la programación de las campanas?

—Claro.

—Venga conmigo.

La Madre Superiora echa a andar y los tres la seguimos. Pilar, a mi lado, susurra:

—El diablo te lo está poniendo muy difícil, querida.

Le clavo el codo discretamente entre las costillas.

—Debo ser muy buena monja para que se tome tantas molestias —admito.

Y sonrío. En medio del caos absurdo, sonrío.

El sistema por fin deja de pitar y las campanas guardan silencio. Adán cierra el panel con un clic seco y se sacude las manos como si acabara de terminar algo sencillo, aunque sé que no lo era.

—Listo —dice—. Ya no habrá funerales improvisados.

—Qué pena —respondo—. Había hermanas muy motivadas.

Me mira y sonríe. Más suave esta vez. Más consciente. Me devuelve la carpeta que había traído y nuestras manos se rozan apenas, lo justo para que el contacto no sea un accidente sino una intención clara.

La Madre Superiora reaparece, comprueba que todo funciona y agradece la intervención. Pilar, desde el fondo, nos observa con cara de quien está evaluando una novela por entregas.

Cuando caminamos hacia la puerta principal, el convento vuelve poco a poco a su respiración habitual.

—Gracias por venir —digo cuando llegamos al umbral.

—No fue ninguna molestia.

Nos quedamos un segundo quietos, con esa energía que flota entre nosotros y que ninguno de los dos nombra.

—Hay algo que… —empieza él, pero se interrumpe—. Da igual.

—No —digo, antes de pensarlo demasiado—. No da igual.

Me mira.

Y entonces la Madre Superiora vuelve a aparecer al fondo del pasillo.

—Joven, ¿puede venir un momento?

Adán me mira como si tampoco hubiera oído bien. La Madre Superiora no suele llamar a los hombres *joven*, y mucho menos con ese tono que no es ni cordial ni severo, sino simplemente práctico.

—Sí, claro.

La Madre Superiora sostiene un manojo de llaves y las hace girar una vez antes de hablar.

—La lámpara del altar mayor lleva días fallando. Se apaga y se enciende sola. Hemos llamado al electricista, pero hasta la semana que viene no puede venir. —Pausa—. En vista de que ha podido solucionar lo de las campanas, quizás puede ayudarnos también con esto.

—Puedo intentarlo.

—Perfecto. —Se gira hacia mí con esa naturalidad suya que no admite debate—. Hermana Eva, acompáñelo. Usted sabe dónde está la caja de los fusibles de la capilla.

Tardo un segundo en reaccionar.

—Sí, Madre.

No hay subtexto en su voz. Solo una orden cotidiana, como si no supiera lo que significa. O como si lo supiera exactamente y hubiera decidido que ya es hora.

Nos entrega las llaves. El metal pesa en mi mano más de lo que debería.

Caminamos por el pasillo en silencio. Nuestros pasos resuenan sobre la piedra con una claridad que me hace consciente de cada uno.

—Ese es el altar —digo al llegar, solo para romper algo—. Lleva semanas parpadeando.

—Como en las películas de terror —responde en voz baja.

Eso me arranca una sonrisa que no tenía planeado regalarle tan fácil.

La puerta de la capilla se cierra a nuestra espalda con un sonido hueco y la lámpara roja del sagrario titila con una intermitencia

irregular que llevo semanas viendo.

—Es esa —señalo.

Adán levanta la vista, calcula y empieza a arremangarse la camisa. Ese gesto tan simple me irrita un poco porque no debería importarme tanto.

Le acerco la escalera que está en una pequeña habitación a la derecha. La coloca y me quedo abajo sujetándola por puro reflejo, aunque sé que no hace falta. Antes de que se suba, recuerdo que harán falta herramientas y voy a por la caja.

—¿Puedes encender y apagar el interruptor cuando te diga?

Asiento.

—Ahora.

La luz parpadea.

—Otra vez.

Obedezco.

—Es un falso contacto —murmura desde arriba.

Su voz, amortiguada por la altura y por la bóveda, suena distinta. Más cercana, aunque esté a dos metros sobre mi cabeza.

—Necesito que me pases eso —dice, señalando la caja.

La alzo y nuestros dedos se rozan. No es el primer contacto entre nosotros, ni siquiera el más significativo, pero aquí, en este lugar, con el eco respirando alrededor y la lámpara roja latiendo como algo que busca su ritmo, el gesto tiene otra densidad. No aparta la mano enseguida. Yo tampoco. Luego vuelve a su trabajo.

—Prueba ahora.

Enciendo. La luz se queda fija.

—Ya está.

Baja despacio y cuando sus pies tocan el suelo estamos demasiado cerca, no porque ninguno se haya movido hacia el otro, sino porque ninguno se ha apartado. La lámpara del sagrario ha dejado de parpadear. La capilla se llena de una luz más cálida, como si alguien hubiera decidido que ya era suficiente de intermitencias.

—Era solo un cable suelto —dice, en voz baja. No se mueve.

Yo tampoco.

La escalera sigue entre nosotros como un objeto sin función y noto el aire más denso. El convento no hace ningún ruido. Ni pasos en el pasillo, ni puertas, ni el crujido habitual de las velas. Solo esa luz nueva, fija, cayendo sobre el altar y llegando hasta donde estamos.

—Eva —dice.

No es una pregunta. Es una forma de tocarme sin hacerlo.

Levanto la vista y sus ojos no buscan respuesta ni permiso. Están ahí, abiertos, vulnerables, como si también él hubiera decidido dejar de protegerse de esto.

Doy un paso. Mínimo y la escalera queda a un lado, desplazada con un movimiento torpe de mi rodilla. De pronto ya no hay nada entre nosotros. Ni madera. Ni herramientas. Ni excusas.

La capilla huele a cera tibia y a piedra fría. A algo antiguo que, en este instante, parece completamente nuevo.

—No sé hacer esto… —murmuro, sin saber muy bien qué significa exactamente.

Él sonríe apenas, con ternura.

—Yo sí —responde—. Pero solo si tú quieres.

Esa frase me suelta el último nudo.

No hay impulso brusco. No hay decisión repentina. Solo un acercamiento tan lento que podría parecer quietud si no fuera porque siento su aliento mezclarse con el mío, el calor que llega antes que el contacto. Su mano se eleva y se detiene a la altura de mi mejilla, pidiéndome permiso sin palabras. Y soy yo la que recorre el último espacio.

No cierro los ojos hasta que su boca está a un suspiro de la mía. Hasta que sé exactamente dónde estoy y entiendo que no hay escapatoria posible porque no quiero que la haya.

El primer roce es suave. No es un asalto. Es una comprobación: necesito saber que esto existe fuera de mi cabeza.

Sus labios son cálidos y tranquilos, y esa calma me deja indefensa. No hay prisa. Solo una profundidad inesperada, como si el tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo para dejarnos dentro.

Le agarro la camisa, no para acercarlo más sino para sostenerme, y él me rodea la cintura con una suavidad que es casi reverencia. Y entonces el beso se convierte en un lugar. Uno en el que estoy entera. Uno en el que no falta nadie.

No está el accidente. No está la culpa. No está el convento. Solo nosotros y la luz roja, fija por fin, respirando a nuestro lado.

Cuando nos separamos no es de golpe. Es un movimiento pequeño, inevitable, como el aire que vuelve después de haber estado bajo el agua. Apoyo la frente en la suya. No me siento perdida ni en peligro. Me siento en casa en mi propio cuerpo.

Y eso es lo que me hace temblar, porque no sabía que esto era posible.

—Ahora sí —susurra él.

Sonrío con los ojos todavía cerrados.

Tardo en abrirlos no porque me asuste de lo que vaya a encontrar, sino porque sé que en cuanto lo haga el mundo volverá a ponerse en marcha y este instante dejará de ser solo nuestro.

Cuando lo hago, Adán sigue ahí, a la misma distancia mínima, mirándome como si acabara de ocurrir algo que no quiere romper con palabras. Su mano continúa en mi cintura, pero ya no me sujeta: simplemente descansa, como si hubiera encontrado un lugar natural donde estar.

Oímos un ruido lejano en el pasillo. Nada peligroso, pero suficiente para recordarnos que no estamos solos en el mundo.

—Eva —dice, y mi nombre suena distinto ahora. No como una llamada. Como algo que conoce.

No hay frase preparada para después de algo así. No hay ironía posible ni broma salvadora. Solo verdad. Él se pasa la mano por la nuca en ese gesto suyo que ya reconozco, y sonríe.

—La lámpara —dice finalmente, señalando hacia atrás—. Ha quedado perfecta.

La frase es absurda. Y sin embargo, nos salva.

Recojo la caja de herramientas mientras él pliega la escalera. Nos movemos con una coordinación nueva, torpe y suave a la vez, como si estuviéramos aprendiendo otra forma de estar juntos sin tocarnos, aunque todo siga ahí, en la piel y en la respiración.

Antes de salir me detengo. Me giro hacia el altar. No rezo, no hago la señal de la cruz, no pido perdón. Solo miro.

Y esta vez no siento que haya traicionado nada. Ni a Dios ni a mí.

Adán se queda quieto a mi lado respetando ese silencio como si entendiera que no es un momento para intervenir.

Salimos de la capilla. El pasillo está vacío y la vida del convento sigue su ritmo: platos en la cocina, voces en el claustro, pasos que suben por la escalera. Todo igual. Todo distinto.

Cuando coge su chaqueta nuestras manos se rozan una vez más, esta vez sin accidente, con una naturalidad que me recorre el cuerpo.

—Gracias por… —empieza él.

Niego con la cabeza.

—No lo estropees —susurro.

Se queda callado. Asiente. Y esa forma de entender sin necesidad de explicar me aprieta el pecho con algo que no sabía que existía.

La Madre Superiora aparece al fondo del pasillo, como si hubiera elegido el instante en que nuestras manos ya no están juntas y nuestras respiraciones han vuelto a su ritmo.

—¿Está arreglado? —pregunta.

—Sí, Madre. —Mi voz no tiembla y eso me sorprende a mí también.

Ella nos mira a los dos un segundo más de lo necesario. No hay reproche ni sospecha evidente. Solo esa mirada suya que parece ver más de lo que dice y decidir que por hoy es suficiente.

—Bien. Gracias.

Adán se despide con un gesto respetuoso. Yo me obligo a no seguirlo con los ojos cuando se aleja por el pasillo. Cuento sus pasos en mi cabeza. Al tercero se gira. No sonríe ni hace nada. Solo me mira y esa mirada me acompaña cuando desaparece tras la esquina.

Vuelvo a mi celda caminando despacio, sin esconderme ni apresurarme. Entro, cierro la puerta y me quedo de pie en medio de la habitación. Me llevo los dedos a los labios, no para comprobar sino para recordar, y entonces me pasa algo que no esperaba.

No llega la culpa.

Llega una risa suave, incrédula, que se me escapa sola.

—Madre mía —murmuro.

Y me dejo caer en la cama mirando al techo.

La luz roja de la capilla, fija por fin. Serena. Como algo que ha encontrado su sitio.

Y sé, sin necesidad de decírmelo en voz alta, que yo también estoy empezando a encontrar el mío.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente intento comportarme como si nada hubiera cambiado y descubro en los primeros diez minutos que soy una pésima actriz.

El hábito me roza de otra forma. El suelo suena distinto. Cada vez que alguien pronuncia mi nombre tengo la sensación ridícula de que van a añadir algo, como si lo que ocurrió anoche fuera visible desde fuera, como un cartel de neón encima de mi cabeza que dijera «besó a un bombero en la capilla y no se arrepiente».

Me obligo a concentrarme. Una llamada a la panadería. Confirmar la visita de un proveedor. Ordenar unas facturas. Funciono. Respondo. Incluso sonrío un par de veces, lo cual es demasiado para un martes normal y Pilar lo nota, claro, pero por una vez en su vida decide no comentarlo. Probablemente está guardando energía para el momento más inoportuno.

En medio de esa normalidad impostada, el recuerdo vuelve en oleadas: su mano en mi cintura, el momento exacto en que dejé de pensar en si debía o no debía. Y justo cuando empiezo a convencerme de que todo está bajo control, recuerdo que le agarré la camisa para no caerme y se me escapa una risa que tengo que disimular con una tos. La hermana Teresa me mira rara desde el otro lado del pasillo.

—Estoy bien —digo—. Polvo.

No hay polvo.

A media tarde, cuando estoy en el despacho pequeño anotando horarios en una libreta, suena el teléfono fijo. Tardo medio segundo de más en cogerlo.

—Convento de Santa María, buenas tardes.

Al otro lado hay un silencio breve, respirado.

—Buenas tardes —responde él.

No hace falta que diga su nombre. Algo en mí lo sabe antes de que llegue el sonido.

—Hola —contesto, bajando el tono sin querer.

—¿Te pillo mal?

—No. Estoy trabajando.

Otro silencio, distinto. Lleno de todo lo que no estamos diciendo. No hace ninguna broma. No menciona la capilla. No intenta aliviar nada. Y eso me calma más que si hubiera hablado.

—Necesito verte —dice al final—. No para hablar de nada serio. Solo verte.

Apoyo la mano libre sobre la mesa.

—Eso suena bastante serio —murmuro.

—Lo sé. Por eso llamo y no aparezco por allí sin avisar.

La imagen de él entrando por la puerta lateral del convento con cara de inocente me provoca una risa que tengo que morderme.

—¿Puedes salir hoy? Cuando termines. Donde quieras.

No hay presión. Solo una propuesta abierta que me deja todo el espacio del mundo y, precisamente por eso, me obliga a decidir.

Miro la libreta, los números, la hora.

—Sí.

Él no dice nada durante un segundo y sé que ese silencio es una sonrisa.

—Vale. Dime dónde.

No quiero una cafetería. No quiero un parque donde tengamos que fingir que somos dos personas más.

—En la puerta pequeña del huerto. La que da a la calle de atrás.

—Sé cuál es. ¿A las siete?

—A las siete.

Ninguno cuelga enseguida. Solo nuestra respiración cruzada a través de la línea.

—Eva —añade antes de despedirse.

—¿Sí?

—Ayer… —empieza, pero se detiene—. Gracias por no irte.

El corazón me da un golpe lento. De esos que se notan en la garganta.

—Gracias por quedarte —respondo.

Y colgamos.

Me quedo con el auricular en la mano mirando a la pared. Lo dejo en su sitio con cuidado y me doy cuenta de que me tiemblan ligeramente los dedos, pero no de nervios. De esa anticipación luminosa que no sentía desde hacía años y que, francamente, no sé muy bien dónde meter en un convento.

Las seis y cincuenta y ocho me encuentran en mi celda sentada en la cama, mirando el hábito colgado en la silla como si fuera a darme un consejo.

No me da ninguno.

No me miro al espejo más de lo necesario. Solo me lavo las manos, me recojo el pelo y, antes de salir, me quedo un segundo parada frente al hábito.

—Vuelvo después —le digo en voz baja.

Necesito salir más.

La puerta pequeña del huerto está medio oculta por la parra que siempre pierde hojas antes de tiempo. Cuando llego, él ya está allí, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y esa postura suya que me parece injustamente atractiva.

Levanta la cabeza. Y la manera en que me mira hace que todo el día, incluidas las facturas y el polvo inexistente, cobre sentido.

—Hola —dice, como siempre que me ve.

—Hola.

Nos acercamos despacio. Esta vez no hay duda de que los dos sabemos exactamente por qué estamos aquí, lo cual es a la vez reconfortante y aterrador.

La parra deja pasar la luz del atardecer en manchas irregulares sobre la pared. Él lleva la chaqueta doblada sobre el brazo y las mangas arremangadas, y cuando me ve no hace ese gesto automático de sonreír que tenía al principio. Hace algo más pequeño y más verdadero: se le suaviza la cara, como si al fin pudiera dejar de esperar.

Cierro la puerta a mi espalda y el clic del pestillo suena demasiado alto en el silencio del huerto.

Nos quedamos mirándonos un segundo suficiente para confirmar que lo de ayer no fue un accidente ni una locura ni una escena que podamos guardar en un cajón y fingir que no ocurrió.

—Así que… —dice—. ¿Me has traído al huerto?

No puedo evitar reírme.

—No empieces.

—Es que esto es importante —continúa, muy serio—. Siempre había oído la frase, pero nunca me había pasado en directo. Y menos con una monja…

—Cállate.

—Entonces, se puede decir que… ¿me estás llevando al huerto?

Lo miro de frente.

—Sí —le digo—. Podemos llamarlo así si quieres.

Nos sentamos con el espacio mínimo que permite el banco, que resulta ser muy poco. Noto el calor de su pierna a través de la tela y mi cerebro, que hoy está especialmente traicionero, decide registrarlo como altamente placentero.

Durante unos segundos no hablamos. Se oye el ruido lejano de la calle, una moto que pasa, alguien que cierra una persiana. Aquí dentro el mundo parece detenido, con el olor de la tierra húmeda y las hojas moviéndose apenas.

—Hoy ha sido rarísimo —digo al final—. Todo era igual, pero nada lo era.

—A mí me ha pasado lo mismo. He ido a tres avisos y en todos pensaba: «Anoche estaba en una capilla besando a una monja.» No

es una frase que entre fácil en la rutina.

Me tapo la cara con una mano y me río.

—Por favor, no lo digas así.

—¿Cómo quieres que lo diga?

—De una forma menos ridícula.

—Imposible. Fue tal cual.

—No me he sentido culpable —confieso, mirándome las manos—. Y eso me desconcierta más que si lo estuviera. Supongo que esperaba el castigo divino y en su lugar me llegó… esto.

Hago un gesto vago que pretende abarcar el huerto, el banco, él, la situación entera.

—¿Esto?

—Esto. Ya sabes.

—Sé perfectamente a lo que te refieres. —Apoya los antebrazos en las rodillas—. A mí me habría preocupado más que sí te sintieras culpable. No por mí. Por ti.

—Lo que me preocupa es que esto sea una locura de las mías, que ya tengo historial.

—Eva, si fuera una locura habrías salido corriendo ayer en cuanto se abrieron las puertas del ascensor.

—El ascensor no cuenta. Era una trampa.

—El ascensor llevaba semanas esperando el momento oportuno —dice, muy serio—. Tiene su propio agente.

Me río. Y esa risa me sorprende porque sale limpia, sin la capa de vigilancia que normalmente le pongo a todo.

Su mano está sobre el banco, abierta, con los dedos relajados. La mía descansa a pocos centímetros. No la busca. Me deja decidir. Y es exactamente eso lo que me hace girarla y colocarla sobre la suya.

Adán entrelaza los dedos con los míos con una naturalidad que me hace cerrar los ojos un segundo, porque no estaba preparada para que algo tan simple me hiciera tanto efecto.

Nos quedamos así un rato, sin hablar, viendo cómo la luz del atardecer se vuelve más dorada entre las hojas.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —digo al final—. No pienso analizar lo que sea que está ocurriendo entre nosotros. Quiero que fluya.

—Milagro —responde.

—Total. Normalmente ya habría elaborado un diagrama.

Se ríe. Yo también.

Se gira hacia mí y ahora estamos muy cerca. Lo suficiente para que el beso no sea una sorpresa sino la continuación lógica de todo lo que llevamos diciendo sin palabras desde hace semanas.

—Si en algún momento quieres parar —murmura—, paramos.

—Esta vez no —respondo.

No hay premura. No hay el temblor de la primera vez. Hay reconocimiento, como cuando encuentras algo que llevabas tiempo buscando sin saber muy bien qué era. Su mano sube despacio hasta mi mejilla y la forma en que me toca hace que algo dentro de mí que llevaba años en tensión se suelte del todo.

Lo beso yo. Un gesto consciente, elegido, sin excusa ni escalera ni cable suelto. Solo porque quiero.

Cuando nos separamos no hay sobresalto. Solo una sonrisa que compartimos sin hablar.

—Esto… —empieza él.

—Sí —digo—. Esto.

Apoyo la cabeza en su hombro y él deja la suya sobre la mía. El banco sigue siendo incómodo, pero mi cuerpo ha decidido que eso es un detalle irrelevante.

—No quiero moverme —murmuro.

—Entonces no te muevas —responde.

—¿Sabes qué es una cosa que me preocupa? —digo después de un rato.

—¿El qué?

—Que esto me parece normal. Estar aquí. Contigo.

—A mí también me parece normal. Aunque llevo semanas esperando que alguien me diga que no lo es.

—Bienvenido al club.

Se ríe bajito y esa vibración me atraviesa el pecho de la mejor forma posible.

La luz ya es más baja y lo miro sin prisa. Una pequeña marca en la barbilla que no le había visto antes, una sombra de cansancio bajo los ojos. Es la primera vez que lo veo sin prisa entre los dos.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En que eres real —respondo—. Y todavía no soy capaz de procesarlo del todo.

—¿Preferías que fuera una alucinación?

—Habría sido más fácil de justificar en el informe espiritual.

Sonríe. Se queda mirando el limonero un momento y luego empieza a hablar de su trabajo, sin que yo se lo haya pedido, de esa manera en que la gente cuenta las cosas importantes: sin anunciarlas.

Me habla de un rescate de una noche de invierno en una carretera comarcal. De cómo llegó tarde y a tiempo al mismo tiempo. De cómo algunos se quedan contigo aunque no sepas sus nombres. Lo dice sin buscar ningún efecto, solo contándolo.

—¿Te acuerdas de todos? —pregunto.

—De la mayoría. Algunos se diluyen. Otros no.

—¿Cómo sabes cuáles se han diluido?

Se queda un momento en silencio.

—Por cómo te miran cuando vuelven a respirar. Hay gente que vuelve entera. Y hay gente que vuelve a medias, como si algo se hubiera quedado atrás.

Lo miro y él mira hacia el limonero.

—¿Y los que vuelven a medias? —pregunto.

—Espero que en algún momento encuentren lo que dejaron.

La frase cae entre los dos sin que ninguno la desarrolle.

Yo me quedo un rato callada. Mirándome las manos. No sé muy bien por qué, pero le hablo.

—Hace cuatro años tuve un accidente.

No se gira de golpe. Solo se queda quieto, escuchando.

—Iba en un coche con mi hermano y nos salimos de la carretera. —Respiro—. Él no llegó. Yo sí…

El aire se me queda atascado al final de la frase. Bajo la vista inmediatamente, como si hubiera dicho algo que no debería estar fuera de mi cabeza.
Me froto las manos una contra otra sin darme cuenta.

—Eva… —dice él, muy despacio.

Niego con la cabeza.

—No, espera. Déjame decirlo ahora que puedo.

Trago saliva y de pronto tengo frío.

—Fue en la curva de Valdemorente. No recuerdo casi nada de esa noche. Hay trozos enteros que no están. Pero hay una cosa que sí recuerdo. Su mano ensangrentada con una pulsera roja que le regalé días atrás. No sé por qué, pero es lo único nítido. La pulsera roja… y una voz pidiéndome que no me durmiera.

Se me rompe un poco la voz en la última palabra y me obligo a soltar el aire despacio.

—He tardado cuatro años en saber qué decía esa voz…

Adán no contesta enseguida, pero cuando lo hace, su voz suena distinta. Más baja.

—¿Y… la encontraste?

—¿El qué?

—La voz.

Lo miro.

—No…, ni creo que la encuentre después de tanto tiempo.

Se queda quieto un segundo más de lo normal. Luego me aprieta la mano que tiene entre las suyas y no dice nada más.

Nos quedamos un rato más hablando de cosas pequeñas: la primera vez que discutí con mi hermano por algo que ya ni recuerdo, la vez que me escapé de casa para ir a un concierto y me quedé dormida en el autobús de vuelta, el día que entré en el convento sin despedirme de nadie porque si lo hacía no habría tenido el valor.

No hay grandes confesiones. Solo vida.

El cielo se ha oscurecido casi sin que nos demos cuenta y en algún lugar del convento suena una puerta.

—Tengo que volver —digo, apurada.

—Sí.

No soltamos las manos enseguida. Nos levantamos despacio. Antes de salir lo miro una vez más, sin dramatismo, sin convertirlo en nada más grande de lo que es y lo beso una última vez, breve, antes de marcharme.

El pasillo está en silencio. Camino despacio y cuando llego a mi celda no enciendo la luz. Me acomodo en la cama a oscuras.

No me siento dividida. No siento que haya dos vidas incompatibles tirando en direcciones opuestas. Siento, después de mucho tiempo, que estoy en el centro de la mía.

Me tumbo despacio, estiro los brazos a los lados, ocupando más espacio del habitual. Cierro los ojos y lo primero que aparece no es el beso sino esa imagen: él trazando una línea mínima sobre mi mano, tan pequeña que podría no haber existido.

Espero la culpa. La busco casi por costumbre, como quien comprueba si ha cerrado bien una puerta.

No llega.

Antes de dormirme, el móvil vibra.

Adán: Acabo de llegar a casa y ya te estoy echando de menos.

Me quedo mirándolo un segundo. No respondo enseguida. Quiero quedarme un momento con esas palabras antes de contestar.

Eva: Yo también.

Apoyo el móvil en el pecho y cierro los ojos.

No es el recuerdo de los besos lo que me vuelve. Es esa frase suya: *hay gente que vuelve a medias, como si algo se hubiera quedado atrás. Espero que en algún momento encuentren lo que dejaron.*

Pienso en una carretera. En luz azul. En una voz que no recordaba hasta hace poco.

No junto todo todavía. No puedo. Pero noto que las piezas están ahí, moviéndose despacio, buscando dónde encajar.

Y me duermo con la sensación de que algo está a punto de cobrar forma.

CAPÍTULO 19

La Madre Superiora dice mi nombre con la misma calma con la que pide que alguien cierre una ventana.

—Hermana Eva.

—Sí, Madre.

—Acompáñeme un momento.

No hay nada en su cara que me dé una pista de lo que pasa. Y, sin embargo, el cuerpo me responde como si hubiera oído algo que no estaba esperando. Dejo el bolígrafo sobre la mesa, alineo las hojas por pura inercia y la sigo por el pasillo.

Entramos en su despacho. Se sienta y me hace un gesto leve.

—Siéntese.

Hay un papel sobre la mesa. No me lo da todavía. Lo mantiene bajo la palma.

—Ha llamado su madre esta mañana. —La frase cae con una limpieza que me deja sin aire—. Quiere que se celebre una misa por su hermano.

No cambia el tono. No me mira con compasión especial. Lo dice como quien comunica el cambio de horario de la cocina. Y entonces añade:

—Y quiere que la organice usted.

El cuerpo se me queda quieto. No rígido. Quieto, como si alguien hubiera detenido el movimiento interno que me permite pensar.

Mi hermano.

No recuerdo la última vez que dije esas dos palabras seguidas. No recuerdo la última vez que las pensé sin convertirlas en un concepto abstracto, en una historia que me conté tantas veces que dejó de tener bordes.

La Madre Superiora retira la mano del papel y lo empuja hacia mí.

—Podemos hacerla el sábado de la semana próxima. —Se detiene. Me observa. Sabe que me afecta—. Si necesita ayuda con la preparación, la hermana Teresa puede encargarse de las flores. Pero quiero que la organice usted.

No hay dureza en su voz. Hay algo peor: confianza.

Asiento y cojo el papel.

—¿Está bien? —pregunta.

Podría decir que sí. He dicho que sí durante cuatro años y he funcionado.

—Sí, Madre.

Y no es mentira. Es solo que ya no significa lo mismo que antes.

Salgo del despacho con el papel en la mano y el pasillo me parece ligeramente más largo que hace cinco minutos. Pilar habla con una novicia junto a la ventana y, al verme pasar, levanta la vista un segundo. No dice nada. Solo me mira con esa mirada suya que no pregunta y que, precisamente por eso, lo ve todo.

No me detengo.

Camino hasta la capilla casi por inercia. No quiero ir a mi celda ni cruzarme con nadie que me pregunte cómo estoy. Empujo la puerta y entro. Está casi vacía. Solo hay una hermana en el banco del fondo, con la cabeza inclinada. Me siento en uno de los laterales sin soltar el papel.

Leerlo es otra cosa. Leerlo es aceptar que no es una idea. Que no es una historia. Que no es un accidente del que *salimos*. Leerlo es decir que él no está. Que no va a volver. Que no lo he nombrado en voz alta desde entonces.

Respiro. Miro el altar: la luz del sagrario está fija, ya no parpadea, y pienso en la primera vez que entré aquí después del accidente, en lo fácil que fue adaptarme a los horarios, a las normas, a las superficies lisas donde nada cambia. En lo agradecida que estaba por no tener que hablar de nada, por no tener que decir su nombre.

Bajo la mirada al papel y lo desdoblo.

La letra de la Madre Superiora es clara, ordenada, sin adornos.

Y ahí está.

Su nombre.

Es la primera vez que lo veo escrito desde el día del entierro. El corazón me da un golpe tan fuerte que tengo que apoyar la mano en el banco. No es llanto, no es un recuerdo concreto. Es el cuerpo reconociendo algo que llevaba años encerrado.

—Daniel.

Lo digo en una voz tan baja que casi no existe, pero existe. La hermana del fondo no levanta la cabeza. La capilla sigue igual. El mundo no se rompe.

Y, sin embargo, todo cambia.

Porque hace cuatro años que no pronuncio su nombre en voz alta. Cuatro años rezando por *mi hermano*. Cuatro años hablando de *el accidente*. Cuatro años evitando esas sílabas como si pudiera hacer que la pérdida fuera más abstracta, más archivable.

La segunda vez sale con más aire.

Y entonces llega. No la escena completa, sino fragmentos: el cinturón que no sale, el olor a gasolina, la sensación de no poder mover las piernas, la luz azul incrustándose en mis ojos cerrados. Y la voz.

—Mírame. No te duermas.

Abro los ojos de golpe. Estoy en la capilla y bajo mis manos solo está madera del banco. Respiro, una vez, otra.

Siempre he contado la historia como algo que pasó, como un antes y un después limpio: tuvimos un accidente, mi hermano murió, yo sobreviví, entré en el convento. Una línea recta, ordenada, razonable. Pero ahora, con su nombre escrito delante de mí, entiendo algo que no había querido ver: he estado rezando por él como si fuera una idea, como si no tuviera un nombre, como si no hubiera sido la persona que se sentaba en el borde de mi cama para decirme que llegaba tarde. La que se comía el último trozo de pan

aunque no tuviera hambre. La que conducía demasiado deprisa cuando estábamos enfadados.

Daniel.

Al decirlo deja de ser un concepto y se convierte en alguien.

Me inclino hacia delante y apoyo los codos en las rodillas. No lloro todavía. Es otra cosa: una presión que llevaba años colocada en el mismo sitio y que ahora se mueve.

Saco el libro de intenciones del cajón del banco y escribo despacio: *Por el alma de Daniel.* La mano me tiembla al principio. Luego no. Porque escribirlo no me rompe. Me coloca.

Cierro el libro y me quedo sentada un rato más. El silencio ya no es el mismo de antes, el que me protegía de pensar. Es más ancho. Como si hubiera espacio para algo que no había dejado entrar hasta ahora.

Me levanto y camino hasta el altar. No para pedir perdón ni para pedir nada. Solo para estar. Observo la luz del sagrario y pienso en algo que no había pensado nunca tan claro: quizá no entré aquí buscando a Dios. Quizá entré para no tener que pronunciar su nombre.

Salgo de la capilla. Pilar aparece al fondo y esta vez sí se acerca.

—¿Todo bien? —pregunta. Sin ironía. Sin broma preparada. Pilar sin defensa, que es la versión más desconcertante de Pilar.

La miro y esta vez no tengo que pensar qué responder.

—Voy a organizar una misa por mi hermano —digo.

La palabra sale limpia. *Hermano.* Su cara cambia. No pregunta nada más porque no hace falta. Me toca el brazo un segundo, en un gesto mínimo que en ella equivale a un abrazo largo.

—Ya era hora —dice en voz baja.

Y se va.

Subo a mi celda, dejo el papel sobre la mesa y me siento en la cama. Lo cojo otra vez. Miro su nombre sin apartar la vista.

—Daniel —digo.

Y esta vez no me falta el aire.

Bajo al despacho y busco el calendario. El sábado de la semana próxima. Lo marco con el dedo y empiezo una lista en una hoja en blanco: lecturas, cantos, flores, el sacerdote, avisar a la sacristía, preparar el libro de intenciones. La mano se mueve sola, con la misma eficacia con la que he ordenado facturas durante meses, pero esta vez cada palabra tiene peso. No es un acto más. Es su nombre colocado en el centro de algo que va a ocurrir.

La hermana Teresa aparece en la puerta.

—La Madre me ha dicho que necesitas ayuda con las flores.

Levanto la cabeza.

—Amarillas —respondo sin pensarlo.

Me mira con sorpresa.

—¿Amarillas?

—Le gustaban.

No hace más preguntas. Asiente y se va.

Y esa normalidad, esa forma de aceptar sin más que haya una persona concreta detrás de esta misa, me sostiene más de lo que esperaba.

Cuando bajo a la capilla a medir el espacio de la foto, me arrodillo en el banco sin haberlo planeado y apoyo las manos en la madera.

—Vas a estar aquí —murmuro.

No hay respuesta. Pero tampoco hay esa sensación de hablarle al vacío que siempre me daba cuando rezaba *por mi hermano* sin nombre. Es como si finalmente le estuviera hablando a alguien real.

Al salir, Pilar vuelve a aparecer en el pasillo. Esta vez con los brazos cruzados, apoyada en la pared, con la postura de quien lleva un rato esperando sin que nadie se lo haya pedido.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta.

—Sí —digo—. No como antes. Pero sí.

Asiente, satisfecha. Y se va sin más, que es exactamente lo que necesitaba.

Subo a la celda cuando ya ha anochecido. Cierro la puerta, no para esconderme sino para estar sola de verdad. Me siento en la cama y cojo el móvil. No para buscar a Adán, o no exactamente. Lo hago porque necesito que esto exista en algún sitio fuera de mi cabeza.

Escribo: *Voy a organizar una misa por mi hermano. Por Daniel.*

Lo miro un segundo y lo envío.

La respuesta no llega enseguida. Y eso también importa, porque no lo he escrito para que me conteste rápido. Cuando vibra, lo abro.

Estoy aquí.

Nada más. No me pregunta cómo estoy. No me dice que lo siente. No intenta arreglarlo con palabras.

Estoy aquí.

Apoyo el móvil en el pecho y cierro los ojos.

Tras unos segundos, me levanto, cojo el papel con su nombre y lo dejo sobre la mesilla, a la vista. No lo guardo en el cajón. No lo doblo. Lo dejo ahí, como algo que ya forma parte del espacio.

Me tumbo y apago la luz.

En la oscuridad, antes de dormirme, digo su nombre una vez más.

—Daniel.

Y esta vez no suena como una herida. Suena como alguien que vuelve a tener sitio.

CAPÍTULO 20

Al día siguiente empiezo con la lista como si llevara toda la vida organizando misas para personas que tienen nombre, cara y un lugar concreto en mi historia.

Me siento en el despacho con el libro de lecturas abierto y el calendario a la derecha. Durante unos segundos me descubro mirando la página sin verla, no por bloqueo sino por una especie de respeto nuevo: ya no estoy rellenando un trámite litúrgico. Estoy construyendo un espacio donde Daniel va a existir aquí dentro por primera vez.

Elijo las lecturas despacio. No busco las que hablan de consuelo fácil ni de promesas luminosas que no me creo del todo. Busco algo que suene a verdad, a tierra, a alguien que ha vivido y ha sido arrancado del mundo demasiado pronto. Paso las páginas y me doy cuenta de que estoy pensando en él como en la persona que era, no en el vacío que dejó. Recuerdo cómo se reía cuando me enfadaba por cosas absurdas. La forma en que decía mi nombre alargando la primera sílaba para sacarme de quicio. La música que ponía en el coche demasiado alta.

Me descubro sonriendo sola en medio del despacho. Y no siento esa punzada de culpa que durante años me hacía cerrar cualquier recuerdo que no fuera neutro.

Cuando la hermana Teresa pasa por la puerta la llamo.

—¿Tenemos encargadas las flores? —digo.

—Sí. Amarillas, ¿verdad?

—Sí. Amarillas. Y pocas. Que se vean.

Asiente y desaparece por el pasillo con esa eficiencia suya que no necesita más instrucciones. Me gusta trabajar con gente que no pide que le expliques todo dos veces.

El resto de la mañana pasa entre detalles concretos: hablar con el sacerdote, revisar los cantos, confirmar que el atril pequeño del archivo sirve para la foto. Cada cosa que hago es normal y, al mismo tiempo, tiene otra textura. No estoy cumpliendo por inercia. Estoy eligiendo cada gesto.

Cuando bajo a la capilla a colocar las cosas a última hora de la tarde, la hermana Teresa ya ha puesto algunas flores, en el lado izquierdo del altar. Exactamente bien.

Me quedo un momento mirando el atril vacío donde pronto estará su foto y pienso en mi madre, que va a sentarse en el primer banco con ese bolso que tiene desde hace veinte años y que nunca ha querido cambiar. Pienso en la última vez que nos vimos, en lo lejos que estábamos las dos aunque estuviéramos en la misma habitación. Y pienso en que en unos días voy a estar al frente de esto. En el centro. Organizando la misa de mi hermano.

La frase debería aplastarme, pero no lo hace.

Da vértigo, sí, pero no ese vértigo antiguo que me dejaba sin movimiento. Es otro. El de cuando te asomas a un sitio alto y sabes que podrías retroceder, y no lo haces.

***

Los días pasan con una rapidez que no había sentido antes en el convento. El viernes por la noche preparo la ropa que me voy a poner el día siguiente como si fuera una ceremonia íntima. No elijo nada distinto, pero lo hago con una atención que no había tenido nunca. Me miro en el espejo: la misma cara, el mismo hábito, pero no soy la misma. No estoy escondida detrás de él. Estoy dentro.

Duermo poco. No por nervios exactamente. Es la sensación de que algo importante va a ocurrir y quiero estar despierta para todo.

La mañana del sábado el convento se mueve con una suavidad especial, como si las paredes supieran que este día no es uno más. Bajo a la capilla antes que nadie y coloco la foto en el atril. Cuando la saco del sobre el aire se me queda un segundo en los pulmones.

Es la misma que teníamos en casa. Daniel apoyado en el coche, con esa media sonrisa que parecía permanente y la camiseta que yo odiaba porque decía que era de viejo. La coloco despacio y me obligo a no apartar la mirada.

—Ya estás aquí —digo.

Y esta vez no tiemblo.

La puerta se abre. Oigo pasos. No me giro enseguida porque sé quién es antes de verla.

Mi madre se detiene a unos metros y durante un momento ninguna de las dos habla. No hay abrazo inmediato, no hay la escena que siempre imaginé con miedo. Hay algo más contenido y más real. La veo mirar la foto, llevarse la mano a la boca y sentarse en el primer banco sin dejar de mirarla.

Me acerco despacio.

—Mamá.

Levanta la cabeza. En sus ojos hay algo que no había visto en años. No es solo tristeza. Es alivio.

—Lo has traído aquí —dice.

Asiento.

Nos abrazamos, pero no es un abrazo correcto ni medido como los de otras veces. Me aprieta con fuerza y yo hago lo mismo. Siento su cuerpo temblar un poco y por primera vez no intento sostenerla yo sola. Nos sostenemos las dos.

—Gracias —murmura.

No respondo porque no hace falta.

La misa empieza y todo ocurre como lo hemos preparado: las lecturas, los cantos, la luz entrando por las vidrieras en el momento exacto en que no lo esperaba nadie. Pero lo que cambia es mi forma de estar. No estoy cumpliendo una función. Estoy ahí, escuchando cada palabra, diciendo su nombre en las peticiones sin que la voz se me rompa.

Cuando llega el momento de la paz mi madre me coge la mano y la aprieta con una fuerza que me devuelve a todos los años en que

no supimos cómo hablarnos.

Al final, cuando la gente empieza a salir, me quedo un momento delante de la foto. Mi madre está a mi lado. No hablamos del accidente. No hace falta. Daniel está ahí, en medio, como un puente y no como un agujero.

Cuando se va me quedo recogiendo las cosas sin prisa. El cuerpo me pesa de una forma limpia, como después de haber estado presente de verdad durante horas.

La Madre Superiora aparece en la puerta de la capilla.

—Cuando pueda, venga a verme.

Subo al despacho con la misma calma con la que he hecho todo el día. Me siento frente a ella. No hay papeles sobre la mesa esta vez. Solo su mirada.

—Ha sido una misa hermosa —dice.

—Gracias, Madre.

—No me refiero a la liturgia. —Una pausa—. Hoy ha estado usted aquí. De verdad.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

Respiro.

—Ahora ya no puedo seguir diciendo que estoy aquí porque no tenía otro sitio.

No aparta la mirada.

—Eso es un comienzo —dice—. Entró usted aquí para sobrevivir. Y lo necesitaba. —Pausa—. Pero intuyo que ya no lo necesita.

Niego con la cabeza.

—No.

—Entonces tendrá que decidir si quiere vivir aquí o fuera.

Las palabras no me golpean. Se colocan.

—No tiene que marcharse mañana —continúa—. No tiene que quedarse tampoco. Lo único que no puede hacer ya es esconderse, ni mentirse a sí misma.

—Lo sé.

Me levanto y antes de salir me detengo.

—Madre. Gracias por obligarme a organizar la misa.

Sonríe apenas.

—No la obligué. Usted ya estaba preparada.

Salgo al pasillo y bajo despacio hacia el claustro, sabiendo que puedo irme. Y que también puedo quedarme. Y que cualquiera de las dos cosas será una elección.

Cuando cruzo el patio lo veo al otro lado de la reja, apoyado en la pared, sin hacer ningún gesto para que me acerque. Solo está ahí. Y ese segundo en el que podría girarme y volver por el pasillo lateral sin que nadie lo notara ya no existe como posibilidad real. No porque no pueda, sino porque no quiero.

Doy la vuelta por el lateral y salgo a la calle. Él da un paso hacia mí y nos quedamos quietos un momento, mirándonos con una atención que antes siempre nos llevaba al beso y que ahora se convierte en otra cosa. En reconocimiento.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—Perfecto —respondo. Y esa es la palabra exacta.

Asiente despacio, como si le bastara.

Caminamos un poco sin dirección concreta, bordeando la tapia del convento. Noto el peso del día en el cuerpo, no como cansancio sino como una especie de gravedad nueva, como si cada paso estuviera conectado con algo que antes no estaba.

—Ha venido mi madre —digo.

—¿Y…? —Me mira con preocupación.

—No hemos hablado del accidente. Hemos hablado de él.

Eso lo dice todo y los dos lo sabemos.

—Eso es enorme, Eva.

Seguimos caminando. Por primera vez no tengo la sensación de estar saliendo de un sitio y entrando en otro. Estoy en medio de los dos y no me parto.

—He hablado con la Madre Superiora —añado.

—¿Bien?

—Dice que ya no puedo esconderme.

—Tiene pinta de lista.

—Lo es. Y mucho…

Nos paramos en la esquina donde antes siempre nos despedíamos. Apoyo la espalda en la pared y lo miro de frente.

—No he pensado en irme —le digo—. Ni en quedarme. Solo en no mentirme.

Se acerca un poco, lo justo para que nuestras manos queden a la misma altura sin tocarse.

—Eso es lo único que importa.

—¿Sabes qué es lo más raro? —le digo.

—¿El qué?

—Que no siento que tenga que elegir entre tú y esto. —Señalo el convento con la cabeza—. Siento que tengo que elegir entre vivir dormida o despierta.

Su cara cambia con esa frase, como si hubiera estado esperando oír algo así sin saberlo.

—Y ya has elegido —dice.

—Sí. Ya he elegido.

Me acerco y lo beso. No con rapidez, no con miedo a que nos vea nadie. Es un beso breve, claro, que no pide nada más que existir. Cuando me separo apoyo la frente en la suya un momento.

—Tengo que volver —digo.

—Lo sé.

—Pero ya no vuelvo para lo mismo.

—También lo sé.

Camino hacia la puerta lateral y antes de entrar me giro. Él sigue en el mismo sitio, con las manos en los bolsillos, mirándome con esa calma que me permite atravesar el umbral sin sentir que dejo nada atrás.

El convento huele a comida, como siempre a estas horas, y en el pasillo, Pilar está apoyada en la ventana con los brazos cruzados.

—¿Y bien? —dice.

—¿Y bien, qué?

—¿Se ha caído el cielo?

—No.

—Qué decepción.

Me mira un segundo más.

—Me gusta la nueva Eva.

—A mí también.

No dice nada más y se marcha.

Entro en la celda y cierro la puerta. Me quito el hábito y lo dejo sobre la silla sin esa sensación antigua de estar cambiando de piel o poniéndome una armadura.

No sé qué va a pasar mañana. No sé cuánto tiempo voy a seguir aquí, pero sí sé algo que no entendía cuando crucé esta puerta hace cuatro años:

No estoy aquí porque no tenga otra vida. Estoy aquí porque esta también forma parte de quien soy.

Y con ese pensamiento me duermo. Sin pedir dejar de sentir lo que siento. Con el cuerpo cansado, la cabeza en calma y la sensación de no tener miedo a lo que venga mañana.

CAPÍTULO 21

La encuentro en el despacho a media tarde, cuando la luz entra de lado y convierte el polvo en algo casi visible.

La puerta está entreabierta y ella no levanta la vista cuando llamo con los nudillos, pero dice mi nombre antes de que llegue a hablar.

—Pase, Eva.

Hace tiempo que dejó de llamarme hermana cuando estamos a solas. Ese detalle, que al principio me incomodaba, ahora me coloca en un lugar que entiendo mejor.

Cierro la puerta con cuidado y me quedo de pie un segundo más de lo necesario. No porque tenga miedo. Porque quiero notar el momento exacto en que estoy aquí por decisión propia y no por obediencia.

—Siéntese.

No hay papeles sobre la mesa, ni agenda, ni ninguna de las cosas que suelen convertir esta habitación en un lugar de trabajo. Solo sus manos apoyadas una sobre otra y esa manera suya de mirar que no invade, que espera.

No empiezo a hablar enseguida. Durante años he preparado las frases antes de venir aquí, he ordenado lo que iba a decir para que sonara correcto, para que encajara dentro de algo que ya existía. Hoy no. Hoy necesito que salga sin forma previa, aunque se rompa un poco al salir.

—Madre —empiezo, y me sorprende que la palabra me suene distinta, menos jerárquica, más humana—. He venido porque ya lo sé.

No pregunta qué es lo que sé. Asiente apenas, como si hubiera estado esperando esa frase sin saber cuándo llegaría.

—No me voy porque haya dejado de creer —continúo—. Ni porque haya pasado algo malo. Ni por… —dudo un segundo y sonrío — ni por un hombre.

Sus labios se curvan apenas. No en una sonrisa completa. En algo más parecido a un reconocimiento.

—Me voy porque ya no necesito esconderme de mí misma.

El silencio que sigue me permite escuchar mi propia respiración.

—Durante mucho tiempo este lugar fue lo único que me permitió seguir viviendo —sigo—. Aquí no tenía que explicar nada. Aquí podía existir sin que me preguntaran quién era sin mi hermano, sin el accidente, sin todo lo que pasó. Aquí todo tenía forma y horario y eso me salvó. De verdad que me salvó.

La miro y no tengo que añadir *gracias* porque está en la forma en que lo digo.

—Pero ahora ya no necesito esconderme para estar bien.

Ella inclina la cabeza ligeramente.

—¿Y qué necesita?

La pregunta no tiene trampa. No me está pidiendo un plan de vida ni un argumento teológico. Me está pidiendo verdad.

—Necesito vivir mi vida sin separar las partes —respondo—. No quiero elegir entre lo que he sido aquí y lo que soy cuando salgo por esa puerta. No quiero que mi fe esté en un sitio y mi cuerpo en otro. No quiero amar sintiendo que estoy traicionando algo.

No digo el nombre de Adán. No hace falta. Esto no es sobre él y, al mismo tiempo, está completamente dentro de esto.

—¿Ha tomado ya una decisión? —pregunta.

—Sí. Quiero dejar el convento.

La frase se queda en el aire con una serenidad que me sorprende. No hay temblor. No hay el reflejo antiguo de compensar lo que digo con una explicación más larga. Es una frase limpia.

Ella no se mueve.

—¿Se irá lejos? —dice al cabo de un momento.

—No. —Y esa respuesta me llena el pecho—. No quiero irme lejos. Este lugar es parte de mi vida. Quiero seguir trabajando con vosotras, con el proyecto de fuera, con las visitas. Solo que viviendo fuera. Siendo responsable de mi vida entera.

Ahora sí sonríe. No es una sonrisa de consuelo ni de resignación. Es algo mucho más luminoso.

—Las vocaciones —dice despacio— no siempre son para siempre en el mismo lugar.

La frase me llega donde tiene que llegar porque pone palabras a algo que yo no había sabido formular sin sentir que estaba rompiendo un contrato.

—Dios no la quería aquí encerrada —añade—. La quería viva.

Y en ese momento, por primera vez desde que crucé esta puerta, lloro delante de ella.

No es un llanto desbordado. Son lágrimas que caen sin que tenga que taparme la cara ni pedir perdón por ellas.

Ella no se levanta a abrazarme. No hace ningún gesto para detenerlas. Me deja llorar como se deja llover cuando sabes que la tierra lo necesita.

—¿Tiene miedo? —pregunta cuando me he calmado.

—Sí. Pero no es el mismo miedo de antes. No tengo miedo de irme. Tengo miedo de hacerlo mal, de perder esto que soy ahora.

—Eso no se pierde —dice—. Eso es usted.

Se levanta y rodea la mesa. Me coloca una mano en el hombro y siento que ese gesto tiene algo de despedida.

—Esta ha sido su casa —dice— y lo seguirá siendo. No está renunciando a nada. Está cambiando de lugar.

Asiento.

—¿Cuándo? —pregunta.

—No quiero alargarlo. Cuanto antes.

—Entonces hágalo bien —dice—. Despídase. No huya.

Sonrío porque sabe perfectamente que ese ha sido siempre mi mecanismo.

—No voy a huir —le aseguro.

Nos quedamos un momento más en silencio y siento algo que no esperaba sentir en este despacho: paz.

Cuando salgo al pasillo, camino como alguien que ha vivido aquí y que ahora va a vivir de otra manera.

Pilar está en la ventana, como casi siempre. Me mira y en su cara aparece esa expresión de quien ha estado esperando el resultado de algo que sabía que iba a ocurrir.

—¿Entonces? —dice.

—Entonces me voy —respondo.

Parpadea, pero no se sorprende.

—Ya era hora —murmura.

Y me abraza con una fuerza que no me había dado nunca.

CAPÍTULO 22

Subo a mi celda despacio.

Abro el armario. El hábito está doblado en la balda de siempre. Lo toco con la mano y no siento que sea un uniforme ni una piel que tenga que arrancarme. Es tela que ha acompañado una etapa de mi vida. Lo cojo, lo doblo con cuidado y lo dejo sobre la cama.

No hago la maleta hasta el último momento porque no hay mucho que meter en ella y porque, en el fondo, sé que lo importante no está en los objetos. Durante cuatro años mi vida ha cabido en un armario estrecho, en una mesilla con un libro, en una silla donde doblaba el hábito cada noche. Podría hacerlo en diez minutos, pero lo alargo sin darme cuenta, no por tristeza sino por una especie de atención nueva, como si cada gesto mereciera ser vivido por última vez de esta forma.

Doblo la ropa que voy a llevarme con la misma precisión con la que he doblado siempre el hábito. El vaquero que casi no uso. Dos camisetas. El jersey que me puse aquella tarde que salimos al huerto por primera vez como si fuera una excursión clandestina. La libreta donde he apuntado los pedidos de los proveedores, que no tiene nada de espiritual, pero que es, quizá, el objeto que mejor explica quién soy ahora.

Cojo el rosario y lo sostengo un momento en la palma antes de guardarlo. No lo dejo aquí porque no dejo de creer. Ni lo llevo como un símbolo. Lo llevo porque forma parte de mí.

La celda se va quedando vacía de cosas que en realidad nunca fueron muchas. Cuando cierro el armario siento que algo se ordena dentro de mí con la misma limpieza.

Me siento en la cama un momento. No lloro. No me invade ninguna ola de nostalgia. Lo que siento es algo más difícil de

explicar: gratitud. Por la mujer que llegó aquí rota y en silencio. Por la que aprendió a levantarse a las seis sin preguntarse para qué. Por la que se acostumbró a vivir sin esperar nada. Gratitud por haber tenido este lugar cuando no tenía ningún otro.

Me levanto, cojo la maleta y antes de salir miro la habitación por última vez. No para grabarla en la memoria como si fuera a desaparecer, sino para reconocerla como lo que ha sido: un refugio.

El pasillo está en ese momento del día en que todo suena suave. Camino despacio porque no quiero convertir esto en una escena de despedida dramática. No me estoy yendo para siempre. No estoy rompiendo con nada. Estoy cambiando de lugar.

Pilar me está esperando junto a la ventana como si hubiera sabido la hora exacta en la que iba a salir. Tiene los brazos cruzados y una expresión que no consigue ser irónica del todo.

—Qué poco equipaje —dice.

—Nunca he tenido mucho —respondo.

Me mira de arriba abajo, no como quien evalúa sino como quien memoriza.

—Estás guapa —añade.

—Llevo lo de siempre.

—No —niega—. No llevas lo de siempre. Te has dejado aquí muchas cosas...

Nos abrazamos sin más palabras. No es un abrazo corto ni contenido. Es largo, fuerte, lleno de todo lo que no hemos dicho en estos años porque ninguna de las dos sabía cómo hacerlo sin romper el papel que representábamos aquí dentro.

—Vas a venir —dice en voz baja—. Lo sé.

—Claro que voy a venir.

—Y vas a contármelo todo.

—Casi todo.

Se separa, se seca los ojos con el dorso de la mano como si le molestara que haya pasado eso delante de mí y me da un pequeño empujón hacia la puerta.

—Vete ya antes de que empiece a hacer un drama —murmura.

En el claustro están la hermana Teresa y dos novicias colocando unas cajas. Cuando me ven con la maleta se detienen. No hay sorpresa en sus caras. La noticia ha corrido sin que yo la diera, como corren aquí todas las cosas que importan.

—Que Dios te acompañe —dice Teresa, y me besa en las dos mejillas.

—Y vosotras a mí —respondo.

No hay discurso. No hay despedida formal. Solo gestos pequeños, miradas largas, manos que se aprietan un segundo más de lo habitual.

La Madre Superiora está en la puerta principal. Tiene las manos juntas a la altura de la cintura y esa serenidad que siempre me ha parecido una forma de amor.

—¿Todo listo? —pregunta.

—Sí.

Me acerco y la abrazo. No lo habíamos hecho nunca así. Su abrazo es firme, cálido, real.

—Viva bien —dice junto a mi oído.

—Gracias por dejarme vivir aquí —respondo.

—Esta siempre será su otra casa —contesta.

La puerta se abre y la calle aparece delante de mí con una luz que no es distinta de otros días y que, sin embargo, hoy parece nueva.

Cruzo el umbral. Doy dos pasos y entonces sí me giro. No para comprobar si siguen ahí, sino para ver el edificio completo. Para entender que no me estoy escapando de él. Está ahí, seguirá ahí, y yo podré entrar cuando quiera.

Levanto la mano. Ellas también.

Y luego camino.

No voy lejos. He alquilado un pequeño estudio a dos calles, encima de la tienda de una mujer que viene a veces al convento a dejar fruta. Tiene una ventana que da a los tejados y una cocina

mínima en la que caben una mesa y dos sillas. Lo vi hace una semana y supe que era perfecto porque no era perfecto.

Subo la escalera con la maleta golpeando los peldaños y cuando abro la puerta lo primero que entra es el silencio. No el silencio reglamentado del convento. Un silencio vivo, lleno de los sonidos de la calle que llegan amortiguados.

Dejo la maleta en el suelo y me quedo en medio de la habitación. No hay nada más que una cama, la mesa, una silla y una pequeña estantería vacía.

Respiro.

Estoy aquí.

No como una visita.

Estoy viviendo aquí.

Saco el móvil.

«He salido.»

No añado nada más. La respuesta llega en segundos.

«¿Dónde estás?»

Sonrío.

«Mismo barrio. Ventana con vistas a los tejados.»

No tarda ni un minuto.

«Subo.»

Me siento en el borde de la cama y noto el latido en las manos, en la garganta. No es nerviosismo. Es la conciencia de que este es el primer momento de mi vida adulta en el que no estoy entrando en ningún sitio con una identidad previa.

Oigo sus pasos en la escalera antes de que llame.

Cuando abro la puerta se queda quieto en el umbral como si entendiera que no está entrando en una casa sino en algo más delicado. Nos miramos. No hay beso inmediato. No hay broma. Solo una emoción tan limpia que me cuesta respirar.

—Hola —dice.

—Hola.

Da un paso dentro y cierra la puerta despacio.

—Has salido —añade.

—He salido.

Se acerca y me rodea con los brazos con una lentitud que convierte ese abrazo en el lugar más real que he conocido en mucho tiempo. Apoyo la cara en su cuello y entonces sí lloro. No por tristeza. No por miedo. Lloro porque he llegado hasta aquí.

—Estoy aquí —murmura.

Y nos quedamos así, en medio de una habitación casi vacía, sabiendo que no necesito nada más para empezar.

No hacemos nada durante un rato.

Es lo primero que me sorprende.

Pensaba que en cuanto cerrara la puerta algo se activaría. Ese momento en que dos personas que llevan semanas conteniéndose dejan de contenerse y todo pasa demasiado rápido para procesarlo. Pero no. Adán deja su chaqueta en la única silla, mira alrededor con una sonrisa pequeña y se queda quieto, como si tuviera todo el tiempo del mundo y ninguna intención de malgastarlo.

—Es muy tú —dice.

—Está casi vacío —respondo.

—Ya. —Pausa—. Por eso es muy tú.

No sé si es un cumplido o una observación. Probablemente las dos cosas.

Me siento en el borde de la cama porque no sé muy bien dónde ponerme y él se acerca despacio y se sienta a mi lado. No demasiado cerca. Lo justo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. —Lo pienso un segundo más—. Al menos estoy aprendiendo a estarlo.

Se ríe. Yo también. Y en esa risa desaparece algo que no sabía que estaba en tensión.

La habitación está en penumbra. La luz de la calle entra por la ventana sin cortinas y dibuja un rectángulo suave en el suelo.

—Es la primera vez que estoy en un sitio que es mío —digo, mirando el techo—. Sin reglas de otro. Sin horario. Sin tener que pedir permiso para encender una luz o abrir una ventana. —Hago una pausa—. Es raro. Como cuando llevas tanto tiempo con un zapato apretado que cuando te lo quitas no sabes si el pie es tuyo.

Adán me mira.

—¿Y cómo está el pie?

—Bien —digo—. Sorprendentemente bien.

—¿Tienes hambre? —pregunta para romper el silencio.

—No.

—¿Sueño?

—Tampoco.

—¿Miedo?

Lo miro.

—Un poco —admito.

—¿De qué?

—De hacerlo mal —digo al final—. De llegar hasta aquí y no saber estar.

Él asiente despacio, como si eso tuviera todo el sentido del mundo.

Me giro hacia él.

—¿Sabes qué es lo que más me cuesta?

—¿El qué?

—Creer que esto es real.

Apoyo la cabeza en su hombro casi sin darme cuenta, como un gesto que el cuerpo hace antes de que la cabeza lo autorice. Él no se mueve. Solo deja que ocurra.

—¿Puedo contarte algo? —hablo de nuevo.

—Claro.

—Cuando era pequeña pensaba que el amor era algo que te pasaba. Como la lluvia. Que llegaba y ya está y no había forma de controlarlo ni de prepararse.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que es más parecido a una puerta. Que puedes saber que está ahí, que puedes mirarla, que puedes incluso poner la mano en el pomo, y que aun así tienes que decidir si la abres.

Adán no dice nada durante un momento.

—¿Y tú la has abierto? —pregunta al fin.

—Estoy aquí, ¿no?

Me mira un segundo más. Y luego se inclina despacio para besarme.

Nos tumbamos en la cama sin quitarnos la ropa, uno al lado del otro, mirando el techo. La luz de la calle sigue dibujando su rectángulo en el suelo. Fuera, la vida sigue con esa normalidad suya que esta noche me parece casi cómica.

Su mano busca la mía sobre la sábana y la entrelaza sin decir nada. No hay búsqueda de nada más. Solo el peso de su mano sobre la mía, que es exactamente lo que necesitaba sin saber que lo necesitaba.

—¿En qué piensas? —pregunta al cabo de un rato.

—En que no estoy pensando en nada —respondo—. Y eso no me había pasado en años.

Su pulgar traza una línea lenta sobre el dorso de mi mano, una y otra vez, sin intención de llegar a ningún sitio. Y ese gesto tan pequeño, tan sin pretensiones, me emociona más de lo que esperaba.

—Adán.

—¿Mm…?

—Gracias por estar.

No responde enseguida. Aprieta un poco más mi mano.

—Gracias por permitirme estar.

Cierro los ojos y me duermo antes que él, o eso creo. Lo último que noto es su respiración volviéndose más lenta a mi lado y su mano todavía sobre la mía.

CAPÍTULO 23

La primera vez que voy al parque de bomberos sin una carpeta bajo el brazo me sorprende no sentir ni vértigo ni clandestinidad.

Llego caminando desde la parada del autobús con las llaves de mi casa en el bolsillo, como cualquier persona que va a ver a alguien a su trabajo. La normalidad del gesto me resulta casi extraña.

La puerta del hangar está abierta y el olor me alcanza antes de verlo: metal, goma, detergente fuerte, café recalentado. Ese olor que ya no asocio al incendio ni al accidente. Sino a él.

Hay dos camiones alineados y un par de bomberos enrollando una manguera. Uno levanta la vista.

—Busco a Adán.

La frase me sale natural. No tengo que explicar quién soy.

—Está en el gimnasio, al fondo.

Camino atravesando el hangar, observando detalles que antes me habrían pasado desapercibidos: los cascos colocados en fila, los trajes colgados como cuerpos vacíos, la pizarra con los turnos escritos a rotulador. Un lugar de vida en pausa, listo para activarse en cualquier momento.

A través de la pared de cristal lo veo antes de que él me vea a mí. Está de espaldas, levantando peso, con la camiseta pegada a la piel y la respiración concentrada en el esfuerzo. Me quedo quieta, mirándolo. No es el deseo lo que aparece primero, sino una especie de orgullo tranquilo. Este es su sitio. Aquí se mueve con la misma naturalidad con la que yo me movía en el convento.

Cuando deja la barra y se gira, me ve.

—Hola.

No viene corriendo. Camina hacia mí con esa calma suya.

—No me dijiste que venías.

—No quería que pareciera que pedía permiso.

Sonríe.

—No tienes que pedir nada.

Se limpia las manos en la toalla y me toca la cintura, sin beso todavía, con esa medida que tiene siempre para los espacios que no son suyos solos.

—¿Qué quieres ver?

—Tu vida cuando yo no estoy.

Me lleva de la mano por el hangar. Nos sentamos en una mesa de madera llena de marcas de tazas. Un compañero me ofrece café en un vaso de plástico. Otro hace una broma sobre el huerto del convento y yo me río sin sentirme examinada. Me siento incluida.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En que esto también es una comunidad —digo—. Solo que con otro tipo de votos.

—Aquí el voto principal es proteger vidas y bienes.

La frase se queda entre los dos.

Entonces suena la alarma.

No es una sirena lejana. Es un golpe seco en el aire que pone en movimiento todo el espacio. Los cuerpos cambian. Las conversaciones se cortan. Los trajes se cierran. Los cascos se colocan.

Y él.

Lo veo transformarse. No en alguien distinto. En alguien completamente enfocado.

—Tengo que irme —dice, acercándose un segundo.

—Lo sé.

Me besa rápido, con una intensidad contenida que no busca prolongarse.

—Quédate o vete a casa. Lo que prefieras.

Lo veo subir al camión. La puerta se cierra y el motor arranca.

Y durante un instante vuelve la imagen del pasado: la luz azul, el ruido, el coche…, pero no me rompe.

Estoy en el presente. Estoy viendo al hombre que quiero hacer lo que eligió hacer.

El camión sale y el hangar queda en silencio. Me quedo sentada con el vaso de café entre las manos y uno de los compañeros se sienta enfrente.

—No te preocupes —dice—. Siempre vuelven.

—Lo sé.

Y lo sé de verdad. No porque tenga la certeza de que nada malo puede pasar, sino porque entiendo que amar a alguien es también aceptar su vocación, su riesgo y su forma de estar en el mundo.

Cuando él vuelve, casi una hora después, con la cara cansada y la mirada todavía encendida, me encuentra sentada en el suelo, apoyada en la pared, leyendo los nombres de la pizarra.

—Te has quedado.

—Claro.

Se deja caer a mi lado.

—Ha sido un fuego pequeño. Nada grave.

Apoyo la cabeza en su hombro y nos quedamos así, en el suelo del hangar, mientras los demás recogen el material y la tarde empieza a caer.

CAPÍTULO 24

Cuando cierro la puerta de mi casa esa noche y lo primero que noto es paz.

No la paz del convento, sino otro tipo de paz, que parece hecha a mi medida. Dejo las llaves en el cuenco de la entrada y me quedo un momento apoyada en la madera.

Me quito los zapatos en mitad del salón y camino descalza hasta la cocina. Bebo agua directamente del vaso que encuentro primero y sonrío sola porque antes todo esto habría sido impensable: la casa en penumbra, la ventana abierta, mi ropa sobre la silla sin el cuidado automático del hábito doblado.

El móvil vibra sobre la mesa.

«¿Puedo subir?»

Siento esa expansión en el pecho que tanto me gusta.

«Sí.»

No me arreglo. No me miro al espejo. Solo enciendo una luz pequeña en el salón y cuando llaman a la puerta voy a abrir como si llevara toda la vida haciéndolo.

Está ahí, con el olor del parque pegado a la piel y el pelo húmedo de la ducha rápida que sé que se ha dado antes de venir. La mochila colgada del hombro y una botella de vino en la mano que levanta con una media sonrisa.

—No sabía si tenías copas —dice.

—No tengo.

—Perfecto. Vaso de agua.

Entramos riéndonos y ese inicio, tan absurdo y tan nuestro, hace que todo lo demás sea más fácil.

Recorre la casa con la mirada.

—Me gusta —dice—. Es muy tú.

—Todavía no sé cómo es «muy yo».

—Sí lo sabes. —Va hasta la ventana abierta y respira hondo—. ¿Qué te apetece cenar?

—Creo que hay unos huevos en la nevera.

—Perfecto.

Terminamos sentados en el suelo del salón con una tortilla francesa que se nos ha roto al darle la vuelta y pan de la tienda de la esquina. Comemos con las manos, apoyados contra el sofá, con el vino en vasos de agua como habíamos prometido. Hablamos de cosas pequeñas: el compañero nuevo que no distingue una llave inglesa de un destornillador, la vecina del tercero que me ha preguntado si soy profesora, el limonero del huerto que este año tiene más fruto.

No hay tensión. No hay esa electricidad que lo llenaba todo antes. Hay algo más hondo: una calma que me permite mirarlo sin pensar en lo que vendrá después.

Cuando terminamos, recoge los platos y los deja en el fregadero como si hubiera vivido aquí siempre. Se acerca por detrás mientras me lavo las manos y apoya la barbilla en mi hombro.

—Me ha encantado verte hoy en mi mundo —dice en voz baja.

—Y a mí estés en el mío.

Me giro.

El beso llega despacio, como quien reconoce un lugar conocido. Sus manos se apoyan en mi cintura con una seguridad que no aprieta, pero sostiene.

—¿Qué quieres? —pregunta contra mi boca.

No me pregunta si puedo. No me pregunta si debo. Me pregunta qué quiero.

—A ti —respondo.

Nos miramos un segundo.

—Y yo a ti —dice.

Caminamos hacia el dormitorio sin dejar de tocarnos, no como una carrera sino como una continuación. La habitación está en penumbra, con la luz de la calle entrando por la ventana. No he comprado cortinas todavía y eso hace que todo parezca más real, más sin adornos.

Nos detenemos al lado de la cama y nos miramos.

—No tengo miedo —digo, y me sorprende cuánto lo digo en serio.

—Lo sé —responde—. Pero si en algún momento quieres parar, paramos.

—Adán.

—¿Sí?

—Cállate ya.

Se ríe. Yo también. Y en esa risa, en ese momento ridículo y perfectamente humano, desaparece el último resto de ceremonia.

Me quita la camiseta despacio, mirándome mientras lo hace, con esa atención que convierte cada gesto en algo elegido. No hay prisa en sus manos. Le desabrocho la camisa con la misma lentitud y admiro su piel: las cicatrices pequeñas, la curva de su espalda, el latido bajo las costillas.

Nos tumbamos.

Y cuando me quedo sin la última ropa mi reacción automática es cruzarme de brazos. Cuatro años de hábito no se van del todo de un día para otro.

Él lo ve.

No dice nada hecho. Se acerca, aparta mis manos con cuidado y besa el lugar donde estaban apoyadas.

—Eva —dice en voz baja, como si mi nombre fuera algo que se puede tocar—. No tienes que esconderte.

Y es la primera vez en mi vida que estoy desnuda delante de alguien.

No hay mirada que juzgue. Solo sus manos recorriéndome despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo y ninguna intención de desperdiciarlo.

Cuando nuestros cuerpos se encuentran no hay ruptura. Es suave. Es cálido. Es como entrar en un sitio que llevaba mucho tiempo esperando sin saberlo.

—Somos uno, cariño —susurra.

Y esa frase tan simple se convierte en el lugar donde todo ocurre.

Nos movemos despacio, aprendiendo el ritmo del otro, deteniéndonos cuando algo se vuelve demasiado intenso para procesarlo de golpe, riéndonos cuando chocamos la frente, volviendo a empezar. No hay nada definitivo en el gesto. Hay escucha. Hay presencia. Hay dos personas que han tardado mucho en llegar hasta aquí y que no tienen ninguna intención de perderse nada por el camino.

Y en medio de ese movimiento, de ese descubrimiento, de esa ternura que no esperaba que cupiera en un cuerpo, entiendo algo que me deja sin argumentos: no es solo que esté haciendo el amor con él. Es que estoy habitando mi vida.

Cuando todo se calma, cuando el latido vuelve a su sitio y el silencio llena la habitación de una manera completamente distinta a cualquier otro silencio que haya conocido, me quedo con la cara apoyada en su pecho. Su mano recorre mi espalda sin intención de llegar a ningún sitio. Solo está ahí.

No hablamos durante un rato.

No hace falta.

—Eva —dice al fin.

—¿Mm?

—Hay algo que quiero contarte.

Levanto la cabeza. Su expresión es distinta. No es preocupación exactamente. Es algo más parecido a la concentración de quien está buscando la forma correcta de decir algo que lleva tiempo dentro.

—Cuéntame.

Se queda mirando el techo un momento.

—Cuando empecé en el cuerpo —dice despacio—, el primer rescate serio que tuve fue un accidente de tráfico. Una carretera

comarcal, de noche. Llegamos tarde, pero llegamos a tiempo, como pasa a veces. —Hace una pausa—. Había dos personas. El chico del asiento del conductor no llegó. La chica del lado del copiloto sí.

El corazón me empieza a latir de otra manera.

No digo nada.

—La chica estaba consciente a ratos —continúa—. Tenía los ojos abiertos pero la mirada perdida, como si no supiera bien si quería quedarse. Le hablé todo el tiempo para que no se durmiera. Le pedí que me mirara. —Se detiene—. No supe su nombre. El protocolo es así a veces. Te vas y no sabes qué ha sido de ellos.

La voz.

Mírame. No te duermas.

El olor a gasolina. La luz azul. Las manos con guantes gruesos inclinándose sobre mí.

Me incorporo despacio. Lo miro. Y en su cara veo algo que no había visto nunca: la huella de esa noche todavía ahí, guardada en algún sitio donde las cosas que no se cierran del todo se quedan esperando.

—¿Cuándo fue? —pregunto, aunque ya lo sé.

Me dice la fecha.

No hay música. No hay revelación dramática. Solo algo que se abre paso despacio, como cuando una pieza que llevaba años suelta encuentra el lugar donde siempre debió estar.

—¿El chico tenía una pulsera roja? —pregunto.

—Sí…

No lloro de inmediato. Me quedo mirándolo en silencio, con esa sensación extraña de que el mundo acaba de hacer algo que solo pasa en las historias y que, sin embargo, es completamente real.

—Éramos nosotros —digo.

Abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Éramos nosotros, Adán.

Silencio.

Un silencio distinto a todos los que hemos compartido.

—Tú me dijiste que no me durmiera —continúo, y la voz me sale más tranquila de lo que esperaba—. Tú me pediste que te mirara. No recuerdo tu cara. No recuerdo casi nada de después. Pero esa voz sí. La he recordado en sueños sin saber de quién era.

Sus ojos se llenan de algo que no sé nombrar del todo. Lo sabe.

—Eva… —dice, y mi nombre en su boca suena completamente diferente a todas las veces anteriores.

Y entonces sí lloro.

No de golpe. Las lágrimas llegan despacio, como cuando algo que llevaba mucho tiempo cerrado se abre por fin sin violencia. Lloro por Daniel, que no llegó. Por la chica que estaba atrapada en ese coche y que durante cuatro años ha vivido escondida detrás de un hábito. Por este momento en el que todo encaja sin que nadie lo haya forzado.

Él no dice nada. Me rodea con los brazos y me aprieta contra su pecho, y ese abrazo tiene un peso completamente nuevo, como si estuviera sosteniéndome a mí y también a todo lo que pasó esa noche.

Lloro un rato. No mucho. No es un llanto que necesite ser largo para ser verdad.

Cuando me calmo apoyo la frente en su hombro.

—¿Cuándo lo supiste? —digo.

—Hace solo unos días. En el huerto. Cuando me lo contaste. —Una pausa—. He pensado muchas veces en ti sin saber que eras tú. Me preguntaba si habías salido adelante. Si habías podido volver a tu vida.

—Tardé mucho —digo y su mano se mueve por mi espalda.

Levanto la cabeza y lo miro.

—Pero ahora estoy aquí. Contigo.

Me abraza y nos quedamos así, mientras la noche entra despacio por la ventana y la habitación casi vacía se llena de una historia que empezó mucho antes de que lo supiéramos.

No siento que algo termine. Al revés, siento que todo, absolutamente todo, empieza.

—Eras tú —digo, y sonrío con la cara todavía húmeda.

Es una sonrisa rara, esa mezcla de haber llorado y estar bien al mismo tiempo, que muy poca gente entiende si no la ha sentido.

Él también sonríe.

—Te quiero, Eva— dice, como si todavía le costara creer que puede decirlo en voz alta.

Siento cómo algo dentro de mí se rompe y se coloca al mismo tiempo.

—Y yo te quiero a ti, Adán —susurro—. Más de lo que sabía que era capaz de querer a alguien.

Me vuelve a abrazar, pero ya no es el abrazo de antes. Es más ligero. Como si los dos acabáramos de soltar algo que llevábamos demasiado tiempo sosteniendo sin darnos cuenta de cuánto pesaba.

Me tumbo a su lado, con la cabeza en su pecho y su brazo sobre mis hombros, y nos dormimos así, con la ventana abierta y el ruido suave de la calle y una historia que ya no tiene ningún cabo suelto.

EPÍLOGO

Mi madre llega sin avisar, como siempre, pero esta vez no me encuentra detrás de una reja ni sentada en una sala de visitas con una mesa entre las dos.

Cuando suena el timbre estoy descalza en la cocina, con las manos manchadas de harina porque he decidido hacer pan indio sin tener ni idea y sin que nadie me lo haya pedido.

Me limpio las manos en el paño, camino hasta la puerta y abro.

Está ahí.

Con el mismo abrigo de siempre y el bolso colgado del antebrazo. Durante un segundo ninguna de las dos habla. Solo nos miramos en el umbral como si necesitáramos un momento para entender que esto es real: ella en mi puerta, yo sin hábito y sin reja.

—Hola, Eva —dice.

—Hola, mamá.

La palabra sale sin atascarse. Sin ese filtro automático de los últimos cuatro años. Solo eso.

La veo observar todo a la vez: la luz del salón, la silla con una chaqueta tirada, la mesa sin mantel, el olor a pan que llega desde la cocina.

—Pasa —le digo.

Entra despacio, como si temiera romper algo. Deja el bolso en el sofá, se quita el abrigo y lo dobla con el mismo cuidado con el que doblaba mi uniforme cuando iba al colegio. Ese detalle, tan pequeño y tan suyo, me aprieta el pecho de una forma que no esperaba.

—Huele bien —dice.

—Estoy intentando hacer algo diferente.

Sonríe apenas. No es una sonrisa grande. Es una sonrisa de madre que reconoce a su hija en ese gesto torpe y voluntarioso.

No sé muy bien qué hacer con las manos, así que vuelvo a la cocina y ella me sigue. Se queda de pie junto a la mesa mientras amaso la masa restante sin ninguna necesidad real, como si necesitara algo concreto que hacer para no quedarme paralizada delante de ella.

—¿Todo bien, hija?

La misma pregunta de siempre. Pero ahora tiene otro peso.

—Sí —respondo—. De verdad.

Me mira buscando la versión antigua de mí en algún sitio de mi cara. La que llegaba al convento con la voz apagada y la mirada baja.

—Se te nota —dice en voz baja y nos quedamos calladas.

—Cuando me dijeron que ya no estabas, me quedé un momento en la puerta sin saber qué hacer… Hasta que la Madre Superiora me dio esta dirección.

No hay reproche en su voz.

—Sí. Yo se lo pedí.

La imagen me atraviesa. Mi madre sola en el umbral del convento.

—La misa salió muy bonita —dice.

Daniel.

Su nombre aparece entre nosotras sin que ninguna lo pronuncie todavía.

—Gracias por pedirme que la organizara —respondo.

Me mira con una expresión extraña.

—No fui yo.

—¿Qué?

—La Madre Superiora me llamó. Me dijo que era el momento... Que estabas preparada aunque no lo supieras. —Hace una pausa—. Yo no habría tenido valor de pedírtelo.

Se me eriza la piel.

Nos miramos y en esa mirada hay cuatro años enteros. Cuatro años de visitas medidas, de conversaciones que se quedaban en la superficie, de abrazos correctos que no eran abrazos de verdad.

—Eva… —dice, y su voz cambia. Se vuelve más baja y entrecortada—. Pensé que te había perdido.

—No me perdiste —digo.

—Te fuiste a un sitio donde no podía tocarte. Donde no sabía qué decir. Donde todo lo que hacía parecía molestar o sobrar o llegar tarde. —Apoya las manos sobre la mesa—. Y yo me quedé callada porque pensé que si te presionaba te alejarías más. Y si no te presionaba, te perdía igual. Ya no sabía que hacer… —solloza.

No hay acusación en su voz. Solo la descripción honesta de alguien que también estuvo perdida y no supo cómo decirlo.

Dejo de amasar.

—No era por ti —puedo sentir el sabor de las lágrimas en la garganta—. Era por mí. Por no saber cómo estar en el mundo sin él.

—Ya lo sé —responde—. Era por Daniel.

Y ahí está. Su nombre. Dicho por primera vez entre las dos sin que sea una oración, sin que sea *el accidente*, sin que sea un concepto abstracto.

Daniel.

—No supe cómo ayudarte —continúa—. Tú llegabas a casa y te encerraba en tu habitación y yo no sabía si llamar a la puerta o dejarte. Si hablar de él o no hablar. Si guardarlo todo para protegerte o sacarlo todo para que pudieras respirar.

—Yo tampoco supe cómo quedarme —digo en voz baja—. Era más fácil irme. Sé que no te avisé. No me despedí..., pero es que no podía.

—Lo sé, cariño.

Me mira. Sus ojos están brillantes.

—Estabas tratando de sobrevivir —dice—. Y yo también. Ninguna de las dos sabíamos hacerlo de otra forma.

Me seco las manos en el paño aunque no las tengo sucias ya.

—¿Sabes lo que tampoco dije nunca? —pregunto, temblando. Ha llegado el momento.

Niega con la cabeza.

—Que yo conducía esa noche.

El silencio que sigue es distinto a todos los anteriores. Duele.

Nos miramos. Y en esa mirada hay algo que lleva mucho tiempo esperando que las dos tuviéramos el valor hablarlo.

—Discutimos antes de salir —digo—. Él y yo. Por algo que ya ni recuerdo. Íbamos callados. Yo conducía demasiado deprisa porque estaba enfadada y él me decía que bajara, que no era para tanto, y yo no bajaba porque era más fácil estar enfadada que decirle que tenía razón.

La voz no me tiembla.

—Y entonces pasó —continúo—. Y él no llegó. Y yo sí. Y durante cuatro años he vivido con eso sin decirle a nadie que la última conversación que tuve con mi hermano fue una discusión estúpida y que la última cosa que recuerdo antes del impacto es que me protegió con su cuerpo.

Mi madre rodea la mesa.

No dice nada.

Me abraza.

Y no es un abrazo correcto ni medido. Es un abrazo de madre que ha estado esperando cuatro años para poder darlo de verdad, sin reja, sin distancia, sin que ninguna de las dos tenga que fingir que está bien cuando no lo está.

La dejo. Y me derrumbo un poco en ese abrazo, no de forma dramática, sino de esa forma en que el cuerpo cede cuando por fin encuentra un sitio donde no tiene que estar en tensión.

—Escúchame —dice en voz baja, con la boca cerca de mi pelo—. Lo que pasó esa noche no fue culpa tuya.

—Mamá…

—Escúchame. Los hermanos discuten. Las personas se distraen. Los coches tienen accidentes. —Aprieta más fuerte—. Tu hermano te quería. Y si pudiera decirte algo ahora mismo, no sería que fue tu culpa. Sería que dejes de castigarte.

Lloro. Las lágrimas llegan despacio, como siempre, como cuando algo que llevaba mucho tiempo cerrado encuentra por fin una salida sin violencia.

—No puedo hacerme a la idea de que no lo veré más —digo—. Que no va a aparecer. Que no le voy a poder decir que lo siento.

—Ya lo sabe —dice ella—. Lo supo siempre.

Nos quedamos así un rato largo. Ella me sostiene. Yo la dejo. Y por primera vez desde el accidente no siento que tenga que sostenerla yo a ella, ni que ella tenga que sostenerme a mí de esa forma cuidadosa y frágil de antes. Estamos de pie las dos. Iguales. Dos personas que perdieron a alguien y que llevan cuatro años sin saber cómo decírselo la una a la otra.

Cuando me separo lo hago despacio. Me limpio la cara con el dorso de la mano y ella hace lo mismo.

—Yo también me escondí —dice—. Tenía que ser fuerte. Tenía que organizarlo todo. Y cuando terminé de organizar me di cuenta de que no sabía cómo vivir.

—Nos parecemos más de lo que pensaba —digo y sonríe.

Es la primera sonrisa real de la tarde.

El horno emite un sonido suave avisándonos de que el pan está listo.

Lo sacamos y el olor llena la cocina. Lo dejamos reposar un momento sobre la encimera, como ponía en la receta, y luego lo cortamos sin esperar a que se enfríe del todo porque ninguna de las dos tiene paciencia. Lo comemos de pie, quemándonos los dedos.

—Se habría burlado de esto —dice mi madre.

—Habría dicho que está crudo.

—Y se habría comido la mitad.

—Y luego habría dicho que tampoco estaba tan malo.

Nos reímos. Las dos a la vez, con los ojos todavía húmedos. Y en esa risa está él. No como una herida. Como una presencia. Como alguien que sigue estando aunque ya no esté.

—¿Sabes lo que he notado estos días? —digo.

—¿El qué?

—Que cuando digo su nombre ya no me duele de la misma forma. Lo hace de una forma más limpia. Como cuando algo que llevaba tiempo infectado por fin cicatriza.

Asiente despacio.

—Ya era hora —dice. Y en su voz hay alivio.

Se levanta y recorre el salón con la mirada. Se detiene en la ventana y mira los tejados.

—Me gusta verte aquí —dice.

—Puedes venir cuando quieras.

—Gracias. —Se gira—. Hay alguien, ¿verdad?

La pregunta llega sin rodeos y algo me dice que ya lo sabe.

Sonrío.

—Sí.

—¿Lo puedo conocer?

—Sí. Pero avisa antes de venir, que a veces está...

Levanta una ceja.

—Ya veo que la vida laica tiene sus ventajas.

—Mamá.

—¿Qué?

Nos reímos otra vez y en esa risa hay algo que no habíamos tenido nunca, o que habíamos tenido hace tanto que casi no lo recordábamos: ligereza. La ligereza específica de dos personas que acaban de soltar algo muy pesado y todavía están aprendiendo lo que es caminar sin ese peso.

Se pone el abrigo en la entrada y antes de salir, se vuelve.

—Eva. Me alegra que por fin puedas decir su nombre.

Siento el aire entrar limpio.

—Daniel —digo.

—Daniel —repite ella.

Y su nombre flota en la boca de las dos al mismo tiempo, sin que duela más de lo que tiene que doler, que es mucho y a la vez completamente manejable.

Cierro la puerta y me quedo apoyada en ella.

Cojo el móvil y lo reviso.

Hay un mensaje de Adán: *«¿Cómo ha ido?»*

Escribo: *«Bien. Hemos hablado de Daniel.»*

Tardo un segundo y añado: *«Te echo de menos.»*

La respuesta llega enseguida.

«Voy.»

Sonrío.

Y me quedo de pie en medio del salón, con la sensación de que todas las piezas de mi vida están por fin en su lugar.